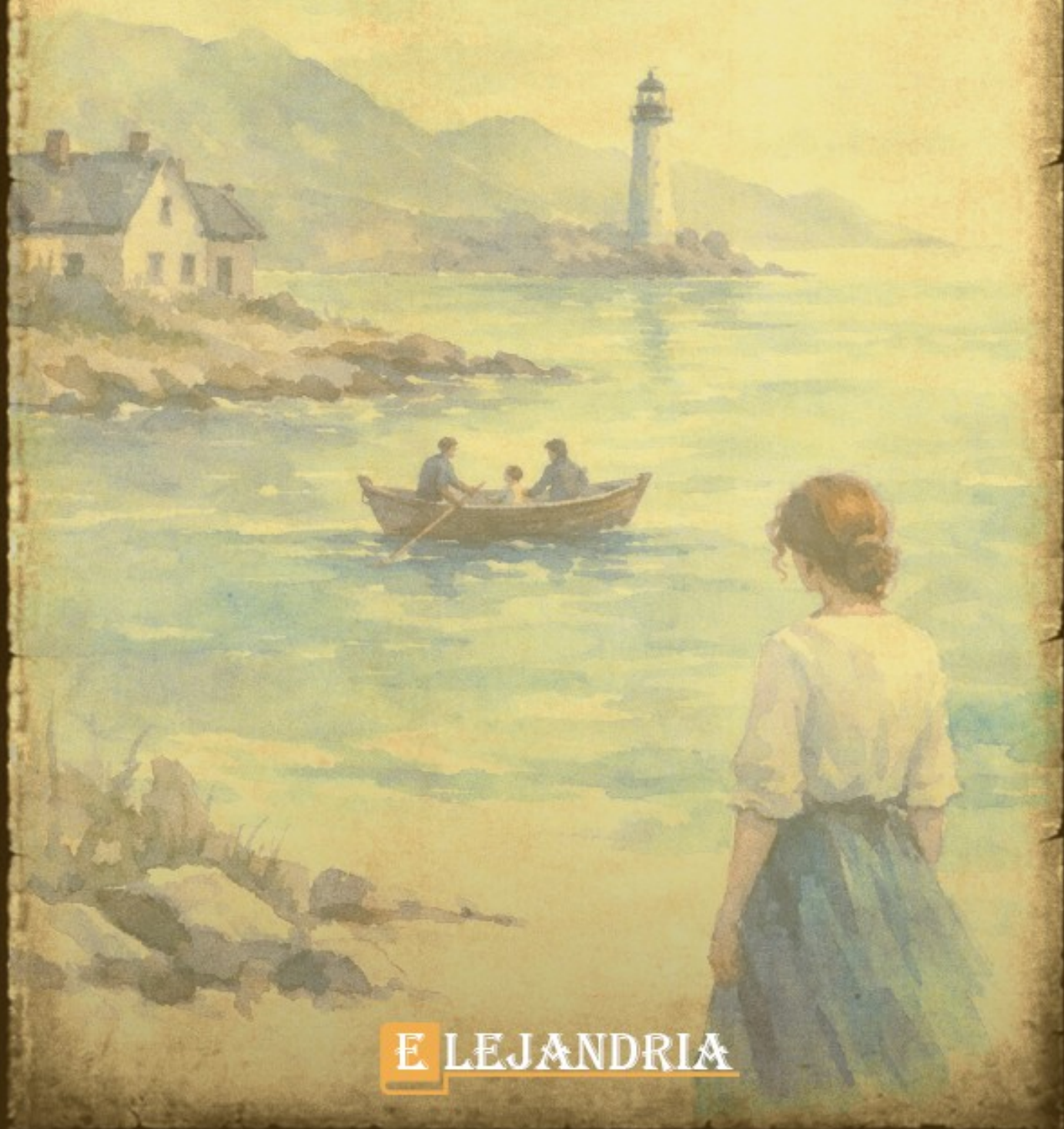


Virginia Woolf

Al Faro



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

AL FARO

VIRGINIA WOOLF

**PUBLICADO: 1927
FUENTE: WIKISOURCE
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PRIMERA PARTE

LA VENTANA

I

—Sí, claro, si mañana hace buen tiempo —dijo la señora Ramsay—. Pero tendréis que madrugar —añadió.

Para su hijo, esas palabras transmitían una alegría extraordinaria, como si todo estuviera decidido, como si la excursión fuera a realizarse con toda certeza, y la maravilla que había esperado durante años y años, eso parecía, estuviera, tras una noche de oscuridad y una jornada de navegación, al alcance de la mano. Puesto que pertenecía, ya a los seis años, a ese gran clan que no puede mantener un sentimiento separado de otro, sino que deja que las perspectivas del futuro, con sus alegrías y pesares, ensombrezcan lo que tiene realmente entre manos; puesto que para esa clase de personas, incluso en la primera infancia, cualquier giro en la rueda de las sensaciones tiene el poder de cristalizar y fijar el instante sobre el que reposa su tristeza o su resplandor, James Ramsay, sentado en el suelo recortando imágenes del catálogo ilustrado de los Almacenes del Ejército y la Armada, revistió la imagen de un frigorífico, mientras su madre hablaba, de una dicha celestial. Estaba orlada de gozo. La carretilla, la cortadora de césped, el susurro de los álamos, las hojas que palidecen antes de la lluvia, el graznar de los grajos, el

golpeteo de las escobas, el frufú de los vestidos... todo eso tenía en su mente tal colorido y distinción que ya poseía su propio código privado, su lenguaje secreto; aunque ofrecía la imagen de una severidad austera e inflexible, con su frente alta y sus fieros ojos azules, de una pureza y una franqueza impecables, frunciendo ligeramente el ceño ante la visión de la fragilidad humana, de tal modo que su madre, observándolo guiar las tijeras con cuidado alrededor del frigorífico, lo imaginaba todo de rojo y armiño en el estrado, o dirigiendo una empresa grave y solemne en alguna crisis de los asuntos públicos.

—Pero —dijo su padre, deteniéndose frente a la ventana del salón— no hará buen tiempo.

Si hubiera tenido un hacha a mano, o un atizador, o cualquier arma que pudiera abrir una brecha en el pecho de su padre y matarlo allí mismo, James lo habría empuñado. Tales eran los extremos de la emoción que el señor Ramsay despertaba en el pecho de sus hijos con su mera presencia; erguido, como ahora, enjuto como un cuchillo, estrecho como la hoja de uno, sonriendo con sarcasmo, no solo por el placer de desilusionar a su hijo y de poner en ridículo a su esposa, que era diez mil veces mejor en todos los aspectos que él (pensaba James), sino también con cierta vanidad secreta por la precisión de su propio juicio. Lo que decía era verdad. Siempre era verdad. Era incapaz de mentir; nunca alteraba un hecho; nunca cambiaba una palabra desagradable para acomodarse al placer o la conveniencia de ningún ser mortal, y menos aún a la de sus propios hijos, quienes, nacidos de sus entrañas, debían saber desde la infancia que la vida es difícil; los hechos, inflexibles; y el camino hacia esa tierra de leyenda donde se apagan nuestras más brillantes esperanzas, donde nuestras frágiles barcas zozobran en la oscuridad (aquí el señor Ramsay erguía la espalda y entornaba sus pequeños ojos azules hacia el horizonte), un camino que requiere, ante todo, valor, verdad y entereza.

—Pero puede que haga buen tiempo... creo que lo hará —dijo la señora Ramsay, dando un pequeño tirón impaciente a la media de color castaño rojizo que estaba tejiendo. Si la terminaba esa noche, si al final iban al faro, había que dársela al farero para su niño pequeño, al que amenazaba una tuberculosis en la cadera; junto con una pila de revistas viejas y un poco de tabaco, en realidad todo lo que pudiera encontrar por ahí que ya no se necesitara, que solo ocupara sitio en la habitación, para dar a esos pobres hom-

bres, que debían aburrirse soberanamente sentados todo el día sin nada que hacer salvo pulir la lámpara, recortar la mecha y rebuscar por su pedacito de jardín, algo con que entretenerse. Porque ¿cómo les gustaría estar encerrados un mes entero, y quizá más en tiempos de tormenta, sobre una roca del tamaño de una pista de tenis? —preguntaría ella; y no tener cartas ni periódicos, y no ver a nadie; si uno estaba casado, no ver a la propia esposa, no saber cómo estaban los hijos, si estaban enfermos, si habían caído y se habían roto una pierna o un brazo; ver las mismas olas tristes rompiendo semana tras semana, y luego llegar una tormenta espantosa, con las ventanas cubiertas de espuma y los pájaros estrellándose contra la lámpara y el lugar entero sacudiéndose, y no poder asomar la nariz por la puerta por temor a ser arrastrado al mar. ¿Cómo les gustaría eso? —preguntaba, dirigiéndose especialmente a sus hijas. Y añadía, con tono algo distinto, que había que llevarles todas las comodidades que uno pudiese.

—Viene del oeste —dijo Tansley, el ateo, abriendo sus huesudos dedos para que el viento los atravesara, pues compartía el paseo vespertino del señor Ramsay de un extremo al otro de la terraza. Es decir, el viento soplaba desde la peor dirección posible para desembarcar en el faro. Sí, decía cosas desagradables, reconocía la señora Ramsay; era odioso de su parte restregarle aquello y decepcionar aún más a James; pero al mismo tiempo no consentiría que se rieran de él. «El ateo», lo llamaban; «el pequeño ateo». Rose se mofaba de él; Prue se mofaba de él; Andrew, Jasper, Roger se mofaban de él; hasta el viejo Badger, que no tenía un diente en la boca, lo había mordido, por ser (como decía Nancy) el centésimo décimo joven que los seguía hasta las Hébridas cuando era mucho más agradable estar solos.

—Tonterías —dijo la señora Ramsay con gran severidad. Aparte del hábito de exagerar que habían heredado de ella, y de la implicación (que era cierta) de que ella invitaba a demasiada gente y tenía que alojar a algunos en el pueblo, no podía tolerar la descortesía hacia sus huéspedes, especialmente hacia los jóvenes, que eran pobres como ratas de iglesia, «excepcionalmente capaces», decía su marido, grandes admiradores suyos que venían allí de vacaciones. En realidad, tenía bajo su protección a todo el sexo masculino; por razones que no sabría explicar, por su caballerosidad y su valor, por el hecho de que negociaban tratados, gobernaban la India, controlaban las finanzas; y finalmente por una actitud hacia ella misma que

ninguna mujer podría dejar de sentir o de encontrar agradable, algo confiado, infantil, reverente; lo cual una mujer mayor podía aceptar de un hombre joven sin merma de su dignidad, y ¡ay de la muchacha —rogaba al cielo que no fuera ninguna de sus hijas!— que no apreciara su valor, y todo lo que implicaba, hasta los tuétanos!

Se volvió con severidad hacia Nancy. Él no las había seguido, dijo. Lo habían invitado.

Tenían que encontrar una salida a todo aquello. Debía de haber un camino más sencillo, menos arduo, suspiró. Cuando se miraba al espejo y veía el pelo gris, las mejillas hundidas, a los cincuenta años, pensaba que quizá habría podido manejarlo todo mejor: su marido, el dinero, los libros de él. Pero por su parte nunca lamentaría ni por un instante su decisión, nunca eludiría las dificultades ni se escurriría por las obligaciones. Ahora su presencia imponía, y fue solo en silencio, levantando la vista de sus platos, después de que ella hubiera hablado con tanta severidad de Charles Tansley, que sus hijas —Prue, Nancy, Rose— podían jugar con ideas heterodoxas que habían fraguado por sí solas acerca de una vida distinta a la de ella; en París, quizá; una vida más libre; sin estar siempre pendientes de algún hombre; pues en todas ellas había una silenciosa interrogación acerca de la deferencia y la caballerosidad, del Banco de Inglaterra y el Imperio de la India, de los dedos con sortijas y los encajes; aunque en todo ello había algo que les parecía la esencia misma de la belleza, algo que llamaba a la virilidad dentro de sus corazones de muchachas y las hacía, mientras se sentaban a la mesa bajo la mirada de su madre, honrar la extraña severidad de ella, su extremada cortesía, como la de una reina que se inclina desde el barro para lavar el pie sucio de un mendigo, cuando las amonestaba así, tan severamente, por ese miserable ateo que las había seguido —o, para ser precisos, había sido invitado a quedarse con ellas— en las islas de Skye.

—Mañana no habrá desembarco en el faro —dijo Charles Tansley, juntando las manos con un palmotazo mientras estaba junto a la ventana con su marido. Seguramente ya había dicho bastante. Ojalá los dos la dejaran a ella y a James tranquilos y siguieran hablando entre ellos. Lo miró. Era un espécimen lastimoso, decían los niños, todo bultos y cavidades. No sabía jugar al críquet; caminaba encorvado; arrastraba los pies. Era un bruto sarcástico, decía Andrew. Sabían muy bien lo que más le gustaba: pasearse de un extremo al otro, de un extremo al otro, con el señor Ramsay, hablando de

quién había ganado esto, quién había ganado aquello, quién era un «hombre de primera» en los versos latinos, quién era «brillante pero me parece fundamentalmente poco sólido», quién era indiscutiblemente «el más capaz de Balliol», quién había enterrado temporalmente su talento en Bristol o en Bedford, pero que sin duda se haría oír más adelante cuando sus Prolegómenos —de los que el señor Tansley tenía las primeras galeradas consigo, por si el señor Ramsay quisiera verlas— sobre alguna rama de las matemáticas o la filosofía vieran la luz. De eso hablaban.

Ella misma no podía evitar reírse a veces. El otro día ella había dicho algo de «olas como montañas». Sí, dijo Charles Tansley, había un poco de marejada. «¿No se ha calado usted hasta los huesos?», había dicho ella. «Húmedo, no empapado», dijo el señor Tansley, pellizcándose la manga, palpándose los calcetines.

Pero no era eso lo que les molestaba, decían los niños. No era su cara; no eran sus modales. Era él: su punto de vista. Cuando hablaban de algo interesante —personas, música, historia, cualquier cosa—, o incluso si alguien decía que era una tarde hermosa y que por qué no sentarse fuera, lo que reprochaban de Charles Tansley era que, hasta que no lo había dado todo la vuelta y conseguido que de algún modo todo reflejara su propia imagen y los dejara a ellos en mal lugar, no quedaba satisfecho. Y dicen que iba a galerías de arte y preguntaba si a uno le gustaba su corbata. El Señor sabe, decía Rose, que en absoluto.

Escabulléndose tan sigilosamente como ciervos de la mesa en cuanto acababa la cena, los ocho hijos del señor y la señora Ramsay se refugiaban en sus cuartos, sus fortalezas en una casa donde no había otro lugar privado para debatir cualquier cosa, todo: la corbata de Tansley, la aprobación de la Ley de Reforma, los pájaros marinos y las mariposas, la gente; mientras el sol se derramaba por aquellas buhardillas que solo un tablón separaba unas de otras, de modo que cualquier paso resonaba con claridad y la chica suiza sollozaba por su padre, que se moría de cáncer en un valle de los Grisones; y la luz iluminaba raquetas, franelas, sombreros de paja, tinteros, tarros de pintura, escarabajos y los cráneos de pajarillos, mientras arrancaba de las largas tiras con flecos de algas prendidas a la pared un olor a sal y a plantas marinas que impregnaba también las toallas, arenosas por los baños en la playa.

Rencillas, divisiones, diferencias de opinión, prejuicios entretejidos en lo más hondo del ser... ¡qué lástima que comenzaran tan pronto!, deploraba la señora Ramsay. Sus hijos eran tan críticos. Decían tales tonterías. Salió del comedor llevando a James de la mano, pues él no quería irse con los demás. Le parecía una tontería inventar diferencias cuando la gente, Dios lo sabe, ya era suficientemente diferente sin necesidad de eso. Las diferencias reales, pensó, deteniéndose ante la ventana del salón, ya son suficientes, más que suficientes. Tenía en mente en ese momento a ricos y pobres, a los de arriba y los de abajo; los grandes por nacimiento recibían de ella algo a medias de buena gana, a medias de respeto, pues ¿no corría por sus venas la sangre de esa casa italiana tan noble, aunque algo mítica, cuyas hijas, diseminadas por los salones ingleses del siglo XIX, habían lispecado con tanto encanto, se habían exaltado con tanta pasión, y de ellas le venían todo su ingenio, su porte y su temperamento, y no de los torpes ingleses ni de los fríos escoceses? Pero más en profundidad reflexionaba sobre el otro problema, el de ricos y pobres, y las cosas que veía con sus propios ojos, semanalmente, a diario, allí o en Londres, cuando visitaba en persona a esta viuda o a aquella esposa agobiada, con su bolsa al brazo y un cuaderno y un lápiz con los que anotaba cuidadosamente en columnas trazadas para tal fin los salarios y los gastos, el empleo y el desempleo, con la esperanza de dejar de ser una señora particular cuya caridad era a medias un lenitivo para su propia indignación y a medias un alivio para su propia curiosidad, y convertirse en lo que, con su mente sin formación, admiraba profundamente: una investigadora que elucidara el problema social.

Eran preguntas insolubles, le parecía, allí de pie, llevando a James de la mano. Aquel joven del que todos se reían la había seguido hasta el salón; estaba junto a la mesa, trasteando con algo, con torpeza, sintiéndose fuera de lugar, como ella sabía sin necesidad de volverse. Todos se habían ido: los niños, Minta Doyle y Paul Rayley, Augustus Carmichael, su marido... todos se habían ido. Y se volvió con un suspiro y dijo: «¿Le aburriría acompañarme, señor Tansley?».

Tenía un encargo aburrido en el pueblo; unas cartas que escribir; tardaría diez minutos quizá; se pondría el sombrero. Y, con su cesta y su sombrilla, allí estaba de nuevo, diez minutos después, irradiando una sensación de estar lista, de estar pertrechada para una excursión que, sin embargo, debía interrumpir un momento al pasar junto a la pista de tenis para preguntarle al

señor Carmichael, que se tostaba con sus ojos amarillos de gato entornados —de modo que, como los de un gato, parecían reflejar las ramas que se movían o las nubes que pasaban, sin dar el menor indicio de ningún pensamiento o emoción interior—, si quería algo.

Pues estaban emprendiendo la gran expedición, dijo riendo. Iban al pueblo. «¿Sellos, papel de escribir, tabaco?», sugirió, deteniéndose a su lado. Pero no, no quería nada. Sus manos se entrelazaron sobre su voluminosa panza, sus ojos parpadearon, como si quisiera haber respondido amablemente a esas lisonjas (ella era seductora pero un poco nerviosa) pero no pudiera, sumido como estaba en una somnolencia gris verdosa que los abrazaba a todos, sin necesidad de palabras, en una vasta y benévola inercia de buenos deseos; toda la casa, todo el mundo, toda la gente que había en él; pues había dejado caer en su vaso durante el almuerzo unas gotas de algo que explicaba, pensaban los niños, la vívida veta amarillo canario en el bigote y la barba que por lo demás eran blancas como la leche. No, nada, murmuró.

Debería haber sido un gran filósofo, dijo la señora Ramsay mientras bajaban hacia la aldea de pescadores, pero había tenido la desgracia de casarse mal. Sosteniendo su sombrilla negra muy erguida y caminando con un aire de expectación indescriptible, como si fuera a encontrarse con alguien al doblar la esquina, le contó la historia; un romance en Oxford con cierta muchacha; un matrimonio prematuro; la pobreza; ir a la India; traducir un poco de poesía «muy bellamente, creo», disponerse a enseñarle a los niños persa o indostaní, aunque ¿para qué servía eso realmente?... y luego vegetar, como lo veían ellos, en el jardín.

Lo halagaba; desairado como estaba, le reconfortaba que la señora Ramsay le contara aquello. Charles Tansley revivió. Al insinuar también la grandeza del intelecto masculino, incluso en su declive, y la sujeción de todas las esposas —sin que ella culpara a la muchacha, y el matrimonio había sido bastante feliz, creía— a las labores de sus maridos, le hizo sentirse más satisfecho consigo mismo de lo que lo había estado hasta entonces; y le habría gustado, si hubieran tomado un coche de punto, por ejemplo, haberlo pagado. En cuanto a su bolsita, ¿no podría llevársela él? No, no, dijo ella, siempre la llevaba ella misma. Así era, en efecto. Sí, él lo notaba en ella. Notaba muchas cosas, algo en particular que lo emocionaba y lo perturbaba por razones que no sabría dar. Le gustaría que ella lo viera, con toga y bir-

rete, desfilando en una procesión. Una plaza, una cátedra, se sentía capaz de todo y se imaginaba a sí mismo... pero ¿qué estaba mirando ella? A un hombre que pegaba un cartel. El enorme papel ondulante se fue aplastando, y cada pasada del pincel revelaba nuevas piernas, aros, caballos, rojos y azules relucientes, deliciosamente lisos, hasta que media pared quedó cubierta con el anuncio de un circo; cien jinetes, veinte focas amaestradas, leones, tigres... Inclinandose hacia adelante, pues era corta de vista, lo leyó en voz alta... «visitará esta ciudad», leyó. Era un trabajo terriblemente peligroso para un hombre manco, exclamó, estar en lo alto de una escalera así: le habían cortado el brazo izquierdo en una segadora dos años antes.

— ¡Vayamos todos! — exclamó, echando a andar, como si todos aquellos jinetes y caballos la hubieran llenado de una alegría infantil y la hubieran hecho olvidar su compasión.

— Vayamos — dijo él, repitiendo sus palabras, pero pronunciándolas con una crispación, sin embargo, que la hizo estremecerse —. Vayamos al circo. No. No lo decía bien. No lo sentía bien. Pero ¿por qué no?, se preguntó ella. ¿Qué le pasaba entonces? Le tenía simpatía, en ese momento. ¿Acaso no los habían llevado, preguntó, al circo de pequeños? Nunca, contestó él, como si preguntara exactamente lo que él deseaba; como si hubiera estado deseando decirlo todos esos días, lo de que ellos no iban al circo. Era una familia numerosa, nueve hermanos, y su padre era un obrero. «Mi padre es farmacéutico, señora Ramsay. Tiene una botica.» Él mismo se había pagado los estudios desde los trece años. A menudo pasaba el invierno sin abrigo. Nunca podía «corresponder a la hospitalidad recibida» (esas eran sus palabras reseca y rígidas) en la universidad. Tenía que hacer durar las cosas el doble que los demás; fumaba el tabaco más barato; picadura; el mismo que fumaban los viejos en los muelles. Trabajaba duro: siete horas al día; su tema era ahora la influencia de algo sobre alguien... iban caminando y la señora Ramsay no captaba muy bien el sentido, solo las palabras, aquí y allá... tesis... plaza... ayudantía... adjuntía. No podía seguir la horrible jerga académica que se desgranaba con tanta soltura, pero se dijo que ahora entendía por qué lo del circo lo había sacado de sus casillas, pobre hombrecillo, y por qué había salido enseguida con todo aquello de su padre y su madre y sus hermanos, y ella se encargaría de que no se rieran más de él; se lo diría a Prue. Lo que a él le habría gustado, supuso, habría sido poder decir que había ido no al circo sino a ver a Ibsen con los Ramsay. Era un

pedante espantoso, ay sí, un pelmazo insufrible. Pues aunque ya habían llegado al pueblo y estaban en la calle principal, con las carretas chirriando sobre los adoquines, él seguía hablando de asentamientos obreros, y de enseñanza, y de la clase trabajadora, y de ayudar a los de su clase, y de conferencias, hasta que ella comprendió que había recuperado por completo la confianza en sí mismo, que se había repuesto del circo, y estaba a punto de contarle —y en ese instante ella volvió a sentirle simpatía— pero aquí, al quedar las casas atrás a uno y otro lado, salieron al muelle, y toda la bahía se desplegó ante ellas y la señora Ramsay no pudo evitar exclamar: «¡Oh, qué hermoso!». Pues tenía ante ella la enorme bandeja de agua azul; el venerable faro, distante, austero, en medio de ella; y a la derecha, hasta donde alcanzaba la vista, desvaneciéndose y hundiéndose en suaves y bajos pliegues, las dunas de arena verde con los hierbajos silvestres que siempre parecían querer escapar hacia algún país de luna, deshabitado por los hombres.

Ese era el paisaje, dijo, deteniéndose, con los ojos cada vez más grises, que amaba su marido.

Hizo una pausa. Pero ahora, dijo, habían venido artistas. Allí mismo, a pocos pasos, estaba uno de ellos, con sombrero de panamá y botas amarillas, serio, absorto, suave, a pesar de ser observado por diez niños pequeños, con una expresión de profundo contento en su cara redonda y roja, mirando fijamente y luego, cuando había mirado bastante, mojando; empapando la punta del pincel en algún montículo suave de verde o de rosa. Desde que el señor Paunceforte había estado allí, tres años antes, todos los cuadros eran así, dijo, verdes y grises, con veleros color limón y mujeres de rosa en la playa.

Pero las amigas de su abuela, dijo, mirando discretamente al pasar, se tomaban las mayores molestias: primero mezclaban sus propios colores, luego los molían y luego ponían trapos húmedos para mantenerlos frescos.

El señor Tansley supuso que ella quería que viera que el cuadro de aquel hombre era pobre, ¿era eso lo que se decía? ¿Los colores no eran sólidos? ¿Era eso lo que se decía? Bajo la influencia de aquella emoción extraordinaria que había ido creciendo durante todo el paseo, que había comenzado en el jardín cuando quiso llevarle la bolsa, que había aumentado en el pueblo cuando quiso contarle todo de sí mismo, estaba empezando a verse a

sí mismo, y todo lo que había conocido, un poco torcido. Era tremendamente extraño.

Allí estaba, en la salita de la pequeña casa encajonada adonde ella lo había llevado, esperándola mientras ella subía un momento a ver a una mujer. Oía sus pasos rápidos arriba; oía su voz, animada primero, luego baja; miraba las esteras, las cajas de té, los cristales; esperaba bastante impaciente; aguardaba con ilusión el regreso a pie; decidió llevarle la bolsa; y luego la oyó salir; cerrar una puerta; decir que había que mantener las ventanas abiertas y las puertas cerradas, pedir en la casa lo que necesitaran (debía de estar hablando con un niño) cuando, de pronto, ella entró, se quedó un momento en silencio (como si hubiera estado fingiendo arriba y por un momento se dejara ser ella misma), se quedó perfectamente inmóvil un momento junto a un retrato de la reina Victoria con el lazo azul de la Jarretera; cuando de pronto comprendió que era esto: era esto: era la persona más hermosa que había visto en su vida.

Con estrellas en sus ojos y velos en su cabello, con ciclámenes y violetas silvestres... ¡qué disparates estaba pensando! Tenía cincuenta años por lo menos; tenía ocho hijos. Caminando entre campos de flores y acunando en su pecho capullos que se habían abierto y corderos que habían caído; con las estrellas en sus ojos y el viento en su pelo... Le tomó la bolsa.

—Adiós, Elsie —dijo ella, y subieron por la calle, ella sosteniendo la sombrilla erguida y caminando como si esperara encontrarse con alguien al doblar la esquina, mientras por primera vez en su vida Charles Tansley sentía un orgullo extraordinario; un hombre que cavaba en una zanja dejó de cavar y la miró, dejó caer el brazo y la miró; por primera vez en su vida Charles Tansley sintió un orgullo extraordinario; sintió el viento y los ciclámenes y las violetas porque estaba paseando con una mujer hermosa. Llevaba su bolsa.

II

—No hay excursión al faro, James —dijo, mientras estaba junto a la ventana, con torpeza, aunque intentando, por deferencia a la señora Ramsay, suavizar su voz hasta lograr algún remedo de cordialidad.

Odioso hombrecillo, pensó la señora Ramsay, ¿por qué seguir diciéndolo?

III

—Quizá mañana te despiertes y encuentres el sol brillando y los pájaros cantando —dijo ella con ternura, acariciando el pelo del niño, pues su marido, con su amarga frase de que no haría buen tiempo, le había quebrado los ánimos, podía verlo. Ir al faro era para él una pasión, lo veía, y luego, como si su marido no hubiera dicho bastante con su amarga frase de que mañana no haría buen tiempo, este odioso hombrecillo tenía que restregárselo de nuevo.

—Quizá mañana haga buen tiempo —dijo, acariciándole el pelo.

Todo lo que podía hacer ahora era admirar el frigorífico y pasar las páginas del catálogo con la esperanza de encontrar algo parecido a un rastrillo o una cortadora de césped que, con sus dientes y sus mangos, exigiera el mayor cuidado y habilidad para recortar. Todos esos jóvenes parodiaban a su marido, reflexionó; él decía que llovería; ellos decían que habría un auténtico huracán.

Pero aquí, al volver la página, súbitamente su búsqueda de la imagen de un rastrillo o una cortadora de césped quedó interrumpida. El murmullo ronco, interrumpido irregularmente por el sacar y meter pipas que había seguido asegurándole, aunque no podía oír lo que se decía (sentada como estaba en la ventana que daba a la terraza), que los hombres hablaban animadamente; ese sonido, que llevaba ya media hora y que se había integrado apaciblemente en la escala de sonidos que caían sobre ella, como el golpeo de las pelotas contra los bates, el ladrido seco y repentino de vez en cuando, «¿Cómo? ¿Cómo?», de los niños jugando al críquet, había cesado; de modo que el caer monótono de las olas en la playa, que la mayor parte del tiempo seguía un ritmo medido y consolador como telón de fondo de sus pensamientos y parecía repetir sin cesar, mientras ella estaba con los niños, las palabras de alguna antigua canción de cuna susurrada por la naturaleza, «Te estoy guardando... soy tu apoyo», pero que otras veces, de improviso e inesperadamente, sobre todo cuando su mente se alzaba un momento de la tarea que tenía entre manos, no tenía ese significado benévolo, sino que, como un toque de tambores espectral, marcaba sin piedad el com-

pás de la vida, la hacía pensar en la destrucción de la isla y en su hundimiento en el mar, y la advertía a ella, cuyo día había resbalado en una sucesión rápida de quehaceres, de que todo era efímero como un arco iris; ese sonido, que había quedado oscurecido y velado bajo los otros sonidos, resonó de pronto hueco en sus oídos y la hizo alzar la vista con un impulso de terror.

Habían dejado de hablar; esa era la explicación. Cayendo en un segundo de la tensión que la había atenazada al otro extremo que, como para compensarla por su innecesario gasto de emoción, era frío, divertido e incluso levemente malicioso, llegó a la conclusión de que el pobre Charles Tansley había sido despachado. Eso le importaba poco. Si su marido requería sacrificios (y vaya si los requería), con mucho gusto le ofrecía a Charles Tansley, que había desairado a su niño.

Un momento más, con la cabeza levantada, escuchó, como si aguardara algún sonido habitual, algún sonido rítmico y mecánico; y luego, al oír algo rítmico, a medias recitado a medias entonado, que comenzaba en el jardín mientras su marido iba y venía por la terraza, algo entre un graznido y un canto, se tranquilizó de nuevo, y con la certeza de que todo estaba bien, bajó la vista al libro que tenía en el regazo y encontró la imagen de una navaja con seis hojas que solo podía recortarse si James tenía mucho cuidado.

De pronto un grito fuerte, como el de un sonámbulo a medio despertar, algo acerca de

Atacado por metralla y granada

cantado con la mayor intensidad junto a su oído, la hizo volver la cabeza aprensiva para ver si alguien lo escuchaba. Solo Lily Briscoe, comprobó aliviada; y eso no importaba. Pero la visión de la joven en el borde del jardín pintando se lo recordó: se suponía que debía mantener la cabeza lo más posible en la misma posición para el cuadro de Lily. ¡El cuadro de Lily! La señora Ramsay sonrió. Con sus ojillos chinos y su carita fruncida, nunca se casaría; no era posible tomarse muy en serio su pintura; era una criatura independiente y la señora Ramsay la apreciaba por eso; y así, recordando su promesa, inclinó la cabeza.

IV

En efecto, casi le volcó el caballete, abalanzándose sobre ella con las manos en alto gritando «Con brío caballamos y bien», pero, por fortuna, giró bruscamente y se alejó al galope para morir gloriosamente, supuso ella, en las alturas de Balaclava. Nadie era a la vez tan ridículo y tan alarmante. Pero mientras siguiera así, agitando los brazos, gritando, estaría a salvo; no se detendría a mirar su cuadro. Y eso era lo que Lily Briscoe no habría podido soportar. Incluso mientras miraba la masa, la línea, el color, a la señora Ramsay sentada en la ventana con James, mantenía un sentido alerta hacia lo que la rodeaba para que nadie se acercara sigilosamente y de pronto encontrara su cuadro observado. Pero ahora, con todos sus sentidos agudizados, mirando, esforzándose, hasta que el color de la pared y la jacmana del otro lado le quemaban en los ojos, era consciente de que alguien salía de la casa y se acercaba a ella; pero de algún modo presentía, por el paso, que era William Bankes, de modo que, aunque su pincel tembló, no volvió el lienzo hacia la hierba como lo habría hecho de haber sido el señor Tansley, Paul Rayley, Minta Doyle o prácticamente cualquier otra persona, sino que lo dejó estar. William Bankes se detuvo a su lado.

Tenían habitaciones en el pueblo, y así, entrando y saliendo, despidiéndose tardíamente en los felpudos, habían intercambiado pequeñeces sobre la sopa, sobre los niños, sobre esto o aquello, lo que los hacía aliados; de modo que cuando él se colocó a su lado ahora con su aire sentencioso (tenía edad suficiente para ser su padre también, era botánico, viudo, olía a jabón, era muy escrupuloso y pulcro) ella simplemente se quedó allí. Él simplemente se quedó allí. Sus zapatos eran excelentes, observó. Permitían a los dedos su expansión natural. Al hospedarse en la misma casa que ella, había notado también lo ordenada que era, levantada antes del desayuno y saliendo a pintar, creía, sola; pobre, presumiblemente, y sin el cutis ni el atractivo de la señorita Doyle desde luego, pero con un buen juicio que la hacía a sus ojos superior a esa joven. Ahora, por ejemplo, cuando Ramsay se abalanzaba sobre ellos gritando y gesticulando, la señorita Briscoe, estaba seguro, comprendía.

— Alguien había metido la pata.

El señor Ramsay los fulminó con la mirada. Los miró sin parecerlos ver. Eso los hizo sentir a ambos vagamente incómodos. Juntos habían visto algo

que no estaban destinados a ver. Habían invadido una intimidad. Así pues, pensó Lily, era probable que fuera una excusa para moverse, para alejarse, lo que llevó al señor Bankes a decir casi de inmediato algo de que hacía fresco y a sugerir que dieran un paseo. Ella iría, sí. Pero le costó apartar los ojos del cuadro.

La jacmana era de un violeta intenso; la pared, de un blanco deslumbrante. No le habría parecido honrado adulterar el violeta intenso y el blanco deslumbrante, puesto que los veía así, aunque estuviera de moda, desde la visita del señor Paunceforte, verlo todo pálido, elegante, semitransparente. Luego, bajo el color, estaba la forma. Lo veía todo con tanta claridad, con tanta potestad, cuando miraba; era al tomar el pincel cuando todo cambiaba. Era en ese instante de vuelo entre el cuadro y el lienzo cuando la asaltaban los demonios que a menudo la llevaban al borde de las lágrimas y hacían ese tránsito de la concepción al trabajo tan espantoso como el de cualquier niño por un pasillo oscuro. Así se sentía ella a menudo: luchando contra obstáculos terribles para mantener el valor; para decirse: «Pero esto es lo que veo; esto es lo que veo», y así aferrarse a algún miserable vestigio de su visión que mil fuerzas hacían todo lo posible por arrebatarse. Y era entonces también, en esa senda fría y ventosa, mientras empezaba a pintar, cuando se le imponían otras cosas: su propia insuficiencia, su insignificancia, llevando la casa de su padre junto a Brompton Road, y le costaba gran esfuerzo contener el impulso de arrojarse (gracias al cielo que siempre lo había resistido hasta entonces) a los pies de la señora Ramsay y decirle... pero ¿qué podía decirle? «Estoy enamorada de usted»? No, no era verdad. «Estoy enamorada de todo esto», agitando la mano hacia el seto, hacia la casa, hacia los niños. Era un absurdo, era imposible. Así que puso los pinceles con cuidado en la caja, uno al lado del otro, y le dijo a William Bankes:

—De pronto refresca. Parece que el sol calienta menos —dijo, mirando alrededor, pues había suficiente luz, la hierba todavía de un verde suave y profundo, la casa salpicada de flores de pasión moradas entre el verdor, y los grajos dejando caer sus fríos graznidos desde el azul alto. Pero algo se movió, relampagueó, giró un ala plateada en el aire. Era septiembre al fin y al cabo, mediados de septiembre, y más de las seis de la tarde. Así que se alejaron paseando por el jardín en la dirección habitual, pasando la pista de tenis, la pampa, hasta aquella abertura en el seto espeso, guardada por ati-

zadores de fuego como braseros de carbón en llamas, entre los que las aguas azules de la bahía parecían más azules que nunca.

Venían allí con regularidad todas las tardes, atraídos por alguna necesidad. Era como si el agua hiciera flotar los pensamientos que se habían ido anquilosando en tierra firme y los pusiera a navegar, y le diera a su cuerpo incluso cierto alivio físico. Primero, el pulso del color inundaba la bahía de azul, y el corazón se expandía con él y el cuerpo se sumergía, solo para quedar enseguida frenado y aterido por la negrura erizada en las olas rizadas. Luego, por encima de la gran roca negra, casi todas las tardes brotaba irregularmente, de modo que había que esperarlo y era un deleite cuando aparecía, un surtidor de agua blanca; y mientras se esperaba ese momento, uno miraba, en la playa semicircular y pálida, ola tras ola deshacerse de nuevo una y otra vez, suavemente, en una película de nácar.

Los dos sonrieron, de pie allí. Los dos sentían una alegría común, avivada por las olas en movimiento; y luego por la rápida y cortante carrera de un velero que, tras haber trazado una curva en la bahía, se detuvo; tembló; dejó caer sus velas; y entonces, con ese instinto natural de completar el cuadro, tras ese movimiento veloz, los dos miraron las dunas lejanas, y en lugar de regocijo sintieron apoderarse de ellos cierta tristeza, porque la cosa estaba terminada en parte, y en parte porque los paisajes distantes parecen sobrevivir al contemplador por millones de años (pensó Lily) y estar ya comulgando con un cielo que contempla una tierra en completo reposo.

Mirando las lejanas dunas de arena, William Bankes pensó en Ramsay; pensó en un camino en Westmorland, pensó en Ramsay avanzando solo por un camino envuelto en esa soledad que parecía su atmósfera natural. Pero esto quedó interrumpido de pronto, recordó William Bankes (y esto debía de aludir a algún episodio real), por una gallina que extendía las alas en protección de una nidada de pollitos, ante lo cual Ramsay, deteniéndose, apuntó su bastón y dijo: «Qué bonito, qué bonito», una revelación inusitada de su corazón, había pensado Bankes, que mostraba su sencillez, su simpatía hacia las cosas humildes; pero le pareció que su amistad había terminado allí, en aquel trecho de camino. Después de eso, Ramsay se había casado. Después de eso, por una razón u otra, la sustancia de su amistad se había esfumado. Se veían para repetir. Pero en este mudo coloquio con las dunas sostuvo que su afecto por Ramsay no había disminuido en modo alguno; sino que allí, como el cuerpo de un joven conservado en turba durante un

siglo, con los labios todavía rojos y frescos, estaba su amistad, en toda su agudeza y realidad, depositada al otro lado de la bahía entre las dunas.

Estaba ansioso, en aras de esa amistad y quizá también para aclararse ante sí mismo de la imputación de haberse resecado y encogido — pues Ramsay vivía en un torbellino de hijos, mientras que Bankes no tenía hijos y era viudo —, estaba ansioso de que Lily Briscoe no menospreciara a Ramsay (un gran hombre a su manera), aunque sí debía comprender cómo estaban las cosas entre ellos. Comenzada muchos años atrás, su amistad se había ido apagando en un camino de Westmorland, donde la gallina extendió las alas ante sus pollitos; después Ramsay se había casado, y sus caminos divergiendo, había habido, sin culpa de nadie ciertamente, cierta tendencia, cuando se encontraban, a repetir.

Sí. Eso era. Había terminado. Se volvió del paisaje. Y, al darse la vuelta para caminar en la otra dirección, por el sendero de entrada, el señor Bankes se fijó en cosas que no le habrían llamado la atención de no haberle revelado aquellas dunas el cuerpo de su amistad tendido con los labios rojos en la turba; por ejemplo, Cam, la niña pequeña, la hija menor de Ramsay. Estaba recogiendo Alicia en el margen. Era salvaje y bravía. No iba a «darle una flor al señor» como le decía la niñera. ¡No! ¡No! ¡No quería! Apretó el puño. Pataleó. Y el señor Bankes se sintió viejo y apenado y de algún modo puesto en falta por ella en cuanto a su amistad. Debía de haberse resecado y encogido.

Los Ramsay no eran ricos, y era una maravilla cómo se las arreglaban. ¡Ocho hijos! ¡Alimentar a ocho hijos con filosofía! He aquí otro, Jasper esta vez, que pasaba paseando a echarle un tiro a algún pájaro, dijo, nonchalant, balanceando la mano de Lily como si fuera el mango de una bomba al pasar, lo que llevó al señor Bankes a decir, con amargura, que era una favorita. Ahora había que pensar en la educación (es verdad que la señora Ramsay tenía algo de dinero propio quizá), por no hablar del desgaste diario en zapatos y calcetines que aquellos «grandullones», todos bien crecidos, angulosos, implacables, debían de necesitar. En cuanto a saber con certeza quién era quién o en qué orden venían, eso estaba fuera de su alcance. Los llamaba en privado según los reyes y reinas de Inglaterra: Cam la Perversa, James el Despiadado, Andrew el Justo, Prue la Hermosa — pues Prue tendría belleza, pensó, ¿cómo no iba a tenerla? — y Andrew talento. Mientras subía por el sendero y Lily Briscoe decía sí y no y completaba sus comen-

tarios (pues estaba enamorada de todos ellos, enamorada de este mundo) sopesaba el caso de Ramsay, lo compadecía, lo envidiaba, como si lo hubiera visto desprenderse de todas las glorias del aislamiento y la austeridad que lo coronaban en la juventud para cargarse definitivamente con el aleteo y el cacareo de la domesticidad. Le habían dado algo —lo reconocía William Bankes—; habría sido agradable que Cam le hubiera puesto una flor en el ojal o se hubiera encaramado a su hombro para mirar una imagen del Vesubio en erupción; pero también habían destruido algo, no podían evitar reconocerlo sus viejos amigos. ¿Qué pensaría un extraño ahora? ¿Qué pensaba Lily Briscoe? ¿Podía uno no notar que en él se acentuaban las manías? ¿Las excentricidades, las debilidades quizá? Era asombroso que un hombre de su inteligencia pudiera rebajarse tanto como lo hacía —pero esa era una frase demasiado dura—, pudiera depender tanto como dependía del elogio ajeno.

—Pero —dijo Lily—, ¡piense en su obra!

Cada vez que «pensaba en su obra» veía siempre ante sí con toda claridad una gran mesa de cocina. Era cosa de Andrew. Le había preguntado de qué trataban los libros de su padre. «Del sujeto y el objeto y la naturaleza de la realidad», había dicho Andrew. Y cuando ella dijo Dios mío, que no tenía ni idea de lo que eso significaba.

—Imagínese entonces una mesa de cocina —le dijo él—, cuando no está usted delante.

Así que ahora veía siempre, cuando pensaba en la obra del señor Ramsay, una mesa de cocina bien fregada. Estaba alojada ahora en la horquilla de un peral, pues habían llegado al huerto. Y con un doloroso esfuerzo de concentración, ella enfocó su mente, no en la corteza con relieves plateados del árbol ni en sus hojas con forma de pez, sino en una imaginaria mesa de cocina, una de esas mesas de tablones sin pulir, veteadas y nudosas, cuya virtud parece haber quedado al desnudo por años de honesta labor muscular, que estaba allí con sus cuatro patas en el aire. Naturalmente, si los días de uno transcurrían en esa visión de esencias angulosas, en esa reducción de las hermosas tardes, con todas sus nubes color flamenco y sus azules y plateados, a una mesa blanca de cuatro patas (y era una señal de las mentes más preclaras hacerlo así), naturalmente no se podía juzgar a uno como a una persona cualquiera.

Al señor Bankes le gustó que ella le dijera «piense en su obra». Él lo había pensado, muchas y muchas veces. En innumerables ocasiones había dicho: «Ramsay es uno de esos hombres que hacen su mejor obra antes de los cuarenta». Había hecho una aportación definitiva a la filosofía en un librito cuando solo tenía veinticinco años; lo que vino después era más o menos ampliación, repetición. Pero el número de hombres que hacen una aportación definitiva a cualquier cosa en absoluto es muy pequeño, dijo, deteniéndose junto al peral, bien arreglado, escrupulosamente exacto, exquisitamente ponderado. De pronto, como si el movimiento de su mano lo hubiera liberado, el peso de sus impresiones acumuladas sobre él se inclinó, y se desbordó en avalancha pesada todo lo que ella sentía hacia él. Esa fue una sensación. Luego se elevó en un vaho la esencia de su ser. Esa fue otra. Se sintió traspasada por la intensidad de su percepción; era su severidad, su bondad. Te respeto (se dirigía en silencio a él en persona) en cada átomo; no eres vanidoso; eres completamente impersonal; eres más refinado que el señor Ramsay; eres el ser humano más refinado que conozco; no tienes ni esposa ni hijo (sin ningún sentimiento sexual, anhelaba cuidar esa soledad); vives para la ciencia (involuntariamente, rodajas de patatas se alzaron ante sus ojos); el elogio sería un insulto para ti; ¡hombre generoso, de corazón puro, heroico! Pero al mismo tiempo recordaba cómo había traído un ayuda de cámara hasta allí arriba; ponía reparos a los perros en las sillas; peroraba durante horas (hasta que el señor Ramsay salía dando un portazo) acerca de la sal en las verduras y la ineptitud de los cocineros ingleses.

¿Cómo resultaba todo aquello, entonces? ¿Cómo se juzgaba a las personas, se pensaba en ellas? ¿Cómo sumaba uno esto y aquello y concluía que lo que sentía era simpatía o antipatía? ¿Y a esas palabras qué significado se les atribuía, después de todo? Allí de pie, al parecer clavada en el sitio, junto al peral, las impresiones de esos dos hombres se vertían sobre ella, y seguir su pensamiento era como seguir una voz que habla con demasiada rapidez para ser anotada con el lápiz, y la voz era la suya propia, que decía sin titubeos cosas innegables, eternas, contradictorias, de tal modo que incluso las fisuras y los bultos de la corteza del peral quedaban fijados allí irrevocablemente para la eternidad. Tienes grandeza, siguió, pero el señor Ramsay no tiene ninguna. Es mezquino, egoísta, vanidoso, egocéntrico; está malcriado; es un tirano; agota a la señora Ramsay; pero tiene lo que tú (se dirigía al señor Bankes) no tienes: un ardiente desapego del mundo; no sabe nada de las pequeneces; quiere a los perros y a sus hijos. Tiene

ocho. El señor Bankes no tiene ninguno. ¿Acaso no bajó una noche con dos abrigos y dejó que la señora Ramsay le cortara el pelo en forma de cuenco? Todo eso bailaba arriba y abajo, como un enjambre de mosquitos, cada cosa por separado, pero todas maravillosamente controladas por una red elástica invisible; bailaba arriba y abajo en la mente de Lily, en torno a las ramas del peral, donde seguía colgada en efigie la mesa de cocina fregada, símbolo de su profundo respeto por la mente del señor Ramsay, hasta que su pensamiento, que había girado cada vez más rápido, estalló por su propia intensidad; se sintió liberada; un disparo sonó cerca, y vinieron volando de sus fragmentos, asustados, efusivos, tumultuosos, un bandada de estorninos.

— ¡Jasper! — exclamó el señor Bankes. Giraron en la dirección en que volaban los estorninos, hacia la terraza. Siguiendo la desbandada de pájaros en el cielo, pasaron por la abertura en el seto alto y se encontraron de bruces con el señor Ramsay, que les declamó con tono trágico: «¡Alguien había metido la pata!».

Sus ojos, empañados de emoción, desafiantes con intensidad trágica, se encontraron con los de ellos por un segundo y se estremecieron al borde del reconocimiento; pero luego, levantando la mano a medio camino hasta el rostro, como para apartar, para barrer con una agonía de vergüenza malhumorada, su mirada habitual, como si les rogara que aplazaran por un momento lo que sabía inevitable, como si les imprimiera su propio resentimiento infantil ante la interrupción, pero sin rendirse del todo aun en el momento del descubrimiento, sino determinado a aferrarse a algo de esa deliciosa emoción, ese impuro arrebató del que se avergonzaba pero en el que se deleitaba, se volvió bruscamente, dio un portazo invisible entre ellos; y Lily Briscoe y el señor Bankes, mirando con incomodidad hacia el cielo, observaron que la bandada de estorninos que Jasper había dispersado con su escopeta se había posado en las copas de los olmos.

V

— Y aunque mañana no haga buen tiempo — dijo la señora Ramsay, alzando los ojos para ver pasar a William Bankes y a Lily Briscoe —, habrá otro día. Y ahora — dijo, pensando que el encanto de Lily eran sus ojos chinos, sesgados en su carita blanca y fruncida, aunque haría falta un hombre listo para apreciarlo —, ahora ponte de pie y deja que te mida la pierna, pues

después de todo podían ir al faro, y tenía que ver si la media no necesitaba uno o dos centímetros más de largo.

Sonriendo, pues era una idea admirable que le acababa de pasar por la cabeza — William y Lily deberían casarse —, tomó la media de mezcla de brezos, con sus agujas de acero cruzadas en la boca, y la midió contra la pierna de James.

— Cariño, estate quieto — dijo, pues James, por sus celos, no queriendo servir de soporte para el niño del farero, se agitaba adrede; y si hacía eso, ¿cómo podía ella ver si era demasiado larga, si era demasiado corta? preguntó.

Alzó la vista — ¿qué demonio poseía a su pequeño, a su predilecto? — y vio la habitación, vio las sillas, las encontró espantosamente desvencijadas. Sus tripas, como decía Andrew el otro día, estaban por el suelo; pero entonces ¿para qué comprar buenas sillas y dejar que se estropearan allí arriba durante todo el invierno cuando la casa, con solo una vieja criada para cuidarla, chorreaba de humedad? Daba igual; el alquiler era exactamente de un penique con ochavo; los niños la adoraban; le hacía bien a su marido estar a tres mil, o si debía ser exacta, a trescientas millas de sus bibliotecas y sus conferencias y sus discípulos; y había sitio para las visitas. Esterillas, catres de campaña, fantasmas desvencijados de sillas y mesas cuya vida útil londinense había terminado: servían bien allí; y una o dos fotografías, y libros. Los libros, pensó, crecían solos. Nunca tenía tiempo de leerlos. ¡Ay! incluso los libros que le habían regalado con dedicatoria de puño y letra del propio poeta: «Para aquella cuyos deseos deben obedecerse»... «La más feliz Helena de nuestros días»... era vergonzoso decirlo, nunca los había leído. Y Croom sobre la Mente y Bates sobre las Costumbres Salvajes de la Polinesia («Cariño, estate quieto», dijo) — tampoco esos podían mandarse al faro. En algún momento, supuso, la casa quedaría tan deteriorada que habría que hacer algo. Si pudieran enseñarles a limpiarse los pies y a no traerse la playa consigo, eso ya sería algo. Los cangrejos, había que reconocerlo, si Andrew de verdad quería diseccionarlos, o si Jasper creía que podía hacerse sopa de algas, no había manera de impedirlo; ni los tesoros de Rose: conchas, cañas, piedras; pues eran dotados, sus hijos, pero todos de maneras muy distintas. Y el resultado de todo eso, suspiró, abarcando la habitación del suelo al techo mientras sostenía la media contra la pierna de James, era que las cosas se deterioraban más y más verano tras verano. La

estera estaba descolorida; el papel de la pared, despegándose. Ya no se podía distinguir si había rosas en él. Pero si todas las puertas de una casa se dejan perpetuamente abiertas, y ningún cerrajero en toda Escocia puede arreglar un cerrojo, las cosas tienen que estropearse. Todas las puertas estaban abiertas. Escuchó. La puerta del salón estaba abierta; la puerta del vestíbulo estaba abierta; parecía como si las puertas de los dormitorios también estuvieran abiertas; y desde luego la ventana del rellano estaba abierta, pues la había abierto ella misma. Que las ventanas debían estar abiertas y las puertas cerradas —cosa tan sencilla como era— ¿ninguno de ellos podía recordarlo? Entraba de noche en los dormitorios de las criadas y los encontraba sellados como hornos, salvo el de Marie, la chica suiza, que prefería prescindir del baño antes que del aire fresco, pero es que en casa, había dicho, «las montañas son tan hermosas». Lo había dicho la noche anterior mirando por la ventana con los ojos llenos de lágrimas. «Las montañas son tan hermosas.» Su padre se estaba muriendo allí, lo sabía la señora Ramsay. Los iba a dejar sin padre. Las regañinas y las demostraciones (cómo hacer una cama, cómo abrir una ventana, con manos que se cerraban y se abrían como las de una francesa) se habían plegado todo en silencio a su alrededor cuando la muchacha habló, como después de un vuelo a pleno sol se pliegan en silencio las alas de un pájaro y el azul de su plumaje pasa del acero brillante al violeta suave. Se había quedado allí en silencio, pues no había nada que decir. Era un cáncer de garganta. Al recordarlo —cómo se había quedado allí, cómo la chica había dicho «En casa las montañas son tan hermosas», y no había esperanza, ninguna esperanza en absoluto—, la asaltó un espasmo de irritación y, con voz cortante, le dijo a James:

—Estate quieto. No seas pesado —de modo que él supo enseguida que su severidad era real, y enderezó la pierna y ella la midió.

La media era corta al menos un centímetro y medio, teniendo en cuenta que el niño del Sorley sería menos crecido que James.

—Es demasiado corta —dijo—, muchísimo más corta.

Nadie tuvo nunca un semblante tan triste. Amarga y oscura, a media caída, en la oscuridad, en el pozo que iba de la luz del sol a las profundidades, quizá se formó una lágrima; una lágrima cayó; las aguas se mecieron hacia un lado y hacia otro, la recibieron y quedaron en calma. Nadie tuvo nunca un semblante tan triste.

Pero ¿no era más que apariencia, decía la gente? ¿Qué había detrás: su belleza y su esplendor? ¿Se había volado los sesos, preguntaban, había muerto la semana antes de casarse con ella, algún otro amante anterior de quien llegaban rumores? ¿O no había nada? ¿Nada más que una belleza sin par detrás de la cual ella vivía, y a la que nada podía perturbar? Pues, aunque podría haber dicho fácilmente en algún momento de intimidad, cuando le llegaban historias de grandes pasiones, de amores frustrados, de ambiciones truncadas, que ella también lo había conocido o sentido o vivido, nunca hablaba. Siempre guardaba silencio. Sabía entonces: sabía sin haber aprendido. Su sencillez ahondaba allí donde las personas inteligentes falseaban. Su unicidad de propósito la hacía caer a plomo como una piedra, posarse exacta como un pájaro, le daba, de manera natural, ese impulso y esa caída del espíritu sobre la verdad que deleitaba, aliviaba, sostenía, quizá falsamente.

(«La naturaleza tiene muy poca arcilla», dijo el señor Bankes en una ocasión, muy conmovido por su voz al teléfono, aunque ella solo le estaba diciendo un dato sobre un tren, «como la que usó para moldearla a usted»). La veía al otro extremo del hilo con toda claridad: griega, recta, de ojos azules. Qué incongruente resultaba telefonar a una mujer así. Las Gracias al reunirse parecían haberse tomado de las manos en prados de asfódelos para componer ese rostro. Tomaría el de las 10:30 en Euston.

«Y sin embargo, no es más consciente de su belleza que un niño», dijo el señor Bankes, colgando el receptor y cruzando la habitación para ver los progresos que hacían los obreros con el hotel que construían detrás de su casa. Y pensó en la señora Ramsay mientras observaba el trajín entre los muros a medio terminar. Pues siempre, pensó, había algo incongruente que integrar en la armonía de su rostro. Se calaba un sombrero de cazador en la cabeza; corría por el jardín con chanclos para rescatar a un niño de algún travesura. De modo que si era únicamente su belleza en lo que uno pensaba, había que recordar también la cosa que temblaba, la cosa viva (llevaban ladrillos subiendo por una pequeña tabla mientras él los observaba), e integrarla en el cuadro; o si uno pensaba en ella simplemente como mujer, había que atribuirle algún rasgo peculiar — no le gustaba que la admiraran —, o suponer algún deseo latente de despojarse de su realeza de forma, como si su belleza la aburriera a ella y todo lo que dicen los hombres de la

belleza, y solo quisiera ser como las demás, insignificante. No lo sabía. No lo sabía. Tenía que irse a trabajar.)

Tejiendo su vellosa media de color castaño rojizo, con la cabeza enmarcada absurdamente por el marco dorado, el chal verde que había echado sobre el borde del marco y la obra de arte de Miguel Ángel debidamente certificada, la señora Ramsay suavizó lo que un momento antes había sido áspero en sus modales, le alzó la cabeza y besó a su niño en la frente. «Busquemos otro dibujo para recortar», dijo.

VI

Pero ¿qué había pasado?

Alguien había metido la pata.

Arrancando de su ensimismamiento, dio sentido a unas palabras que había tenido en la mente sin sentido durante un largo rato. «Alguien había metido la pata...» Fijando sus ojos cortos de vista en su marido, que avanzaba ahora hacia ella, lo miró fijamente hasta que su proximidad le reveló (el estribillo tomó forma en su cabeza) que algo había ocurrido, que alguien había metido la pata. Pero no lograba imaginar en absoluto el qué.

Él temblaba; él se estremecía. Toda su vanidad, toda su satisfacción ante su propio esplendor, cabalgando fatal como un rayo, feroz como un halcón a la cabeza de sus hombres por el valle de la muerte, se habían hecho añicos, destruidos. Atacados por metralla y granada, con brío caballamos y bien, cruzamos relampagueantes el valle de la muerte, entre descargas y truenos... directamente hacia Lily Briscoe y William Bankes. Él temblaba; él se estremecía.

Por nada del mundo le habría hablado en ese instante, reconociendo, por las señales conocidas —los ojos apartados y cierta contracción de toda su persona, como si se envolviera en sí mismo y necesitara intimidad para recobrar el equilibrio—, que estaba ultrajado y angustiado. Acarició la cabeza de James; le transmitió lo que sentía por su marido y, mientras lo veía colorear de amarillo la camisa blanca de un caballero del catálogo de los Almacenes del Ejército y la Armada, pensó qué alegría sería para ella que resultara un gran artista; ¿y por qué no? Tenía una frente espléndida. Luego, alzando los ojos al volver a pasar su marido, se alivió al comprobar que la

ruina estaba velada; la domesticidad triunfaba; la costumbre canturreaba su ritmo apaciguador, de tal modo que cuando él se detuvo deliberadamente, al volver a su turno, ante la ventana, y se inclinó con gesto juguetón y burlón para hacerle cosquillas con una ramita en la pantorrilla desnuda de James, ella le echó en cara haber despachado a «ese pobre joven», Charles Tansley. Tansley había tenido que entrar a escribir su tesis, dijo él.

—James también tendrá que escribir su tesis algún día —añadió irónicamente, agitando la ramita.

Odiando a su padre, James apartó de un manotazo la ramita con que él, de un modo peculiar suyo, mezcla de severidad y humor, le hacía cosquillas en la pierna desnuda.

Ella estaba tratando de terminar esas molestas medias para mandárselas mañana al niño del Sorley, dijo la señora Ramsay.

No había la menor posibilidad de que pudieran ir al faro mañana, espetó el señor Ramsay con irritación.

¿Cómo lo sabía él?, preguntó ella. El viento cambiaba a menudo.

La extraordinaria irracionalidad de su observación, la necesidad de las mentes femeninas, lo enfureció. Había cabalgado por el valle de la muerte, se había hecho añicos y estremecido; y ahora ella iba contra los hechos, hacía albergar esperanzas a sus hijos en algo absolutamente imposible y, en efecto, mentía. Golpeó el peldaño de piedra con el pie. «Maldita seas», dijo. Pero ¿qué había dicho ella? Simplemente que quizá hiciera buen tiempo mañana. Así podría ser.

No con el barómetro en descenso y el viento del oeste.

Perseguir la verdad con tan asombrosa falta de consideración hacia los sentimientos ajenos, rasgar tan caprichosa, tan brutalmente, los tenues velos de la civilización, era para ella una violación tan horrible de la decencia humana que, sin responder, aturdida y ciega, inclinó la cabeza como para dejar que el chaparrón de granizo irregular y el aguacero de agua sucia la empaaran sin protestar. No había nada que decir.

Él se quedó a su lado en silencio. Con gran humildad, al fin dijo que iría a preguntarle a los guardacostas, si a ella le parecía.

No había nadie a quien ella reverenciara tanto como a él.

Estaba dispuesta a aceptar su palabra, dijo. Solo que entonces no hacía falta cortar bocadillos: eso era todo. Acudían a ella, naturalmente, por ser mujer, durante todo el día con esto y con aquello; uno queriendo una cosa, otro otra; los niños iban creciendo; a menudo se sentía como una esponja empapada de emociones humanas. Y luego él decía: Maldita seas. Decía: Lloverá. Decía: No lloverá; y al instante se abría ante ella un cielo de seguridad. No había nadie a quien reverenciara más. No era digna de atarle los cordones de los zapatos, sentía.

Ya arrepentido de esa irritación, de esa agitación de brazos al cargar a la cabeza de sus tropas, el señor Ramsay hurgó un poco avergonzado de nuevo la pierna desnuda de su hijo con la ramita, y luego, como si ella le diera permiso para ello, con un movimiento que le recordó extrañamente a su esposa al gran león marino del zoo dando un tumbo hacia atrás después de tragarse el pescado y salpicando el agua de un lado a otro del estanque, se zambulló en el aire de la tarde que, ya más tenue, iba quitando la sustancia a las hojas y los setos pero, como en compensación, devolvía a las rosas y los claveles un lustre que de día no tenían.

— Alguien había metido la pata — dijo de nuevo, alejándose a zancadas de un extremo al otro de la terraza.

¡Pero qué extraordinariamente había cambiado su entonación! Era como el cuco: «en junio desafina»; como si tantease, buscando tentativamente alguna frase para un nuevo estado de ánimo y, no teniendo a mano más que esa, la usase, aunque estuviera cascada. Pero sonaba ridícula: «Alguien había metido la pata», dicho así, casi como una pregunta, sin ninguna convicción, con melodía. La señora Ramsay no pudo evitar sonreír, y muy pronto, tal como era de esperar, paseando de un extremo al otro, él la fue tarareando, la fue dejando, quedó en silencio.

Estaba a salvo, había vuelto a su intimidad. Se detuvo para encender la pipa, miró una vez a su esposa e hijo en la ventana y, como uno levanta los ojos de una página en un expreso y ve una granja, un árbol, un grupo de casas de labranza como una ilustración, una confirmación de algo en la página impresa a la que uno vuelve reconfortado y satisfecho, así, sin distinguir a su hijo ni a su esposa, la visión de ellos lo reconfortó y lo satisfizo y consagró su esfuerzo de llegar a una comprensión perfectamente nítida del problema que ahora ocupaba las energías de su espléndida mente.

Era una mente espléndida. Pues si el pensamiento es como el teclado de un piano, dividido en cierto número de notas, o como el alfabeto compuesto de veintiséis letras ordenadas, entonces su espléndida mente no tenía ninguna dificultad en recorrer esas letras una a una, con firmeza y precisión, hasta alcanzar, pongamos, la letra Q. Alcanzó la Q. Muy pocas personas en toda Inglaterra alcanzan la Q. Aquí, deteniéndose un momento junto a la urna de piedra donde estaban los geranios, vio, pero ahora muy, muy lejos, como niños recogiendo conchas, divinamente inocentes y ocupados con pequeñeces a sus pies y de algún modo completamente indefensos ante un destino que él percibía, a su esposa e hijo juntos en la ventana. Necesitaban su protección; él se la daba. Pero ¿después de la Q? ¿Qué viene a continuación? Después de la Q hay cierto número de letras, la última de las cuales apenas es visible para los ojos mortales, aunque brilla roja en la distancia. La Z solo la alcanza una vez en cada generación. Pero si pudiera llegar a la R ya sería algo. Aquí al menos estaba la Q. Se atrincheró en la Q. De la Q estaba seguro. La Q podía demostrarla. Si Q entonces es Q — R — Aquí apagó la pipa con dos o tres golpes resonantes en el asa de la urna y prosiguió. «Entonces la R...» Se irguió. Se tensó.

Las cualidades que habrían salvado a la tripulación de un barco a la deriva en un mar abrasador con seis galletas y un frasco de agua — la resistencia y la justicia, la previsión, la abnegación, la destreza — acudieron en su ayuda. La R es entonces... ¿qué es la R?

Un párpado, como el párpado de cuero de un lagarto, parpadeó sobre la intensidad de su mirada y oscureció la letra R. En ese destello de oscuridad oyó a la gente decir — que era un fracasado — que la R estaba fuera de su alcance. Nunca llegaría a la R. Hacia la R, de nuevo. R — — —

Las cualidades que en una expedición desolada por las soledades heladas de la región polar le habrían hecho el líder, el guía, el consejero, cuyo temple, ni optimista ni pesimista, contempla con ecuanimidad lo que está por venir y lo afronta, acudieron de nuevo en su ayuda. R — — —

El ojo del lagarto parpadeó una vez más. Las venas de su frente se hincharon. El geranio de la urna se hizo de pronto perentoriamente visible y, desplegado entre sus hojas, pudo ver, sin quererlo, esa vieja y obvia distinción entre las dos clases de hombres: por un lado los que caminan sin descanso con una fuerza sobrehumana y que, avanzando y perseverando,

repite el alfabeto entero en orden, las veintiséis letras, de principio a fin; por el otro los dotados, los inspirados que, milagrosamente, funden todas las letras de un solo golpe —el camino del genio. Él no tenía genio; no lo pretendía; pero tenía, o podía haber tenido, el poder de repetir cada letra del alfabeto de la A a la Z con exactitud y en orden. Mientras tanto, se había atascado en la Q. Adelante, pues, hacia la R.

Sentimientos que no habrían deshonrado a un jefe que, cuando la nieve ha comenzado a caer y la cima de la montaña está cubierta de niebla, sabe que debe tumbarse y morir antes de que llegue la mañana, se apoderaron de él, destiñendo el color de sus ojos, dándole, ya en los dos minutos de su vuelta por la terraza, el aspecto desvaído de la ancianidad marchita. Y sin embargo no moriría tumbado; encontraría algún saliente de roca, y allí, con los ojos fijos en la tormenta, intentando hasta el final traspasar la oscuridad, moriría de pie. Nunca llegaría a la R.

Se quedó inmóvil junto a la urna, con el geranio derramándose sobre ella. ¿Cuántos hombres de entre mil millones, se preguntó, llegan afinal a la Z? Bien puede el jefe de una empresa perdida hacerse esa pregunta, y responder sin traicionar a la expedición que lleva detrás: «Uno quizá». Uno en cada generación. ¿Se le puede culpar entonces si él no es ese? con tal de haber trabajado honradamente, de haber dado lo mejor de su capacidad y hasta no tener ya más que dar. ¿Y cuánto dura su fama? Incluso a un héroe moribundo le es lícito pensar, antes de morir, en cómo hablarán de él los hombres en adelante. Su fama dura quizá dos mil años. ¿Y qué son dos mil años? (se preguntó el señor Ramsay irónicamente, mirando el seto). ¿Qué son, en efecto, si se mira desde la cima de una montaña hacia los largos yermos de los siglos? La misma piedra que uno patea con el pie sobrevivirá a Shakespeare. Su propia lucecita brillaría, no muy intensamente, durante uno o dos años, y luego se fundiría con una luz más grande, y esta con otra más grande todavía. (Miró hacia el seto, hacia la intrincada maraña de las ramas.) ¿Quién podría entonces culpar al jefe de ese grupo desamparado que después de todo ha ascendido lo bastante como para ver el yermo de los años y la extinción de las estrellas, si antes de que la muerte entumezca sus miembros hasta la inmovilidad, levanta un poco, conscientemente, sus entumecidos dedos hasta la frente y cuadra los hombros, de modo que cuando llegue el equipo de rescate lo encuentren muerto en su puesto, con la figura

esbelta de un soldado? El señor Ramsay cuadró los hombros y se mantuvo muy erguido junto a la urna.

¿Quién le reprocharía que, así erguido un momento, piense en la fama, en los equipos de rescate, en los cairns que sus agradecidos seguidores levantarán sobre sus huesos? Y al final, ¿quién reprochará al jefe de la expedición condenada que, habiendo aventurado hasta el límite y usado hasta la última onza de sus fuerzas y caído dormido sin importarle demasiado si despierta o no, percibe ahora cierto hormigueo en los dedos de los pies que le dice que sigue vivo, y que en general no le desagrada seguir vivo, pero necesita simpatía, y whisky, y alguien a quien contarle su sufrimiento de inmediato? ¿Quién se lo reprochará? ¿Quién no se alegrará en secreto cuando el héroe se quita la armadura, y se detiene ante la ventana y contempla a su esposa e hijo que, muy lejanos al principio, se van acercando más y más hasta que los labios, el libro y la cabeza están claramente ante él, aunque todavía hermosos y extraños por la intensidad de su aislamiento y el yermo de los siglos y la extinción de las estrellas; y finalmente, guardándose la pipa en el bolsillo e inclinando su magnífica cabeza ante ella, quién se lo reprochará si rinde homenaje a la belleza del mundo?

VII

Pero su hijo lo odiaba. Lo odiaba por acercarse a ellos, por detenerse a mirarlos; lo odiaba por interrumpirlos; lo odiaba por la exaltación y la sublimidad de sus gestos; por la magnificencia de su cabeza; por su exigencia y su egoísmo (pues allí estaba, ordenándoles que le prestaran atención); pero sobre todo odiaba el retintín y el gorjeo de la emoción de su padre que, vibrando a su alrededor, turbaba la perfecta sencillez y el buen entendimiento de sus relaciones con su madre. Mirando fijamente la página, esperaba conseguir que se moviera; señalando una palabra con el dedo, esperaba reclamar la atención de su madre que, lo sabía con rabia, vacilaba al instante en que su padre se detenía. Pero no. Nada haría moverse al señor Ramsay. Allí estaba, reclamando simpatía.

La señora Ramsay, que había estado sentada con descuido, teniendo a su hijo en el brazo, se irguió y, medio volviéndose, pareció alzarse con un esfuerzo y verter de golpe en el aire una lluvia de energía, una columna de espuma, apareciendo al mismo tiempo animada y viva como si todas sus en-

ergías se concentraran en una fuerza ardiente e iluminadora (en silencio como estaba sentada, tomando de nuevo su media); y en esa fecundidad deliciosa, en esa fuente y espuma de vida, la fatal esterilidad de lo masculino se hundió como un pico de bronce, árido y pelado. Quería simpatía. Era un fracasado, dijo. La señora Ramsay hacía volar las agujas. El señor Ramsay repitió, sin apartar los ojos de su rostro, que era un fracasado. Ella le devolvió las palabras de un soplo. «Charles Tansley...», dijo. Pero necesitaba más. Era simpatía lo que quería, que le aseguraran su genio, en primer lugar, y luego que lo acogieran en el círculo de la vida, que lo calentaran y aplacaran, que le devolvieran los sentidos, que convirtieran su esterilidad en fertilidad, y que llenaran de vida todas las habitaciones de la casa: el salón; detrás del salón, la cocina; encima de la cocina, los dormitorios; y más allá los cuartos de los niños: había que amueblarlos, había que llenarlos de vida.

Charles Tansley lo consideraba el mayor metafísico de la época, dijo ella. Pero necesitaba más que eso. Necesitaba simpatía. Necesitaba que le aseguraran que él también vivía en el corazón de la vida; que era necesario; no solo allí, sino en todo el mundo. Haciendo volar las agujas, segura, erguida, creó el salón y la cocina, los iluminó todos; le invitó a instalarse en ellos, a entrar y salir, a disfrutar. Ella reía, ella tejía. De pie entre sus rodillas, muy tieso, James sentía toda la fuerza de ella llamear para ser bebida y apagada por el pico de bronce, el ardiente alfanje de lo masculino, que golpeaba sin piedad, una y otra vez, reclamando simpatía.

Era un fracasado, repitió. Bueno, mira entonces, siente entonces. Haciendo volar las agujas, lanzando miradas alrededor, por la ventana, por la habitación, al propio James, le aseguró, más allá de toda duda, con su risa, su aplomo, su competencia (como una enfermera que lleva una luz por una habitación oscura tranquiliza a un niño inquieto), que era real; la casa estaba llena; el jardín en flor. Si ponía en ella una fe ciega, nada habría de hacerle daño; por muy hondo que se enterrase o por muy alto que trepase, no habría de encontrarse ni un instante sin ella. Y así, jactándose de su capacidad para rodear y proteger, apenas le quedaba una cáscara de sí misma con que reconocerse; todo estaba tan pródigamente dado y gastado; y James, mientras permanecía tieso entre sus rodillas, la sentía alzarse como un frutal de flor rosada cubierto de hojas y ramas danzarinas en las que el pico de bronce, el

ardiente alfanje de su padre, el hombre egocéntrico, se hundía y golpeaba, reclamando simpatía.

Lleno de sus palabras, como un niño que se queda dormido satisfecho, dijo al fin, mirándola con humilde gratitud, restaurado, renovado, que daría un paseo; que iría a ver jugar al críquet a los niños. Se fue.

De inmediato, la señora Ramsay pareció replegarse sobre sí misma, un pétalo cerrándose sobre otro, y todo el edificio se desplomó en agotamiento sobre sí mismo, de tal modo que solo tuvo fuerzas para mover el dedo, en un exquisito abandono al cansancio, por la página del cuento de Grimm, mientras le recorría a pulsos, como el latido de un manantial que se ha abierto a su anchura plena y ahora cesa de latir suavemente, el arrobamiento de la creación lograda.

Cada latido de ese pulso parecía, según él se alejaba, envolverla a ella y a su marido, y dar a cada uno el consuelo que dos notas distintas, una grave, una aguda, tocadas juntas, parecen darse mutuamente al combinarse. Y sin embargo, al apagarse la resonancia y volver ella al cuento de hadas, la señora Ramsay no solo se sentía agotada en el cuerpo (después, no en el momento, siempre lo sentía así), sino que tenía también su fatiga física cierta sensación levemente desagradable de otro origen. No que, al leer en voz alta el cuento de la mujer del pescador, supiera exactamente de dónde venía; ni se permitía ponerla en palabras, su insatisfacción, cuando comprendió, en el giro de la página al detenerse y oír sordamente, con mal presagio, caer una ola, de dónde venía: no le gustaba, ni por un momento, sentirse superior a su marido; y además no podía soportar no estar del todo segura, cuando le hablaba, de la verdad de lo que decía. Las universidades y la gente que lo quería, las conferencias y los libros y su importancia suprema... nada de eso dudaba ni por un momento; pero era su relación, y que él acudiera a ella así, abiertamente, de modo que cualquiera pudiera verlo, lo que la incomodaba; pues entonces la gente decía que él dependía de ella, cuando todos debían saber que de los dos él era infinitamente el más importante, y lo que ella daba al mundo, en comparación con lo que daba él, insignificante. Pero luego también estaba lo otro — no poder decirle la verdad, tener miedo, por ejemplo, de lo del tejado del invernadero y el gasto que supondría, cincuenta libras quizá, arreglarlo; y luego de sus libros, tener miedo de que él adivinara lo que ella en parte sospechaba, que su último libro no era del todo su mejor libro (eso lo había sacado de William Bankes); y luego ocultar las pe-

queñas cosas cotidianas, y que los niños lo vieran, y la carga que eso les imponía; todo eso disminuía la alegría entera, la alegría pura de las dos notas sonando juntas, y dejaba que el sonido se apagara en su oído ahora con una lúgubre chatura.

Una sombra cayó sobre la página; alzó los ojos. Era Augustus Carmichael que pasaba arrastrando los pies, precisamente ahora, en el preciso momento en que era doloroso que le recordaran la insuficiencia de las relaciones humanas, que la más perfecta tenía grietas y no soportaba el examen que, amando a su marido, con su instinto por la verdad, ella le hacía; en el momento en que era doloroso sentirse convicta de indignidad, e impedida en su función propia por esas mentiras, esas exageraciones; era en este momento, cuando se sentía así ignobilmente agitada a raíz de su exaltación, cuando el señor Carmichael pasaba arrastrando los pies con sus zapatillas amarillas, y algún demonio dentro de ella hizo necesario gritar, al pasar él:

—¿Va usted adentro, señor Carmichael?

VIII

No dijo nada. Tomaba opio. Los niños decían que se había teñido la barba de amarillo con él. Quizá. Lo que a ella le resultaba evidente era que el pobre hombre era infeliz, que venía a verlos cada año como una evasión; y sin embargo cada año sentía lo mismo: que no confiaba en ella. «Voy al pueblo. ¿Le traigo sellos, papel, tabaco?», le decía, y sentía que él se encogía. No confiaba en ella. Era culpa de su mujer. Recordaba aquella injusticia de la mujer de él hacia él, que la había vuelto de hierro y pedernal allí, en aquella horrible habitación de St. John's Wood, cuando con sus propios ojos había visto a esa mujer odiosa echarlo de casa. Iba desgredado; se le caían cosas encima del abrigo; tenía la pesadez de un anciano sin nada que hacer en el mundo; y ella lo echó de la habitación. Dijo, a su manera odiosa: «Ahora la señora Ramsay y yo queremos charlar un momento a solas», y la señora Ramsay podía ver, como si lo tuviera ante los ojos, las innumerables miserias de su vida. ¿Tenía dinero suficiente para comprar tabaco? ¿Tenía que pedirselo a ella? ¿Media corona? ¿Un chelín y medio? Ay, no podía soportar pensar en las pequeñas humillaciones que ella le hacía sufrir. Y ahora siempre (por qué, no sabría adivinarlo, salvo que venía probablemente de aquella mujer de algún modo) se retraía de ella. Nunca le con-

taba nada. Pero ¿qué más podría haber hecho ella? Tenía una habitación soleada reservada para él. Los niños lo trataban bien. Nunca le había dado el menor indicio de no quererle. Es más, hacía todo lo posible por mostrarse amable. ¿Quiere sellos, quiere tabaco? Aquí hay un libro que quizá le guste, y así. Y después de todo, después de todo (aquí insensiblemente se replegó sobre sí misma, físicamente, la sensación de su propia belleza haciéndose presente, como tan pocas veces le ocurría), después de todo, por lo general no tenía dificultad en caerle bien a la gente; por ejemplo, George Manning, el señor Wallace: famosos como eran, venían a verla al anochecer, en silencio, y charlaban a solas junto a su chimenea. Llevaba consigo, no podía evitar saberlo, la antorcha de su belleza; la llevaba erguida a cualquier habitación que entrara; y después de todo, por mucho que la velara o que le molestara la monotonía de cargar con ella, su belleza era patente. Había sido admirada. Había sido amada. Había entrado en habitaciones donde había enlutados. En su presencia habían corrido lágrimas. Hombres, y mujeres también, soltando la multiplicidad de las cosas, se habían permitido con ella el alivio de la sencillez. Le hacía daño que él se retrajera. Le dolía. Y sin embargo no de un modo limpio, no de un modo recto. Eso era lo que le molestaba, sumándose como se sumaba a su descontento con su marido; la sensación que tenía ahora, cuando el señor Carmichael pasaba arrastrando los pies, asintiendo con un leve gesto a su pregunta, con un libro bajo el brazo, con sus zapatillas amarillas, de que la sospechaban; y de que todo ese deseo suyo de dar, de ayudar, era vanidad. ¿Era para su propia satisfacción por lo que deseaba tan instintivamente ayudar, dar, para que la gente dijera de ella: «¡Ay, la señora Ramsay! Querida señora Ramsay... La señora Ramsay, por supuesto!» y la necesitaran y la mandaran llamar y la admiraran? ¿No era eso en secreto lo que quería, y por tanto cuando el señor Carmichael se retraía de ella, como en ese momento, escabulléndose a algún rincón donde hacía crucifijos interminablemente, no se sentía solo cortada en su instinto, sino consciente de la mezquindad de una parte de sí misma, y de las relaciones humanas, de lo defectuosas que son, lo despreciables, lo egoístas, en el mejor de los casos? Ajada y desgastada, y probablemente ya (sus mejillas estaban hundidas, su pelo blanco) no una visión que llenara los ojos de alegría, haría mejor en consagrar su mente al cuento del Pescador y su Mujer y así apaciguar a ese manojito de susceptibilidades (ninguno de sus hijos era tan susceptible como él), a su hijo James.

—El corazón del hombre se entristeció —leyó en voz alta—, y no quería ir. Se dijo para sí: «No está bien», y sin embargo fue. Y cuando llegó al mar el agua estaba completamente morada y azul oscuro, y gris y espesa, y ya no tan verde y amarilla, pero seguía tranquila. Y allí se quedó y dijo...

La señora Ramsay habría deseado que su marido no hubiera elegido ese momento para detenerse. ¿Por qué no se había ido, como dijo, a ver jugar al críquet a los niños? Pero no habló; miró; asintió con la cabeza; aprobó; siguió. Se deslizó, viendo ante sí ese seto que tantas y tantas veces había bordeado alguna pausa, indicado alguna conclusión, viendo a su esposa e hijo, viendo de nuevo las urnas con los geranios rojos colgantes que tan a menudo habían decorado procesos de pensamiento y llevaban escritas entre sus hojas, como si fueran trozos de papel en los que uno garabatea notas en el apresuramiento de la lectura... se deslizó, viendo todo esto, suavemente hacia la especulación sugerida por un artículo de *The Times* sobre el número de americanos que visitan cada año la casa de Shakespeare. Si Shakespeare nunca hubiera existido, se preguntó, ¿sería el mundo muy diferente de lo que es hoy? ¿Depende el progreso de la civilización de los grandes hombres? ¿Es mejor hoy la suerte del ser humano corriente que en la época de los faraones? ¿Es la suerte del ser humano corriente, sin embargo, se preguntó, el criterio por el que medimos el grado de civilización? Posiblemente no. Posiblemente el bien supremo requiere la existencia de una clase de esclavos. El ascensorista del metro es una necesidad eterna. El pensamiento le resultaba desagradable. Sacudió la cabeza. Para evitarlo, encontraría algún modo de desestimar la preponderancia de las artes. Sosten-dría que el mundo existe para el ser humano corriente; que las artes son meramente una decoración impuesta sobre la vida humana; no la expresan. Ni Shakespeare es necesario para ella. Sin saber exactamente por qué quería desprestigiar a Shakespeare y salir en defensa del hombre que se encuentra eternamente en la puerta del ascensor, arrancó con brusquedad una hoja del seto. Todo eso habría que aderezarlo para los jóvenes de Cardiff el mes que viene, pensó; aquí, en su terraza, se limitaba a forrajear y merendar (tiró la hoja que había arrancado tan malhumoradamente) como un hombre que se estira desde el caballo para coger un ramo de rosas, o se llena los bolsillos de nueces mientras va al paso tranquilo por los caminos y los campos de una comarca conocida desde la infancia. Todo le era familiar; ese recodo, ese tranco, ese atajo por los campos. Horas se pasaba así, con la pipa, al atardecer, pensando por aquellos viejos senderos y caminos familiares, sem-

brados todos de la historia de aquella campaña aquí, la vida de tal estadista allá, de poemas y anécdotas, de figuras también, este pensador, aquel soldado; todo muy ágil y claro; pero al fin el sendero, el campo, el camino, el nogal fructífero y el seto en flor lo llevaban a ese giro ulterior del camino donde siempre desmontaba, ataba el caballo a un árbol y proseguía a pie solo. Llegó al borde del jardín y se asomó a la bahía.

Era su destino, su peculiaridad, quisiera o no, salir así a un cabo de tierra que el mar va devorando poco a poco, y allí quedarse, como una gaviota solitaria, solo. Era su poder, su don, el de desprenderse de pronto de todas las superfluidades, el de encogerse y reducirse de modo que parecía más desnudo y se sentía más esbelto, incluso físicamente, sin perder nada de la intensidad de su mente; y así quedarse en su pequeño saliente frente a la oscuridad de la ignorancia humana —lo poco que sabemos y cómo el mar devora el terreno que pisamos—: ese era su destino, su don. Pero habiendo arrojado, al desmontar, todos los gestos y ornamentos, todos los trofeos de nueces y rosas, y habiendo menguado de tal modo que no solo la fama sino hasta su propio nombre le resultaban olvidados, conservaba incluso en esa desolación una vigilancia que no perdonaba ningún fantasma y no se recreaba en ninguna visión; y era con este porte con que inspiraba en William Bankes (de manera intermitente) y en Charles Tansley (de manera servil) y en su esposa ahora, cuando ella alzó los ojos y lo vio de pie al borde del jardín, profundamente, reverencia, y piedad, y gratitud también, como un palo hincado en el fondo de un canal sobre el que se posan las gaviotas y que azota las olas inspira en alegres barcas una sensación de gratitud por la labor que se toma sobre sí de señalar el canal allá afuera entre las aguas.

—Pero el padre de ocho hijos no tiene elección. —Murmurando a media voz, así se interrumpió, se volvió, suspiró, alzó los ojos, buscó la figura de su esposa leyendo cuentos a su pequeño, llenó la pipa. Se apartó de la visión de la ignorancia humana y el destino humano y el mar que devora el terreno que pisamos, lo cual, de haberlo podido contemplar fijamente, podría haber llevado a algo; y halló consuelo en trivialidades tan nimias comparadas con el tema augusto que acababa de tener ante sí, que se inclinó a pasarlas por alto, a depreciarlo, como si ser cogido feliz en un mundo de miseria fuera para un hombre honrado el más despreciable de los crímenes. Era verdad: era, en general, feliz; tenía a su esposa; tenía a sus hijos; había prometido, en seis semanas, hablar de «alguna tontería» a los jóvenes de

Cardiff sobre Locke, Hume, Berkeley y las causas de la Revolución Francesa. Pero esto, y su placer en ello, su orgullo en las frases que elaboraba, en el ardor de la juventud, en la belleza de su esposa, en los tributos que llegaban a él desde Swansea, Cardiff, Exeter, Southampton, Kidderminster, Oxford, Cambridge, todo había de deprecarse y ocultarse bajo la frase «decir tonterías», porque, en efecto, no había hecho lo que podría haber hecho. Era un disfraz; era el refugio de un hombre que tenía miedo de reconocer sus propios sentimientos, que no podía decir: esto es lo que me gusta, esto es lo que soy; y bastante lamentable y desagradable para William Bankes y Lily Briscoe, que se preguntaban por qué eran necesarios tales disimulos; por qué necesitaba siempre el elogio; cómo un hombre tan valiente en el pensamiento podía ser tan tímido en la vida; qué extrañamente era venerable y ridículo al mismo tiempo.

Enseñar y predicar está más allá de las fuerzas humanas, sospechaba Lily. (Estaba recogiendo sus cosas.) Si uno se exalta, inevitablemente tiene que caer de bruces. La señora Ramsay le daba lo que él pedía con demasiada facilidad. El cambio entonces tenía que ser tan desconcertante, decía Lily. Sale de sus libros y nos encuentra a todos jugando y diciendo tonterías. Imagínese qué cambio respecto a lo que él piensa, dijo.

Se estaba abalanzando hacia ellos. Ahora se había parado en seco y estaba mirando el mar en silencio. Ahora había vuelto a alejarse.

IX

Sí, dijo el señor Bankes, observándolo alejarse. Era una verdadera lástima. (Lily había dicho algo de que él la asustaba: cambiaba de estado de ánimo de manera tan repentina.) Sí, dijo el señor Bankes, era una verdadera lástima que Ramsay no pudiera comportarse un poco más como los demás. (Pues le caía bien Lily Briscoe; podía hablar de Ramsay con ella con toda franqueza.) Por esa razón, dijo, los jóvenes no leen a Carlyle. Un viejo gruñón que perdía los estribos si las gachas estaban frías, ¿qué derecho tenía a predicarnos?, era lo que el señor Bankes entendía que decía la gente joven hoy en día. Era una verdadera lástima si uno pensaba, como él, que Carlyle era uno de los grandes maestros de la humanidad. Lily se avergonzó de decir que no había leído a Carlyle desde el colegio. Pero en su opinión uno tenía más simpatía al señor Ramsay precisamente por pensar que si le

dolía el dedo meñique el mundo entero debía detenerse. No era que a ella le molestara. Pues ¿quién podía dejarse engañar por él? Te pedía abiertamente que lo adularas, que lo admiraras; sus pequeñas artimañas no engañaban a nadie. Lo que no le gustaba era su estrechez de miras, su ceguera, dijo, siguiéndolo con la vista.

—¿Un poco hipócrita? —sugirió el señor Bankes, mirando también la espalda del señor Ramsay; pues ¿no estaba pensando en su amistad, y en Cam negándose a darle una flor, y en todos esos chicos y chicas, y en su propia casa, cómoda, pero, desde la muerte de su esposa, más bien silenciosa? Por supuesto, tenía su trabajo... De todas formas, prefería que Lily reconociera que Ramsay era, como decía él, «un poco hipócrita».

Lily Briscoe siguió guardando sus pinceles, mirando arriba, mirando abajo. Mirando arriba, allí estaba —el señor Ramsay— avanzando hacia ellos, con paso despreocupado, ajeno, remoto. ¿Un poco hipócrita?, repitió. Oh, no: el más sincero de los hombres, el más auténtico (allí venía), el mejor; pero, mirando hacia abajo, pensó, está absorto en sí mismo, es tiránico, es injusto; y siguió mirando hacia abajo, adrede, pues solo así podía mantenerse firme, seguir en casa de los Ramsay. En cuanto uno alzaba los ojos y los veía, lo que ella llamaba «estar enamorada» los inundaba. Se convertían en parte de ese universo irreal aunque penetrante y apasionante que es el mundo visto a través de los ojos del amor. El cielo se les pegaba; los pájaros cantaban a través de ellos. Y lo que era aún más emocionante, sentía también, según veía al señor Ramsay avanzando y retrocediendo, y a la señora Ramsay sentada con James en la ventana y la nube desplazándose y el árbol doblándose, cómo la vida, de estar compuesta de pequeños episodios separados que uno vivía uno a uno, se curvaba y se hacía entera como una ola que a uno lo levanta y lo arroja, allí, con un golpe en la playa.

El señor Bankes esperaba que respondiera. Y estaba a punto de decir algo crítico sobre la señora Ramsay, lo altanera que era también a su manera, o palabras en ese sentido, cuando el señor Bankes hizo completamente innecesario que ella hablara con su arrobamiento. Pues tal era, considerando su edad, pasados los sesenta, y su pulcritud y su impersonalidad, y la bata blanca de científico que parecía envolverlo. Que él mirara así a la señora Ramsay, como Lily lo veía mirar, era un arrobamiento equivalente, le parecía a Lily, al amor de docenas de hombres jóvenes (y quizá la señora Ramsay nunca había despertado el amor de docenas de hombres jóvenes).

Era amor, pensó, fingiendo mover el lienzo, destilado y filtrado; amor que nunca intentaba aferrar su objeto; sino que, como el amor que los matemáticos profesan a sus símbolos o los poetas a sus frases, estaba destinado a extenderse por el mundo y convertirse en parte de la ganancia humana. Y así era en efecto. El mundo entero debería haberlo compartido, si el señor Bankes hubiera podido decir por qué aquella mujer le agradaba tanto; por qué la visión de ella leyendo un cuento a su niño tenía sobre él exactamente el mismo efecto que la solución de un problema científico, de modo que reposaba en su contemplación y sentía, como cuando había demostrado algo absoluto acerca del sistema digestivo de las plantas, que la barbarie quedaba domada, que el reinado del caos estaba sometido.

Semejante arrobamiento —pues ¿con qué otro nombre llamarlo?— hizo que Lily Briscoe olvidara por completo lo que había estado a punto de decir. Era algo sin importancia; algo sobre la señora Ramsay. Palidecía ante ese «arrobamiento», ante esa mirada silenciosa, por la que sentía una intensa gratitud; pues nada la consolaba tanto, la aliviaba tanto de la perplejidad de la vida, y levantaba milagrosamente sus cargas, como ese poder sublime, ese don celestial; y uno no lo perturbaría mientras durase, igual que no interrumpiría un rayo de sol tendido a ras del suelo.

Que la gente amara así, que el señor Bankes sintiera esto por la señora Ramsay (le lanzó una mirada pensativa), era reconfortante, era elevador. Fue limpiando un pincel tras otro en un trozo de trapo viejo, humildemente, adrede. Se cobijó en la reverencia que cubría a todas las mujeres; se sintió alabada. Que él la mirara; ella echaría un vistazo a su cuadro.

Le habría dado por llorar. ¡Era malo, era malo, era infinitamente malo! Podría haberlo hecho de otra manera, desde luego; el color podría haberse diluido y desvaído; las formas, eterealizadas; así lo habría visto Paunceforte. Pero ella no lo veía así. Ella veía el color ardiendo sobre una estructura de acero; la luz del ala de una mariposa posada sobre los arcos de una catedral. De todo eso solo quedaban unas pocas marcas al azar garabateadas en el lienzo. Y nunca se vería; nunca se colgaría siquiera; y allí estaba el señor Tansley susurrándole al oído: «Las mujeres no saben pintar, las mujeres no saben escribir...».

Recordó entonces lo que había ido a decir sobre la señora Ramsay. No sabría cómo lo habría expresado; pero habría sido algo crítico. La otra

noche la había irritado cierta altivez. Mirando a lo largo de la mirada del señor Bankes hacia ella, pensó que ninguna mujer podría adorar a otra mujer como él la adoraba; solo podían cobijarse bajo la sombra que el señor Bankes extendía sobre las dos. Mirando a lo largo de su rayo añadió el suyo propio y diferente, pensando que era sin duda la persona más hermosa (inclinada sobre su libro); quizá la mejor; pero también, distinta de la forma perfecta que uno veía allí. Pero ¿distinta en qué y cómo?, se preguntó, raspando la paleta de todos esos montículos de azul y verde que ahora le parecían terrones sin vida, aunque se prometió que los insuflaría vida, los obligaría a moverse, fluir, a hacer su voluntad mañana. ¿En qué se diferenciaba? ¿Cuál era el espíritu que había en ella, lo esencial, gracias a lo cual, si uno hubiera encontrado un guante arrugado en un rincón del sofá, lo habría reconocido, por el retorcido de su dedo, como inequívocamente suyo? Era como un pájaro en velocidad, como una flecha en rectitud. Era voluntariosa; era imperiosa (por supuesto, se recordó Lily, estoy pensando en sus relaciones con las mujeres, y yo soy mucho más joven, una persona insignificante que vive junto a Brompton Road). Abría las ventanas de los dormitorios. Cerraba las puertas. (Así intentaba poner en marcha en su cabeza la melodía de la señora Ramsay.) Llegando tarde por la noche, con un suave golpecito en la puerta de la habitación de una, envuelta en un viejo abrigo de piel (pues el escenario de su belleza era siempre ese: precipitado, pero acertado), volvía a representar lo que fuera: Charles Tansley perdiendo su paraguas; el señor Carmichael husmeando y sorbiendo; el señor Bankes diciendo: «Las sales vegetales se han perdido». Todo eso lo moldeaba hábilmente; lo retorcía incluso con malicia; y, moviéndose hacia la ventana con el pretexto de que tenía que irse —era el amanecer, podía ver salir el sol—, daba media vuelta, más íntimamente, pero siempre riendo, insistiendo en que ella tenía que, Minta tenía que, todas tenían que casarse, pues en todo el mundo, por muchos laureles que le arrojaran a ella (pero a la señora Ramsay le importaba un pimiento su pintura), o triunfos que lograra (probablemente la señora Ramsay había tenido los suyos), y aquí se entristecía, se oscurecía, y volvía a su silla, no cabía discutir esto: una mujer soltera (le tomaba la mano un momento con ligereza), una mujer soltera se había perdido lo mejor de la vida. La casa parecía llena de niños dormidos y la señora Ramsay escuchando; luces tamizadas y respiración acompasada.

Pero, Lily diría, estaba su padre; su hogar; incluso, si se hubiera atrevido a decirlo, su pintura. Pero todo eso parecía tan poco, tan virginal, frente a lo

otro. Y sin embargo, según avanzaba la noche y las luces blancas separaban las cortinas, y de vez en cuando algún pájaro gorjeaba en el jardín, reuniendo un valor desesperado se reclamaba exenta de la ley universal; abogaba por ello; le gustaba estar sola; le gustaba ser ella misma; no estaba hecha para eso; y entonces tenía que soportar una mirada seria de unos ojos de profundidad incomparable, y enfrentarse a la certeza sencilla de la señora Ramsay (que ahora era como una niña) de que su querida Lily, su pequeña Brisk, era una tonta. Entonces, recordaba, había apoyado la cabeza en el regazo de la señora Ramsay y se había reído y reído y reído, reído casi histéricamente ante la imagen de la señora Ramsay presidiendo con calma inmutable destinos que no entendía en absoluto. Allí estaba sentada, sencilla, seria. Había recuperado su sensación de ella ahora: esto era el dedo retorcido del guante. Pero ¿en qué santuario había uno penetrado? Lily Briscoe había alzado los ojos al fin, y allí estaba la señora Ramsay, ignorando completamente qué había causado su risa, todavía presidiendo, pero ahora sin rastro alguno de voluntariedad, y en su lugar algo claro como el espacio que las nubes al fin dejan al descubierto: el pequeño espacio de cielo que duerme junto a la luna.

¿Era sabiduría? ¿Era conocimiento? ¿Era, de nuevo, el engaño de la belleza, de modo que todas las percepciones de uno, a medio camino de la verdad, quedaban enredadas en una malla dorada? ¿O guardaba en sí algún secreto que Lily Briscoe ciertamente creía que la gente debía tener para que el mundo siguiera adelante en absoluto? No todo el mundo podía ser tan atolondrado, tan improvisado como ella. Pero si supieran, ¿podrían decirle a uno lo que sabían? Sentada en el suelo con los brazos rodeando las rodillas de la señora Ramsay, tan cerca como podía estar, sonriendo al pensar que la señora Ramsay nunca sabría el motivo de esa presión, se imaginaba cómo en las cámaras de la mente y el corazón de la mujer que la tocaba físicamente estaban depositadas, como los tesoros en las tumbas de los reyes, tablas con inscripciones sagradas que, si uno pudiera descifrarlas, le enseñarían todo, pero que nunca se ofrecerían abiertamente, nunca se harían públicas. ¿Qué arte conocido por el amor o la astucia permitía abrirse paso hasta esas cámaras secretas? ¿Qué artificio había para volverse, como el agua vertida en un mismo jarro, inextricablemente idéntico, uno con el objeto que se adoraba? ¿Podía lograrlo el cuerpo, o la mente, mezclándose sutilmente en los intrincados pasillos del cerebro? ¿O el corazón? ¿Podría amar, como la gente lo llamaba, hacer de ella y de la señora Ramsay una

sola? Pues no era conocimiento sino unidad lo que deseaba; no inscripciones en tablas, nada que pudiera escribirse en ninguna lengua conocida por los hombres, sino la intimidad misma, que es conocimiento, había pensado, recostando la cabeza en la rodilla de la señora Ramsay.

Nada sucedió. ¡Nada! ¡Nada!, mientras apoyaba la cabeza en la rodilla de la señora Ramsay. Y sin embargo sabía que el conocimiento y la sabiduría estaban guardados en el corazón de la señora Ramsay. ¿Cómo entonces, se había preguntado, sabía uno esto o aquello de personas que eran tan herméticas? Solo como una abeja, atraída por alguna dulzura o agudeza del aire intangible para el tacto o el gusto, rondaba la colmena en forma de cúpula, recorría los espacios del aire sobre los países del mundo sola, y luego rondaba las colmenas con sus murmullos y sus agitaciones; las colmenas, que eran las personas. La señora Ramsay se levantó. Lily se levantó. La señora Ramsay se fue. Durante días flotó a su alrededor, como después de un sueño se siente cierto sutil cambio en la persona con quien se ha soñado, más vívidamente que nada de lo que dijo, el sonido de los murmullos, y mientras estaba sentada en el sillón de mimbre de la ventana del salón lucía a los ojos de Lily una forma augusta; la forma de una cúpula.

Este rayo corría paralelo al del señor Bankes directamente hacia la señora Ramsay, que seguía allí leyendo con James en la rodilla. Pero ahora, mientras ella todavía miraba, el señor Bankes había terminado. Se había puesto las gafas. Se había echado atrás. Había levantado la mano. Había entornado ligeramente sus claros ojos azules cuando Lily, saliendo de su ensimismamiento, vio lo que estaba haciendo y se estremeció como un perro que ve alzarse una mano para golpearle. Habría arrancado el cuadro del caballete, pero se dijo: hay que. Se armó de valor para aguantar el terrible trance de que alguien mirase su cuadro. Hay que, se dijo, hay que. Y si había de ser visto, el señor Bankes era menos alarmante que otro. Pero que unos ojos ajenos cualquiera vieran el poso de sus treinta y tres años, el sedimento de cada día vivido mezclado con algo más secreto de lo que nunca había dicho o mostrado en el transcurso de todos esos días, era una agonía. Al mismo tiempo era inmensamente excitante.

Nada podía ser más frío y sereno. Sacando una navajita, el señor Bankes golpeó el lienzo con el mango de hueso. ¿Qué pretendía indicar con la forma triangular morada «justo ahí»? preguntó.

Era la señora Ramsay leyendo a James, dijo. Conocía su objeción: que nadie podría reconocer una figura humana en aquello. Pero no había hecho ningún intento de parecido, dijo. ¿Por qué razón los había introducido, pues? preguntó él. ¿Por qué, en efecto? Salvo que si allí, en ese rincón, había luz, aquí, en este otro, sentía la necesidad de oscuridad. Sencillo, obvio, de lo más corriente, como era, el señor Bankes se interesó. La madre y el niño —objetos de veneración universal, y en este caso la madre era famosa por su belleza— podían reducirse, reflexionó, a una sombra morada sin irreverencia.

Pero el cuadro no era de ellos, dijo. O no en su sentido. Había también otros sentidos en los que uno podía reverenciarlos. Mediante una sombra aquí y una luz allá, por ejemplo. Su homenaje tomaba esa forma si, como vagamente suponía, un cuadro debía ser un homenaje. Una madre y un niño podían reducirse a una sombra sin irreverencia. Una luz aquí requería una sombra allá. Él consideró. Estaba interesado. Lo tomó científicamente y de buena fe. La verdad era que todos sus prejuicios estaban del otro lado, explicó. El cuadro más grande de su salón, que los pintores habían alabado y valorado a un precio más alto de lo que él lo había pagado, era de los cerezos en flor a orillas del Kennet. Había pasado su luna de miel a orillas del Kennet, dijo. Lily debía venir a ver ese cuadro, dijo. Pero ahora —se volvió con las gafas levantadas para el examen científico de su lienzo. Siendo la cuestión una de relaciones de masas, de luces y sombras, que, a decir verdad, nunca había considerado antes, le gustaría que le explicara qué pretendía entonces hacer con aquello. E indicó la escena ante ellos. Ella miró. No podía mostrarle lo que pretendía hacer con él, no podía verlo siquiera ella misma, sin un pincel en la mano. Tomó de nuevo su vieja postura de pintora, con los ojos entornados y el aire abstraído, sometiendo todas sus impresiones como mujer a algo mucho más general; volviéndose de nuevo bajo el poder de esa visión que había visto con claridad una vez y ahora debía rastrear entre setos y casas y madres e hijos: su cuadro. Era una cuestión, recordaba, de cómo conectar esta masa de la mano derecha con aquella de la izquierda. Podría hacerlo trayendo la línea de la rama así; o romper el vacío del primer plano con un objeto (James quizá) así. Pero el peligro era que haciendo eso la unidad del conjunto podría quebrarse. Se detuvo; no quería aburrirle; retiró el lienzo del caballete con ligereza.

Pero había sido visto; le había sido arrebatado. Aquel hombre había compartido con ella algo profundamente íntimo. Y, dándole gracias al señor Ramsay por ello y a la señora Ramsay por ello y a la hora y al lugar, reconociendo en el mundo un poder que no había sospechado — que uno podía alejarse por esa larga galería ya no solo sino del brazo de alguien—, la sensación más extraña del mundo y la más exhilarante, hizo clic con el cierre de la caja de pinturas con más firmeza de la necesaria, y ese clic pareció rodear para siempre en un círculo la caja de pinturas, el jardín, el señor Bankes y aquella pequeña bribona de Cam que pasó como una bala.

X

Pues Cam rozó el caballete por un centímetro; no iba a detenerse por el señor Bankes y Lily Briscoe; aunque el señor Bankes, que habría querido tener una hija propia, le tendió la mano; no iba a detenerse por su padre, al que también rozó por un centímetro; ni por su madre, que llamó: «¡Cam! ¡Te necesito un momento!», al pasar ella como una exhalación. Salió disparada como un pájaro, como una bala, como una flecha, impulsada por qué deseo, disparada por quién, hacia qué dirigida, ¿quién podría decirlo? ¿Qué, qué?, se preguntó la señora Ramsay, observándola. Podría ser una visión — una concha, una carretilla, un reino de hadas al otro lado del seto—; o podría ser la gloria de la velocidad; nadie lo sabía. Pero cuando la señora Ramsay llamó «¡Cam!» por segunda vez, el proyectil cayó en pleno vuelo y Cam regresó arrastrando los pies, arrancando una hoja de camino para su madre.

¿En qué estaba soñando?, se preguntó la señora Ramsay, viéndola absorta, mientras estaba allí de pie, en algún pensamiento propio, de modo que tuvo que repetir el recado dos veces: que le preguntara a Mildred si Andrew, la señorita Doyle y el señor Rayley habían vuelto. Las palabras parecían caer en un pozo donde, si las aguas eran transparentes, también distorsionaban de manera tan extraordinaria que, según descendían, uno las veía retorcerse para formar quién sabe qué configuración en el fondo de la mente de la niña. ¿Qué recado daría Cam a la cocinera?, se preguntó la señora Ramsay. Y en efecto solo esperando pacientemente, y oyendo que había una vieja en la cocina con las mejillas muy rojas bebiendo sopa de un cuenco, fue como la señora Ramsay logró al fin activar ese instinto de loro que había recogido las palabras de Mildred con bastante exactitud y podía

reproducirlas ahora, si uno esperaba, en un canturreo monótono. Cambiando el peso de un pie al otro, Cam repitió las palabras: «No, no han vuelto, y he dicho a Ellen que recoja el té».

Minta Doyle y Paul Rayley no habían vuelto. Eso solo podía significar, pensó la señora Ramsay, una cosa. Ella tenía que aceptarlo o tenía que rechazarlo. Ese irse después del almuerzo a dar un paseo, aunque Andrew estuviera con ellos... ¿qué podía significar? Solo que ella había decidido, acertadamente, pensó la señora Ramsay (que apreciaba muchísimo a Minta), aceptar a ese buen chico que quizá no fuera brillante, pero entonces, pensó la señora Ramsay, dándose cuenta de que James le tiraba del brazo para que siguiera leyendo en voz alta *El Pescador y su Mujer*, ella en su fuero interno prefería infinitamente a los pánfilos antes que a los hombres listos que escribían tesis: Charles Tansley, por ejemplo. Para entonces debía de haber ocurrido, de un modo u otro.

Pero leyó: «A la mañana siguiente la mujer se despertó primero, era justo el amanecer, y desde su cama vio el hermoso país ante ella. Su marido todavía se estiraba...».

Pero ¿cómo podría decir Minta ahora que no lo quería? No si había accedido a pasar tardes enteras vagando por el campo sola —pues Andrew se habría ido a por cangrejos—; aunque quizá Nancy estaba con ellos. Intentó recordar la imagen de ellos de pie en la puerta del vestíbulo después de comer. Allí estaban, mirando al cielo, preguntándose por el tiempo, y ella había dicho, pensando en parte en cubrir su timidez y en parte en animarlos a marcharse (pues sus simpatías estaban con Paul):

—No hay ni una nube en varios kilómetros a la redonda —con lo que pudo sentir al pequeño Charles Tansley, que los había seguido fuera, soltar una risita. Pero lo había hecho adrede. Si Nancy estaba o no estaba, no podía asegurarlo, mirando de uno a otro en su ojo mental.

Siguió leyendo: «—Ay, mujer —dijo el hombre—, ¿para qué queremos ser reyes? Yo no quiero ser rey.

—Pues bien —dijo la mujer—, si tú no quieres ser rey, lo seré yo; ve donde el rodaballo, pues yo quiero ser reina.»

—Entra o sal, Cam —dijo, sabiendo que Cam solo se había fijado en la palabra «rodaballo» y que en un momento empezaría a fastidiar y pelearse

con James como siempre. Cam salió disparada. La señora Ramsay siguió leyendo, aliviada, pues ella y James compartían los mismos gustos y se entendían bien.

«Y cuando llegó al mar, estaba completamente gris oscuro, y el agua se levantaba desde abajo, y olía a podredumbre. Entonces fue y se quedó junto a él y dijo:

Rodaballo, rodaballo del mar, mi Ilsebil no me dejará en paz; en su capricho manda ella sola, que yo no quiero lo que ella enarbola.

—¿Y qué quiere? —dijo el rodaballo.»

¿Y dónde estarían ahora?, se preguntó la señora Ramsay, leyendo y pensando al mismo tiempo con toda naturalidad; pues el cuento del Pescador y su Mujer era como el bajo que acompaña suavemente una melodía, que de vez en cuando sube de improviso a la melodía. ¿Y cuándo debía hablarle? Si no ocurría nada, tendría que hablar seriamente con Minta. Pues no podía ir vagando por ahí por todo el campo, aunque Nancy fuera con ellos (lo intentó de nuevo, sin éxito, visualizando sus espaldas bajando por el sendero, y contarlos). Ella era responsable ante los padres de Minta: el Búho y el Atizador. Sus apodos para ellos le cruzaron la mente mientras leía. El Búho y el Atizador: sí, se disgustarían si oyeran —y estaban seguros de oír— que Minta, de visita con los Ramsay, había sido vista etcétera, etcétera, etcétera. «Llevaba peluca en los Comunes y ella lo secundaba con eficacia al pie de las escaleras», repitió, sacándolos de su mente con esa frase que, volviendo de alguna reunión, había inventado para divertir a su marido. Caramba, caramba, se dijo la señora Ramsay, ¿cómo habían producido ellos a esta hija tan incongruente? Esta marimacho de Minta, ¿con un agujero en la media? ¿Cómo existía en esa atmósfera portentosa donde la criada estaba siempre recogiendo con el cogedor la arena que el loro había esparcido, y la conversación quedaba casi íntegramente reducida a las hazañas —interesantes quizá, pero en fin de cuentas limitadas— de ese pájaro? Naturalmente, la habían invitado a comer, a tomar el té, a cenar, finalmente a quedarse con ellos en Finlay, lo que había dado lugar a cierta fricción con el Búho, su madre, y más visitas, y más conversaciones, y más arena, y en realidad al final había mentido bastante sobre los loros para el resto de su vida (así se lo había dicho a su marido esa noche al volver de la reunión). De todos modos, Minta vino... Sí, vino, pensó la señora Ramsay, sospechando cierta es-

pina en el enredo de ese pensamiento; y al desenredarla encontró que era esta: una mujer la había acusado en cierta ocasión de «robarle el afecto de su hija»; algo que la señora Doyle había dicho le trajo ese reproche de nuevo a la memoria. Querer dominar, querer entrometerse, hacer que la gente hiciera lo que ella quería: esa era la acusación contra ella, y le parecía la más injusta. ¿Cómo evitaba ser «así» de aspecto? Nadie podría acusarla de esforzarse por impresionar. A menudo se avergonzaba de su propio desaliento. Ni era dominante ni era tiránica. Era más cierto en lo relativo a hospitales y desagües y la lechería. Sobre cosas así sí sentía apasionadamente, y si hubiera tenido la oportunidad, le habría gustado coger a la gente por el pescuezo y hacerla ver. Ningún hospital en toda la isla. Era una vergüenza. La leche que entregaban en Londres absolutamente marrón de suciedad. Debería ser ilegal. Una lechería modelo y un hospital aquí arriba: esas dos cosas le habría gustado hacer, ella misma. Pero ¿cómo? ¿Con todos esos hijos? Cuando fueran mayores, entonces quizá tendría tiempo; cuando todos estuvieran en el colegio.

¡Ay, pero ella nunca quería que James creciera ni un día más! Ni Cam tampoco. A estos dos le habría gustado conservarlos para siempre tal como eran, demonios de maldad, ángeles de delicias, sin que los viera nunca crecer para convertirse en monstruos zanquilargos. Nada compensaba la pérdida. Cuando le leía ahora a James «y había un gran número de soldados con timbales y trompetas», y los ojos de él se oscurecían, pensaba: ¿por qué han de crecer y perder todo eso? Era el más dotado, el más sensible de sus hijos. Pero todos, pensó, estaban llenos de promesas. Prue, un ángel perfecto con los demás, y a veces ahora, sobre todo por las noches, te dejaba sin aliento con su belleza. Andrew: incluso su marido reconocía que su don para las matemáticas era extraordinario. Y Nancy y Roger, eran dos criaturas salvas que correteaban por el campo todo el día. En cuanto a Rose, tenía la boca demasiado grande, pero tenía un don maravilloso con las manos. Si hacían charadas, Rose confeccionaba los disfraces; hacía todo; le gustaba más que nada poner mesas, flores, lo que fuera. No le gustaba que Jasper disparara a los pájaros; pero era solo una etapa; todos pasaban por etapas. ¿Por qué, preguntaba, presionando la barbilla en la cabeza de James, habían de crecer tan deprisa? ¿Por qué habían de ir al colegio? Le habría gustado tener siempre un bebé. Era más feliz llevando a uno en brazos. Que la gente dijera entonces que era tiránica, dominante, autoritaria, si quería; no le importaba. Y, rozando su pelo con los labios, pensó: nunca volverá a ser tan

feliz; pero se contuvo, recordando lo mucho que irritaba a su marido que dijera eso. Aunque era verdad. Eran más felices ahora de lo que serían jamás. Un juego de té de diez peniques hacía feliz a Cam durante días. Los oía estampándose y cacaréando en el piso de arriba en el momento en que se despertaban. Venían alborotando por el pasillo. Luego la puerta se abría de un golpe y entraban, frescos como rosas, mirando, muy despiertos, como si ese entrar en el comedor después del desayuno, que hacían todos los días de su vida, fuera para ellos un acontecimiento positivo; y así, con una cosa y otra, todo el día, hasta que ella subía a darles las buenas noches y los encontraba enredados en sus cunas como pájaros entre cerezas y frambuesas, inventando todavía historias sobre alguna nadería: algo que habían oído, algo que habían recogido en el jardín. Todos tenían sus pequeños tesoros... Y así bajaba y le decía a su marido: ¿Por qué han de crecer y perderlo todo? Nunca volverán a ser tan felices. Y él se enojaba. ¿Por qué esa visión tan sombría de la vida?, decía. No tiene ningún sentido. Pues era curioso; y ella lo creía verdad; que con toda su tristeza y su desesperación él era más feliz, más esperanzador en conjunto, que ella. Menos expuesto a las preocupaciones humanas, quizá fuera eso. Siempre tenía su trabajo al que acogerse. No es que ella misma fuera «pesimista», como él la acusaba de ser. Solo que pensaba que la vida — y una pequeña franja de tiempo se presentó ante sus ojos — sus cincuenta años. Allí estaba ante ella: la vida. La vida, pensó... pero no acabó su pensamiento. Echó una mirada a la vida, pues la veía con claridad allí, algo real, algo privado, que no compartía ni con sus hijos ni con su marido. Una especie de transacción se desarrollaba entre ellos, en la que ella estaba de un lado y la vida del otro, y siempre estaba intentando llevar la mejor parte, como la vida con ella; y a veces negociaban (cuando se sentaba sola); había, recordaba, grandes escenas de reconciliación; pero la mayor parte de las veces, curiosamente, había de reconocer que sentía que esta cosa que llamaba vida era terrible, hostil, presta a abalanzarse sobre uno si le daba la oportunidad. Estaban los problemas eternos: el sufrimiento, la muerte, los pobres. Siempre había una mujer muriéndose de cáncer incluso aquí. Y sin embargo les había dicho a todos esos hijos: Pasaréis por todo esto. A ocho personas les había dicho inexorablemente eso (y la factura del invernadero sería de cincuenta libras). Por esa razón, sabiendo lo que tenían ante sí — el amor y la ambición y la miseria de estar solos en lugares lúgubres —, tenía a menudo la sensación: ¿Por qué han de crecer y perderlo todo? Y entonces se decía a sí misma, blandiendo la espa-

da ante la vida: Tonterías. Serán perfectamente felices. Y aquí estaba ella, reflexionó, sintiendo la vida de nuevo algo siniestro, empujando a Minta a casarse con Paul Rayley; porque cualquiera que fuera su sentir acerca de su propia transacción, había tenido experiencias que no tenían que ocurrirle a todo el mundo (no se las nombraba a sí misma); la impulsaban, con demasiada rapidez lo sabía, casi como si también fuera una evasión para ella, a decir que la gente tenía que casarse; la gente tenía que tener hijos.

¿Se equivocaba en esto?, se preguntó, repasando su conducta durante la semana o dos anteriores y preguntándose si había ejercido alguna presión sobre Minta, que solo tenía veinticuatro años, para que tomara una decisión. Estaba inquieta. ¿No se había reído de ello? ¿No estaba olvidando de nuevo con qué fuerza influía sobre las personas? El matrimonio requería... ay, toda clase de cualidades (la factura del invernadero sería de cincuenta libras); una de ellas —no necesitaba nombrarla— que era esencial; lo que ella tenía con su marido. ¿Lo tenían ellos?

«Entonces se puso los pantalones y echó a correr como un loco», leyó. «Pero afuera había una gran tormenta que soplabla con tanta fuerza que apenas podía mantenerse en pie; las casas y los árboles se caían, las montañas temblaban, las rocas rodaban al mar, el cielo estaba negro como la pez, y tronaba y reampagueaba, y el mar entraba con olas negras tan altas como torres de iglesia y montañas, y todas con espuma blanca por arriba.»

Pasó la página; solo quedaban unas pocas líneas, de modo que terminaría el cuento aunque fuera ya hora de acostarse. Se estaba haciendo tarde. La luz del jardín se lo decía; y el blanquearse de las flores y algo gris en las hojas conspiraban para despertar en ella una sensación de ansiedad. Al principio no sabía a qué se debía. Luego recordó: Paul y Minta y Andrew no habían vuelto. Convocó de nuevo ante sí al pequeño grupo en la terraza ante la puerta del vestíbulo, de pie mirando al cielo. Andrew llevaba la red y el cesto. Eso significaba que iba a pescar cangrejos y cosas. Eso significaba que se subiría a una roca; que lo cortaría la marea. O volviendo en fila india por uno de esos senderos estrechos sobre el acantilado, uno de ellos podría resbalar. Rodaría y se despeñaría. Ya estaba bastante oscuro.

Pero no dejó que su voz cambiara lo más mínimo al terminar el cuento, y añadió, cerrando el libro y pronunciando las últimas palabras como si se las

hubiera inventado ella misma, mirando a los ojos de James: «Y allí siguen viviendo a día de hoy».

—Y eso es el final —dijo, y vio en sus ojos, mientras el interés del cuento se apagaba en ellos, que otra cosa tomaba su lugar; algo interrogante, pálido, como el reflejo de una luz que de inmediato lo hizo mirar fijamente y asombrarse. Volviéndose, miró al otro lado de la bahía, y allí, a ciencia cierta, cruzando las olas con regularidad, primero dos golpes rápidos y luego uno largo y sostenido, estaba la luz del faro. Lo habían encendido.

En un momento él le preguntaría: «¿Vamos al faro?». Y ella tendría que decir: «No: no mañana; tu padre dice que no». Por fortuna entró Mildred a buscarlos, y el alboroto los distrajo. Pero él siguió mirando hacia atrás por encima del hombro mientras Mildred lo sacaba en brazos, y ella tenía la certeza de que él estaba pensando: mañana no vamos al faro; y pensó: lo recordará toda la vida.

XI

No, pensó, reuniendo algunas de las imágenes que había recortado —un frigorífico, una cortadora de césped, un caballero en traje de noche—: los niños nunca olvidan. Por eso era tan importante lo que uno decía y lo que uno hacía, y era un alivio cuando se iban a la cama. Pues ahora no necesitaba pensar en nadie. Podía ser ella misma, sola. Y eso era lo que ahora sentía a menudo necesitar: pensar; bueno, ni siquiera pensar. Estar en silencio; estar sola. Todo el ser y el hacer, expansivo, reluciente, vocal, se evaporaba; y uno se recogía, con una sensación de solemnidad, para ser uno mismo, un núcleo en forma de cuña de oscuridad, algo invisible para los demás. Aunque seguía tejiendo, y estaba sentada erguida, así era como se sentía; y este yo, desprendiéndose de sus apegos, era libre para las aventuras más extrañas. Cuando la vida se aquietaba un momento, el alcance de la experiencia parecía ilimitado. Y para todo el mundo había siempre esta sensación de recursos ilimitados, supuso; una tras otra, ella, Lily, Augustus Carmichael, debían de sentir que nuestras apariciones, las cosas por las que nos conocen, son simplemente infantiles. Por debajo todo es oscuro, todo se extiende, tiene una profundidad insondable; pero de vez en cuando salimos a la superficie y es así como nos ven. Su horizonte le parecía ilimitado. Estaban todos los lugares que no había visto; las llanuras de la India; se sentía em-

pujando a un lado la gruesa cortina de cuero de una iglesia de Roma. Ese núcleo de oscuridad podía ir a cualquier parte, pues nadie lo veía. No podían detenerlo, pensó, exultante. Había libertad, había paz, había, lo más bienvenido de todo, una reunión, un reposo en una plataforma de estabilidad. No como uno mismo hallaba uno el reposo nunca, en su experiencia (aquí ejecutó algo diestramente con las agujas), sino como una cuña de oscuridad. Al perder la personalidad, uno perdía el azoramiento, la prisa, el ajetreo; y le subía siempre a los labios alguna exclamación de triunfo sobre la vida cuando las cosas se juntaban en esa paz, ese reposo, esa eternidad; y deteniéndose allí miraba hacia fuera para encontrar el destello del faro, el destello largo y sostenido, el último de los tres, que era el suyo, pues observándolos siempre de noche a esa hora con ese estado de ánimo no podía uno evitar apegarse especialmente a una de las cosas que veía; y esa cosa, el destello largo y sostenido, era el suyo. A menudo se encontraba mirando y mirando, mirando y mirando, con el trabajo entre las manos hasta que ella misma se convertía en la cosa que miraba: esa luz, por ejemplo. Y aquella luz levantaría en ella alguna pequeña frase que había estado rondándole por la mente, como aquella: «Los niños no olvidan, los niños no olvidan», que repetiría y empezaría a alargar, Terminará, terminará, decía. Vendrá, vendrá, cuando de repente añadió: Estamos en manos del Señor.

Pero al instante se irritó consigo misma por haberlo dicho. ¿Quién lo había dicho? Ella no; había caído en la trampa de decir algo que no pensaba. Alzó los ojos del tejido y se encontró con el tercer destello y le pareció como si sus propios ojos se encontraran con sus propios ojos, escrutando como solo ella podía escrutar dentro de su mente y su corazón, purificando de la existencia esa mentira, cualquier mentira. Se alababa al alabar la luz, sin vanidad, pues era severa, era escrutadora, era hermosa como esa luz. Era curioso, pensó, cómo si uno estaba solo se inclinaba hacia las cosas inanimadas: los árboles, los arroyos, las flores; sentía que lo expresaban a uno; sentía que uno se convertía en ellos; sentía que lo conocían, en cierto sentido eran uno; sentía una ternura irracional así (miraba esa luz larga y sostenida) como hacia uno mismo. Se alzó, y ella miró y miró con las agujas suspendidas, se alzó y se encrespó del suelo de la mente, ascendió del lago del propio ser, una niebla, una novia que va al encuentro de su amante.

¿Qué la había llevado a decir eso: «Estamos en manos del Señor»? La insinceridad deslizándose entre las verdades la sacudió, la irritó. Volvió a su

tejido. ¿Cómo podría un Señor haber hecho este mundo?, preguntó. Con su mente había aprehendido siempre el hecho de que no hay razón, ni orden, ni justicia: sino el sufrimiento, la muerte, los pobres. No había traición demasiado baja para que el mundo la cometiera; lo sabía. Ninguna felicidad duraba; lo sabía. Tejía con firme compostura, frunciendo ligeramente los labios y, sin darse cuenta, endureciendo y componiendo las líneas de su rostro en un hábito de severidad, de tal modo que cuando su marido pasó, aunque estaba sonriendo para sí ante el pensamiento de que Hume, el filósofo, enormemente engordado, se había quedado atascado en un pantano, no pudo evitar notar al pasar la severidad en el corazón de la belleza de ella. Lo entristeció, y su distanciamiento lo dolía, y sintió al pasar que no podía protegerla; y cuando llegó al seto, estaba triste. No podía hacer nada para ayudarla. Tenía que quedarse y verla. En realidad, la terrible verdad era que él empeoraba las cosas para ella. Era irritable, era susceptible. Había perdido los estribos por lo del faro. Miró hacia el seto, hacia su intrincada oscuridad.

Siempre, sentía la señora Ramsay, uno salía de la soledad a regañadientes aferrándose a alguna pequeñez, algún sonido, alguna imagen. Escuchó, pero todo estaba muy tranquilo; el críquet había terminado; los niños estaban en el baño; solo se oía el sonido del mar. Dejó de tejer; sostuvo la larga media de color castaño rojizo colgando un momento de sus manos. Vio la luz de nuevo. Con cierta ironía en su interrogación, pues cuando uno despertaba, sus relaciones cambiaban, miró la luz fija, la implacable, la inexorable, que era tanto ella y tan poco ella, que la tenía a su merced (se despertaba de noche y la veía cruzar su cama, acariciando el suelo), pero a pesar de todo pensó, observándola fascinada, hipnotizada, como si acariciara con sus dedos plateados algún recipiente sellado en su cerebro cuya rotura la inundaría de deleite, había conocido la felicidad, la felicidad exquisita, la felicidad intensa, y plateaba un poco más brillantemente las olas rugosas, según iba cayendo el día, y el azul salía del mar y este rodaba en olas de puro limón que se curvaban y se hinchaban y rompían en la playa y el éxtasis estalló en sus ojos y olas de puro deleite corrieron por el suelo de su mente y sintió: ¡Es suficiente! ¡Es suficiente!

Él se volvió y la vio. ¡Ah! Era hermosa, más hermosa que nunca pensó. Pero no podía hablarle. No podía interrumpirla. Quería urgentemente hablarle ahora que James se había ido y ella estaba por fin sola. Pero re-

solvió: no; no la interrumpiría. Ella estaba ajena a él ahora en su belleza, en su tristeza. La dejaría estar, y pasó por su lado sin una palabra, aunque le dolió que pareciera tan distante y que él no pudiera alcanzarla, no pudiera hacer nada para ayudarla. Y de nuevo habría pasado sin una palabra si ella no le hubiera dado, en ese preciso momento, de su propia voluntad lo que sabía que él nunca pediría, y lo había llamado y había quitado el chal verde del marco del cuadro y fue a él. Pues él quería, lo sabía, protegerla.

XII

Se echó el chal verde sobre los hombros. Tomó su brazo. Su belleza era tan grande, dijo, empezando a hablar de Kennedy el jardinero, que era tan terriblemente apuesto, que no podía prescindir de él. Había una escalera de mano apoyada en el invernadero y pequeños grumos de masilla por aquí y por allá, pues estaban empezando a arreglar el invernadero. Sí, pero mientras paseaba con su marido sentía que esa fuente particular de preocupación había quedado resuelta. Tenía en la punta de la lengua decir, mientras paseaban: «Costará cincuenta libras», pero en cambio, pues le fallaba el valor en cuestiones de dinero, habló de Jasper disparando a los pájaros, y él dijo enseguida, tranquilizándola al instante, que era natural en un chico y que confiaba en que encontraría mejores maneras de entretenerse antes de mucho. Su marido era tan sensato, tan justo. Y así ella dijo: «Sí; todos los niños pasan por etapas», y se puso a contemplar las dalias del arriate grande, preguntándose qué pasaría con las flores del año que viene, y si él había oído el apodo que los niños le habían puesto a Charles Tansley, preguntó. El ateo, lo llamaban, el pequeño ateo. «No es un espécimen muy pulido», dijo el señor Ramsay. «Ni mucho menos», dijo la señora Ramsay.

Suponía que estaba bien dejarle a sus propias disposiciones, dijo la señora Ramsay, preguntándose si sería de alguna utilidad mandar bulbos; ¿los plantarían? «Oh, tiene su tesis que escribir», dijo el señor Ramsay. Ella lo sabía de sobra, dijo la señora Ramsay. No hablaba de otra cosa. Era sobre la influencia de alguien en algo. «Bueno, es todo con lo que puede contar», dijo el señor Ramsay. «Dios quiera que no se enamore de Prue», dijo la señora Ramsay. La desheredaría si se casara con él, dijo el señor Ramsay. No miró las flores que su esposa estaba contemplando, sino a un punto unos treinta centímetros por encima de ellas. No era mala persona, añadió, y estaba a punto de decir que de todos modos era el único joven en Inglaterra que

admiraba su... cuando se lo tragó. No volvería a molestarla con sus libros. Estas flores tienen buena pinta, dijo el señor Ramsay, bajando la mirada y observando algo rojo, algo marrón. Sí, pero esas las había puesto ella con sus propias manos, dijo la señora Ramsay. La cuestión era qué pasaría si mandaba bulbos; ¿los plantaría Kennedy? Era su pereza incorregible; añadió, siguiendo adelante. Si se plantaba todo el día a su lado con una laya en la mano, a veces hacía algo. Y así siguieron paseando, hacia los atizadores de fuego. «Estás enseñando a tus hijas a exagerar», dijo el señor Ramsay, reprendiéndola. Su tía Camila era mucho peor que ella, observó la señora Ramsay. «Que yo sepa, nunca nadie ha puesto a tu tía Camila como modelo de virtud», dijo el señor Ramsay. «Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida», dijo la señora Ramsay. «Otra persona ostenta ese título», dijo el señor Ramsay. Prue iba a ser mucho más hermosa que ella, dijo la señora Ramsay. Él no veía ningún indicio de ello, dijo el señor Ramsay. «Pues entonces mírala esta noche», dijo la señora Ramsay. Se detuvieron. Ojalá pudiera conseguir que Andrew se aplicara más. Perdería todas sus posibilidades de una beca si no lo hacía. «¡Becas!», dijo ella. El señor Ramsay la encontró necia por decir eso de algo tan serio como una beca. Estaría muy orgulloso de Andrew si la conseguía, dijo. Ella estaría igual de orgullosa de él aunque no la consiguiera, respondió. Siempre discrepaban en eso, pero no importaba. A ella le gustaba que él creyera en las becas, y a él le gustaba que ella estuviera orgullosa de Andrew pasara lo que pasara. De pronto ella recordó aquellos senderos estrechos al borde de los acantilados.

¿No era tarde?, preguntó. No habían vuelto todavía. Él abrió el reloj con descuido de un golpe. Pero apenas eran las siete pasadas. Lo tuvo abierto un momento, decidiendo que le contaría lo que había sentido en la terraza. Para empezar, no era razonable ponerse tan nerviosa. Andrew sabía cuidarse solo. Luego, quería contarle que mientras paseaba por la terraza hace un momento —aquí se puso incómodo, como si estuviera irrumpiendo en aquella soledad, aquel distanciamiento, aquella lejanía de ella... Pero ella lo urgió. ¿Qué había querido decirle?, preguntó, pensando que era sobre el ir al faro; que sentía haber dicho «Maldita seas». Pero no. No le gustaba verla poner ese semblante tan triste, dijo. Solo estaba en las nubes, protestó ella, ruborizándose un poco. Los dos se sintieron incómodos, como si no supieran si seguir adelante o volver atrás. Había estado leyendo cuentos de hadas a James, dijo. No, eso no podían compartirlo; eso no podían decirlo.

Habían llegado al paso entre los dos macizos de atizadores de fuego, y allí estaba el faro de nuevo, pero ella no se permitió mirarlo. Si hubiera sabido que él la estaba mirando, pensó, no se habría dejado estar sentada allí, pensando. Le disgustaba cualquier cosa que le recordara que la habían visto pensando sentada. Así que miró por encima del hombro, hacia el pueblo. Las luces centelleaban y corrían como si fueran gotas de agua de plata sostenidas firmes en el viento. Y toda la pobreza, todo el sufrimiento habían quedado convertidos en eso, pensó la señora Ramsay. Las luces del pueblo y del puerto y de los barcos parecían una red fantasmal flotando allí para señalar algo que se había hundido. Bueno, si no podía compartir sus pensamientos, se dijo el señor Ramsay, entonces se marcharía, solo. Quería seguir pensando, contándose la historia de cómo Hume se había quedado atascado en un pantano; quería reírse. Pero antes era una tontería preocuparse por Andrew. Cuando tenía la edad de Andrew solía pasarse el día entero caminando por el campo, con nada más que un mendrugo en el bolsillo y nadie se preocupaba por él ni pensaba que había caído por un acantilado. Dijo en voz alta que creía que se escaparía a dar una caminata de un día si el tiempo aguantaba. Tenía bastante de Bankes y de Carmichael. Le apetecía un poco de soledad. Sí, dijo ella. Le molestó que no protestara. Ella sabía que nunca lo haría. Era demasiado mayor ya para caminar todo el día con un mendrugo en el bolsillo. Se preocupaba por los chicos, pero no por él. Años atrás, antes de casarse, pensó, mirando al otro lado de la bahía mientras se detenían entre los macizos de atizadores de fuego, él había caminado todo el día. Se había comido algo de pan y queso en una taberna. Había trabajado diez horas seguidas; una vieja asomaba la cabeza de vez en cuando y se encargaba del fuego. Ese era el país que más le gustaba, allí enfrente; esas dunas que se desvanecían en la oscuridad. Uno podía caminar todo el día sin encontrar un alma. No había casi casas, ni un solo pueblo en kilómetros y kilómetros. Uno podía ir dándole vueltas a las cosas a solas. Había pequeñas playas de arena donde no había estado nadie desde el principio de los tiempos. Las focas se incorporaban y te miraban. A veces le parecía que en una casita de allí, solo... se interrumpió, suspirando. No tenía derecho. El padre de ocho hijos, se recordó. Y habría sido un bruto y un canalla desear que una sola cosa fuera de otro modo. Andrew sería mejor hombre que él. Prue sería una belleza, decía su madre. Pondrían un dique a la corriente. Era una buena obra en conjunto: sus ocho hijos. Demostraban que no maldecía del todo al pobre universo, pues en una tarde como esta,

pensó, mirando la tierra que se desvanecía en la distancia, la pequeña isla parecía patéticamente pequeña, medio tragada por el mar.

—Pobre lugar —murmuró con un suspiro.

Ella lo oyó. Decía las cosas más melancólicas, pero notaba que en cuanto las decía parecía siempre más animado de lo habitual. Toda esa elaboración de frases era un juego, pensó, pues si ella hubiera dicho la mitad de lo que él decía, se habría volado los sesos hace tiempo.

Le molestó, esa elaboración de frases, y le dijo con toda naturalidad que era una tarde perfectamente hermosa. ¿Y de qué se quejaba él?, preguntó, a medias riendo, a medias quejándose, pues adivinaba lo que estaba pensando: que habría escrito mejores libros si no se hubiera casado.

No se estaba quejando, dijo. Ella sabía que él no se quejaba. Sabía que no tenía absolutamente nada de qué quejarse. Y la cogió de la mano y se la llevó a los labios y la besó con una intensidad que le llenó los ojos de lágrimas, y él la soltó rápidamente.

Se volvieron del paisaje y comenzaron a subir por el sendero donde crecían las plantas de un verde plateado en forma de lanza, del brazo. Su brazo era casi como el brazo de un hombre joven, pensó la señora Ramsay, delgado y firme, y pensó con deleite en lo fuerte que seguía siendo, aunque pasaba de los sesenta, y lo indómito y lo optimista, y qué extraño era que estar convencido, como lo estaba él, de toda clase de horrores, no pareciera deprimirle sino animarle. ¿No era curioso?, reflexionó. En efecto, a veces le parecía que estaba hecho de manera diferente al resto de las personas, ciego, sordo y mudo para las cosas ordinarias, pero para las extraordinarias, con ojos de águila. Su comprensión la asombraba a menudo. Pero ¿se fijaba en las flores? No. ¿Se fijaba en el paisaje? No. ¿Se fijaba siquiera en la belleza de su propia hija, o en si había pudín en el plato o carne asada? Se sentaba a la mesa con ellos como si estuviera en un sueño. Y su costumbre de hablar solo en voz alta, o de recitar poesía en voz alta, iba en aumento, temía; pues a veces resultaba embarazoso:

¡Venid, los mejores y más resplandecientes!

la pobre señorita Giddings, cuando le gritó eso, casi se le salió el alma del cuerpo. Pero entonces, la señora Ramsay, tomando enseguida su partido contra todos los tontos Giddings del mundo, entonces, pensó, indicándole

con una leve presión en el brazo que subía demasiado deprisa para ella y que debía detenerse un momento a ver si había nuevos túmulos de topo en el talud, entonces, pensó, agachándose a mirar, una mente grande como la suya debía ser distinta en todos los aspectos a la nuestra. Todos los grandes hombres que había conocido, pensó, concluyendo que debía de haber entrado un conejo, eran así, y era bueno para los jóvenes (aunque la atmósfera de las aulas le resultaba viciada y deprimente más allá de lo tolerable) simplemente oírle, simplemente mirarlo. Pero sin disparar a los conejos, ¿cómo iba uno a contenerlos?, se preguntó. Podría ser un conejo; podría ser un topo. En todo caso, alguna criatura estaba destrozando sus onagras. Y alzando los ojos vio por encima de los árboles delgados el primer pulso de la estrella en pleno fulgor, y quiso que su marido la mirara; pues la visión le producía un placer tan agudo. Pero se contuvo. Él nunca miraba las cosas. Y si lo hacía, lo único que diría sería: Pobre mundillo, con uno de sus suspiros.

En ese momento, él dijo «Muy hermoso», para complacerla, y fingió admirar las flores. Pero ella sabía perfectamente que no las admiraba, ni siquiera se había dado cuenta de que estaban allí. Solo era para complacerla... Ah, pero ¿no era esa Lily Briscoe paseando con William Bankes? Enfocó sus ojos cortos de vista en las espaldas de una pareja que se alejaba. Sí, en efecto lo era. ¿No significaba eso que se casarían? ¡Sí, tenía que ser! ¡Qué idea tan admirable! ¡Tenían que casarse!

XIII

Había estado en Ámsterdam, estaba diciendo el señor Bankes mientras paseaba por el jardín con Lily Briscoe. Había visto los Rembrandts. Había estado en Madrid. Por desgracia era Viernes Santo y el Prado estaba cerrado. Había estado en Roma. ¿Nunca había estado la señorita Briscoe en Roma? Oh, debería... Sería una experiencia maravillosa para ella: la Capilla Sixtina, Miguel Ángel; y Padua, con sus Giotto. Su esposa había tenido mala salud durante muchos años, de modo que sus visitas a museos habían sido a escala modesta.

Ella había estado en Bruselas; había estado en París, pero solo de paso para visitar a una tía enferma. Había estado en Dresde; había muchos cuadros que no había visto; aunque, reflexionó Lily Briscoe, quizá era

mejor no ver cuadros: solo conseguían que uno se sintiera irremediabilmente descontento con su propio trabajo. El señor Bankes pensaba que ese punto de vista podía llevarse demasiado lejos. No todos podemos ser Ticiano y no todos podemos ser Darwin, dijo; al mismo tiempo dudaba que pudiera tenerse un Darwin y un Ticiano si no fuera por gente modesta como ellos. A Lily le habría gustado hacerle un cumplido: usted no es modesto, señor Bankes, le habría gustado decirle. Pero él no quería cumplidos (la mayoría de los hombres sí quieren, pensó), y se avergonzó un poco de su impulso y no dijo nada mientras él observaba que quizá lo que decía no se aplicaba a los cuadros. De todos modos, dijo Lily, soltando su pequeña insinceridad, ella seguiría pintando siempre, porque le interesaba. Sí, dijo el señor Bankes, estaba seguro de que lo haría, y, al llegar al extremo del jardín, le estaba preguntando si le costaba encontrar temas en Londres cuando se volvieron y vieron a los Ramsay. Eso es el matrimonio, pensó Lily: un hombre y una mujer mirando a una chica lanzar una pelota. Eso es lo que la señora Ramsay intentaba decirme el otro día, pensó. Pues la señora Ramsay llevaba el chal verde, y estaban de pie muy juntos mirando a Prue y Jasper lanzarse la pelota. Y de pronto el significado que, sin razón alguna, como quizá cuando salen del metro o llaman al timbre de una puerta, desciende sobre las personas, haciéndolas simbólicas, haciéndolas representativas, cayó sobre ellos, y los convirtió en el crepúsculo, de pie, mirando, en los símbolos del matrimonio: marido y mujer. Luego, al cabo de un instante, el contorno simbólico que trascendía a las figuras reales se hundió de nuevo, y se convirtieron, al salirles al encuentro, en el señor y la señora Ramsay viendo a los niños lanzarse la pelota. Pero aún, por un momento, aunque la señora Ramsay los saludó con su sonrisa de siempre (ay, está pensando que vamos a casarnos, pensó Lily) y dijo: «Esta noche he triunfado», dando a entender que por una vez el señor Bankes había aceptado cenar con ellos y no huir a su propio alojamiento donde su criado cocinaba las verduras como es debido; aún, por un momento, hubo una sensación de que las cosas habían sido barridas, de espacio, de irresponsabilidad, mientras la pelota se elevaba bien alto, y la siguieron y la perdieron y vieron la única estrella y las ramas envueltas. En la luz menguante todos parecían de aristas agudas y etéreos y separados por grandes distancias. Luego, dando una carrera hacia atrás por el vasto espacio (pues parecía que la solidez hubiera desaparecido por completo), Prue llegó corriendo a toda velocidad y cogió la pelota brillantemente bien arriba con la mano izquierda, y su madre dijo: «¿Todavía

no han vuelto?»), con lo que el hechizo se rompió. El señor Ramsay se sintió libre para reírse en voz alta ante la idea de que Hume se había quedado atascado en un pantano y una vieja lo había rescatado a condición de que rezara el padrenuestro, y sonriendo para sí se fue paseando a su estudio. La señora Ramsay, haciendo volver a Prue a lanzar la pelota, de lo que había escapado, preguntó:

—¿Fue Nancy con ellos?

XIV

(Nancy había ido con ellos, sin duda, pues Minta Doyle se lo había pedido con su mirada muda, tendiéndole la mano cuando Nancy, después de comer, se escabullía hacia su buhardilla para escapar del horror de la vida en familia. Supuso que debía ir entonces. No quería ir. No quería verse arrastrada a todo eso. Pues mientras caminaban por la carretera hacia el acantilado, Minta seguía tomándole la mano. Luego la soltaba. Luego volvía a tomarla. ¿Qué era lo que quería?, se preguntó Nancy. Había algo, por supuesto, que la gente quería; pues cuando Minta le tomaba la mano y la sostenía, Nancy, a su pesar, veía el mundo entero extendido ante ella, como si fuera Constantinopla vista a través de una niebla, y entonces, por mucho sueño que uno tuviera, no podía uno dejar de preguntar: «¿Es esa Santa Sofía?» «¿Es ese el Cuerno de Oro?» Así que Nancy preguntaba, cuando Minta le tomaba la mano: «¿Qué es lo que quiere? ¿Es eso?» ¿Y qué era eso? Aquí y allá emergía de la niebla (mientras Nancy miraba hacia abajo la vida extendida a sus pies) un pináculo, una cúpula; cosas prominentes, sin nombre. Pero cuando Minta le soltaba la mano, como hacía cuando bajaban corriendo por la ladera, todo aquello —la cúpula, el pináculo, lo que quiera que hubiera sobresalido por la niebla— se hundía de nuevo en ella y desaparecía. Minta, observó Andrew, era bastante buena andando. Llevaba ropa más práctica que la mayoría de las mujeres. Llevaba faldas muy cortas y bombachos negros. Saltaría directamente a un arroyo y lo vadearía chapoteando. Le gustaba su temeridad, pero veía que no iba a funcionar: se mataría de algún modo idiota cualquier día de estos. Parecía no tener miedo de nada, salvo de los toros. Con solo ver un toro en un campo, echaba los brazos al aire y salía huyendo chillando, que era exactamente lo más adecuado para enfurecer a un toro, por supuesto. Pero no le importaba reconocerlo en absoluto; había que concedérselo. Sabía que era una cobarde espantosa con

los toros, dijo. Creía que debía de haberla corneado en el cochecito de bebé cuando era pequeña. No parecía importarle lo que decía o hacía. De pronto se tiró al borde del acantilado y se puso a cantar una canción sobre

Malditos tus ojos, malditos tus ojos.

Todos tuvieron que sumarse y cantar el estribillo, y gritar juntos:

Malditos tus ojos, malditos tus ojos,

pero sería fatal dejar que subiera la marea y cubriera todos los buenos cazaderos antes de que llegaran a la playa.

—Fatal —convino Paul, levantándose de un salto, y mientras bajaban resbalando, siguió citando la guía sobre «estas islas, justamente célebres por sus perspectivas de parque y la extensión y variedad de sus curiosidades marinas». Pero no acababa de funcionar del todo, ese griterío y ese malditos tus ojos, sentía Andrew bajando con cuidado por el acantilado, esas palmadas en la espalda y ese llamarle «buen hombre» y todo eso; no acababa de funcionar del todo. Era lo peor de llevar a mujeres de excursión. Una vez en la playa se separaron: él se fue hacia la Nariz del Papa, se quitó los zapatos, se enrolló los calcetines dentro y dejó que esa pareja se las arreglara sola; Nancy vadeó hasta sus propias rocas y exploró sus propias pozas y dejó que esa pareja se las arreglara sola. Se agachó bien abajo y tocó las anémonas de mar suaves como caucho, pegadas como grumos de gelatina al costado de la roca. Meditabunda, convirtió la poza en el mar, y los pececillos en tiburones y ballenas, y cubrió con vastas nubes este minúsculo mundo poniendo la mano entre el sol y él, y así trajo la oscuridad y la desolación, como el propio Dios, a millones de criaturas ignorantes e inocentes, y luego retiró la mano de golpe y dejó que el sol se derramara. Sobre la arena pálida entrecruzada, a grandes zancadas, con flecos y guantes, avanzó algún leviatán fantástico (seguía agrandando la poza), y se deslizó hacia las vastas grietas del costado de la montaña. Y luego, dejando que sus ojos se deslizaran imperceptiblemente por encima de la poza y se posaran en esa línea ondulante de mar y cielo, en los troncos de árboles que el humo de los vapores hacía oscilar en el horizonte, quedó hipnotizada con todo ese poder que irrumpía salvajemente e inevitablemente se retiraba, y los dos sentidos de esa vastedad y esa minucia (la poza se había reducido de nuevo) floreciendo dentro de ella la hicieron sentir que estaba atada de pies y manos e incapaz de moverse por la intensidad de unos sentimientos que reducían su

propio cuerpo, su propia vida y la vida de todas las personas del mundo, para siempre, a la nada. Así, escuchando las olas, agachada sobre la poza, estuvo ensimismada.

Y Andrew gritó que subía la marea, así que ella saltó chapoteando por las olas poco profundas hasta la orilla y corrió playa arriba y fue arrastrada por su propia impetuosidad y su deseo de moverse rápidamente justo detrás de una roca, y allí — ¡Dios mío! — en brazos el uno del otro estaban Paul y Minta besándose, probablemente. Estaba indignada, escandalizada. Ella y Andrew se pusieron los zapatos y las medias en un silencio sepulcral sin decir nada al respecto. De hecho estuvieron bastante bruscos el uno con el otro. Podría haberle llamado cuando vio el cangrejo de río o lo que fuera, refunfuñó Andrew. De todas formas, los dos sentían: no es culpa nuestra. No habían querido que les cayera encima ese molesto inconveniente. Con todo, a Andrew le irritaba que Nancy fuera mujer, y a Nancy que Andrew fuera hombre, y se ataron los zapatos con mucho esmero y apretaron los lazos bastante fuerte.

No fue hasta que habían subido de nuevo lo alto del acantilado cuando Minta gritó que había perdido el broche de su abuela: el broche de su abuela, el único adorno que poseía, un sauce llorón (tenían que recordarlo) engarzado en perlas. Tenían que haberlo visto, dijo, con las lágrimas corriéndole por las mejillas: el broche con que su abuela se había prendido la cofia hasta el último día de su vida. Ahora lo había perdido. ¡Habría preferido perder cualquier otra cosa! Volvería a buscarlo. Todos volvieron. Tantearon y escudriñaron y buscaron. Mantenían las cabezas muy agachadas y hablaban en frases cortas y bruscas. Paul Rayley buscó como un loco por toda la roca donde habían estado sentados. Todo ese alboroto por un broche no estaba nada bien, pensó Andrew, cuando Paul le dijo que hiciera «un registro minucioso entre este punto y aquél». La marea subía rápido. El mar cubriría en un minuto el lugar donde habían estado sentados. No había la más mínima posibilidad de encontrarlo ahora. «¡Nos va a cortar la marea!», gritó Minta, repentinamente aterrada. ¡Como si hubiera algún peligro de eso! Era lo mismo de los toros: no tenía control sobre sus emociones, pensó Andrew. Las mujeres no lo tenían. El pobre Paul tuvo que calmarla. Los hombres (Andrew y Paul se volvieron de inmediato más viriles y distintos de lo habitual) deliberaron brevemente y decidieron que plantarían el bastón de Rayley en el lugar donde habían estado sentados y volverían con la

marea baja. No había nada más que se pudiera hacer. Si el broche estaba allí, seguiría estando por la mañana, le aseguraron, pero Minta siguió sollozando todo el camino de regreso hasta lo alto del acantilado. Era el broche de su abuela; habría preferido perder cualquier otra cosa; y sin embargo Nancy sentía que quizá era verdad que le dolía perder el broche, pero no lloraba solo por eso. Lloraba por alguna otra cosa. Podríamos sentarnos todos a llorar, sentía. Pero no sabía por qué.

Fueron adelantándose juntos, Paul y Minta, y él la consoló y le dijo lo famoso que era encontrando cosas. Una vez de pequeño había encontrado un reloj de oro. Se levantaría al amanecer y estaba seguro de que lo encontraría. Le parecía que estaría casi oscuro, y que estaría solo en la playa, y que de algún modo sería bastante peligroso. Empezó a decirle, de todos modos, que lo encontraría con toda seguridad, y ella dijo que ni se le ocurriera levantarse al alba: estaba perdido: lo sabía: había tenido un presentimiento al ponérselo esa tarde. Y en secreto se prometió que no se lo diría, pero se escabulliría de la casa al alba cuando todos estuvieran dormidos y si no podía encontrarlo iría a Edimburgo y le compraría otro, igual pero más hermoso. Demostraría lo que era capaz de hacer. Y al subir al collado y ver las luces del pueblo abajo, las luces que iban encendiéndose de repente una a una parecieron cosas que iban a ocurrirle: su boda, sus hijos, su casa; y de nuevo pensó, al salir a la carretera principal, bordeada de setos altos, en cómo se retirarían juntos a la soledad, caminarían sin parar, él guiándola siempre, y ella apretándose a su costado (como hacía en ese momento). Al doblar por el cruce pensó en la experiencia espantosa que había vivido, y tenía que contársela a alguien: a la señora Ramsay, por supuesto, pues solo pensar en lo que había sido y hecho le quitaba el aliento. Había sido con mucho el peor momento de su vida cuando le pidió a Minta que se casara con él. Iría directamente a la señora Ramsay, porque sentía de alguna manera que era ella quien le había hecho hacerlo. Ella le había hecho pensar que era capaz de cualquier cosa. Nadie más lo tomaba en serio. Pero ella le había hecho creer que podía hacer lo que quisiera. La había sentido pendiente de él todo ese día, siguiéndole (aunque no había dicho ni una palabra), como si dijera: «Sí, puedes hacerlo. Creo en ti. Lo espero de ti.» Ella le había hecho sentir todo eso, y en cuanto volvieran (buscó las luces de la casa sobre la bahía) iría a verla y le diría: «Lo he hecho, señora Ramsay; gracias a usted.» Y así, entrando por el camino que llevaba a la casa, podía ver luces moviéndose en las ventanas de arriba. Entonces debían de llegar

muy tarde. La gente se estaba preparando para cenar. La casa estaba toda iluminada, y las luces después de la oscuridad le llenaron los ojos, y se dijo a sí mismo, puerilmente, según subía por el sendero: Luces, luces, luces, y repitió aturrido, Luces, luces, luces, al entrar en la casa mirando alrededor con el rostro completamente rígido. Pero, Dios mío, se dijo, llevándose la mano a la corbata, no debo hacer el ridículo.)

XV

—Sí —dijo Prue, reflexiva, respondiendo a la pregunta de su madre—, creo que Nancy fue con ellos.

XVI

Bueno, entonces Nancy había ido con ellos, supuso la señora Ramsay, preguntándose, mientras dejaba un cepillo, tomaba un peine y decía «Adelante» a unos golpes en la puerta (entraron Jasper y Rose), si el hecho de que Nancy estuviera con ellos hacía más probable o menos probable que ocurriera algo; lo hacía menos probable, de algún modo, sentía la señora Ramsay, de modo muy irracional, salvo que después de todo una hecatombe de tal magnitud no era probable. No podían ahogarse todos. Y de nuevo se sintió sola ante su viejo antagonista: la vida.

Jasper y Rose dijeron que Mildred quería saber si debía esperar para servir la cena.

—Ni por la reina de Inglaterra —dijo la señora Ramsay enfáticamente.

—Ni por la emperatriz de México —añadió, riendo de Jasper; pues compartía el vicio de su madre: él también exageraba.

Y si Rose quería, dijo, mientras Jasper llevaba el recado, podría elegir qué joyas iba a lucir. Cuando hay quince personas sentadas a la mesa, no puede tenerse todo esperando eternamente. Estaba empezando a sentirse molesta con ellos por llegar tan tarde; era una falta de consideración, y la molestaba encima de su ansiedad por ellos, que eligieran precisamente esa noche para llegar tarde, cuando de hecho deseaba que la cena fuera especialmente buena, puesto que William Bankes había consentido por fin en cenar con ellos; y iban a tener la obra maestra de Mildred: el buey a la bor-

goñona. Todo dependía de servir los platos en el preciso momento en que estuvieran listos. La carne, la hoja de laurel y el vino: todo tenía que estar en su punto exacto. Hacerlo esperar era impensable. Y sin embargo esa noche, como no podía ser de otra manera, habían salido y llegaban tarde, y había que sacar cosas, había que mantener las cosas calientes; el buey a la borgoñona quedaría completamente estropeado.

Jasper le ofreció un collar de ópalos; Rose, un collar de oro. ¿Cuál quedaba mejor con su vestido negro? Cuál, en efecto, dijo la señora Ramsay distraídamente, mirando su cuello y sus hombros (pero evitando su rostro) en el espejo. Y mientras los niños rebuscaban entre sus cosas, miró por la ventana algo que siempre le divertía: los grajos intentando decidir en qué árbol posarse. Cada vez parecían cambiar de idea y volver a alzar el vuelo, porque, pensaba, el grajo viejo, el grajo padre, a quien ella llamaba el viejo José, era un pájaro de un temperamento de lo más difícil y fastidioso. Era un pájaro de mala facha, al que le faltaban la mitad de las plumas de las alas. Era como cierto señor andrajoso de chistera que había visto tocando la trompa delante de una taberna.

— ¡Mira! — dijo, riendo. En realidad estaban peleando. José y María estaban peleando. De todas formas todos volvieron a alzar el vuelo, y el aire fue apartado por sus alas negras y cortado en exquisitas formas de alfanje. El movimiento de las alas batiendo hacia fuera, hacia fuera, hacia fuera — nunca lograba describirlo con suficiente exactitud para satisfacerse — era uno de los más hermosos para ella. Mira eso, le dijo a Rose, esperando que Rose lo viera con más claridad de lo que ella podía. Pues los hijos de uno tan a menudo le daban a las propias percepciones un pequeño empujoncito hacia adelante.

Pero ¿cuál iba a ser? Tenían abiertas todas las bandejas de su joyero. ¿El collar de oro, que era italiano, o el collar de ópalos, que el tío James le había traído de la India; o debería ponerse sus amatistas?

— Elegid, queridos, elegid — dijo, esperando que se dieran prisa.

Pero los dejó tomarse su tiempo: dejó que Rose, en particular, tomara esto y luego aquello, y sostuviera sus joyas contra el vestido negro, pues esta pequeña ceremonia de elegir las joyas, que se celebraba cada noche, era lo que más le gustaba a Rose, lo sabía. Tenía alguna razón oculta propia para atribuir gran importancia a esta elección de qué iba a ponerse su

madre. ¿Cuál sería la razón?, se preguntó la señora Ramsay, quedándose quieta para que le abrochara el collar que había elegido, adivinando, a través de su propio pasado, algún sentimiento profundo, enterrado, del todo mudo que se tiene hacia la propia madre a la edad de Rose. Como todos los sentimientos sentidos hacia uno mismo, pensó la señora Ramsay, entristecía. Era tan inadecuado lo que uno podía dar en correspondencia; y lo que sentía Rose estaba muy fuera de proporción con lo que ella era realmente. Y Rose crecería; y Rose sufriría, supuso, con estos sentimientos profundos, y dijo que ya estaba lista, y bajarían, y Jasper, por ser el caballero, le daría el brazo, y Rose, por ser la dama, llevaría su pañuelo (le dio el pañuelo), ¿y qué más? Ah, sí, podría hacer fresco: un chal. Elige un chal, dijo, pues eso complacería a Rose, que estaba destinada a sufrir tanto. «Allí», dijo, deteniéndose en la ventana del rellano, «allí están de nuevo.» José se había posado en otra copa de árbol. «¿No crees que les duele», le dijo a Jasper, «que les rompan las alas?» ¿Por qué quería disparar al pobre viejo José y María? Él se removió un poco en las escaleras y se sintió reprendido, pero no en serio, pues ella no entendía la gracia de disparar a los pájaros; y ellos no sentían nada; y siendo su madre vivía en otra división del mundo, aunque le gustaban bastante sus historias sobre María y José. La hacía reír. Pero ¿cómo sabía ella que eran María y José? ¿Creía que los mismos pájaros venían a los mismos árboles cada noche?, preguntó él. Pero aquí, de repente, como hacen todos los adultos, dejó de prestarle la menor atención. Estaba escuchando un alboroto en el vestíbulo.

— ¡Han vuelto! —exclamó, y al instante se sintió mucho más molesta con ellos que aliviada. Luego se preguntó: ¿habrá ocurrido? Bajaría y se lo contarían... pero no. No podían contarle nada con tanta gente alrededor. Así que tendría que bajar y empezar la cena y esperar. Y, como alguna reina que, encontrando a su pueblo reunido en el vestíbulo, los mira desde arriba, y descendiende entre ellos, y recibe sus tributos en silencio, y acepta su devoción y su postración ante ella (Paul no movió un músculo sino que miró directamente al frente mientras ella pasaba), bajó, cruzó el vestíbulo e inclinó levemente la cabeza, como si aceptara lo que no podían decir: su tributo a su belleza.

Pero se detuvo. Había un olor a quemado. ¿Podrían haber dejado que el buey a la borgoñona hirviera de más?, se preguntó, ¡Dios quiera que no!, cuando el gran estruendo del gong anunció con solemnidad y autoridad que

todos los dispersos, en buhardillas, en dormitorios, en sus pequeños rincones propios, leyendo, escribiendo, dando los últimos retoques al pelo o abrochándose los vestidos, tenían que dejar todo eso, y las pequeneces de sus palanganas y tocadores, y las novelas en las mesillas de noche, y los diarios que eran tan privados, y congregarse en el comedor para la cena.

XVII

Pero ¿qué he hecho yo con mi vida?, pensó la señora Ramsay, tomando su lugar en la cabecera de la mesa y mirando todos los platos formando círculos blancos sobre ella. «William, siéntate aquí», dijo. «Lily», dijo con cansancio, «allí.» Ellos tenían aquello — Paul Rayley y Minta Doyle—, ella solo esto: una mesa interminablemente larga y platos y cuchillos. Al fondo estaba su marido, sentado, encogido sobre sí mismo, con el ceño fruncido. ¿Por qué? No lo sabía. Le daba igual. No podía entender cómo había sentido nunca emoción o afecto alguno por él. Tenía la sensación de haber pasado por todo, de haber atravesado todo, de estar al margen de todo, mientras servía la sopa, como si hubiera allí un remolino — ahí— y uno pudiera estar dentro o fuera de él, y ella estaba fuera. Todo ha llegado a su fin, pensó, mientras iban entrando uno tras otro, Charles Tansley —«Siéntese aquí, por favor», dijo—, Augustus Carmichael... y se sentaron. Y mientras tanto ella esperaba, pasivamente, que alguien le respondiera, que ocurriera algo. Pero esto no es una cosa, pensó, sirviendo la sopa, que uno dice.

Alzando las cejas ante la discrepancia —eso era lo que estaba pensando, eso era lo que estaba haciendo: servir la sopa—, sentía, cada vez más intensamente, estar fuera de ese remolino; o como si hubiera caído una sombra y, despojada de color, viera las cosas con verdad. La habitación (miró alrededor) era muy desvencijada. No había belleza en ningún sitio. Se abstuvo de mirar al señor Tansley. Nada parecía haberse fusionado. Todos estaban sentados por separado. Y todo el esfuerzo de fusionarse y fluir y crear recaía sobre ella. De nuevo sintió, como un hecho sin hostilidad, la esterilidad de los hombres; pues si ella no lo hacía no lo haría nadie, y así, dándose esa pequeña sacudida que uno da a un reloj que se ha parado, el viejo pulso familiar comenzó a latir de nuevo, como el reloj que empieza a hacer tictac: uno, dos, tres, uno, dos, tres. Y así sucesivamente, se repitió, escuchándolo, cobijando y fomentando el pulso todavía débil como quien protege una llama vacilante con un periódico. Y así pues, concluyó, dirigiéndose a William

Bankes con una inclinación silenciosa en su dirección — ¡pobre hombre!, que no tenía esposa ni hijos y cenaba solo en su alojamiento salvo esta noche; y por lástima de él, siendo la vida ahora lo bastante fuerte para llevarla de nuevo hacia adelante, comenzó todo este quehacer, como un marinero que no sin cansancio ve el viento henchir la vela y sin embargo apenas quiere partir de nuevo y piensa en cómo, si el barco se hundiera, habría girado y girado y encontrado reposo en el fondo del mar.

—¿Ha encontrado sus cartas? Les dije que las dejaran en el vestíbulo para usted —dijo al señor Bankes.

Lily Briscoe la observó derivar hacia esa extraña tierra de nadie a la que es imposible seguir a las personas y sin embargo su ida inflige tal frialdad en quienes la ven que siempre intentan al menos seguirla con los ojos, como uno sigue a un barco que se desvanece hasta que las velas se han hundido bajo el horizonte.

Qué mayor parece, qué consumida parece, pensó Lily, y qué remota. Luego, cuando se volvió hacia William Bankes sonriendo, fue como si el barco hubiera girado y el sol hubiera vuelto a iluminar sus velas, y Lily pensó con cierta diversión, porque sentía alivio: ¿Por qué lo compadece? Pues esa era la impresión que daba cuando le dijo que sus cartas estaban en el vestíbulo. Pobre William Bankes, parecía decir, como si su propio cansancio consistiera en parte en compadecerse de la gente, y la vida en ella, su resolución de volver a vivir, hubiera sido despertada por la lástima. Y no era verdad, pensó Lily; era uno de esos juicios equivocados suyos que parecían ser instintivos y surgir de alguna necesidad propia más que de la de los demás. No es en absoluto digno de lástima. Tiene su trabajo, se dijo Lily. Recordó, de pronto, como si hubiera encontrado un tesoro, que ella tenía el suyo. En un fogonazo vio su cuadro y pensó: Sí, pondré el árbol más hacia el centro; así evitaré ese espacio incómodo. Eso es lo que haré. Eso es lo que me ha estado desconcertando. Tomó el salero y lo volvió a dejar sobre una flor del dibujo del mantel, para recordarse mover el árbol.

—Es curioso que uno casi nunca reciba nada que valga la pena por correo, y sin embargo uno siempre espera las cartas —dijo el señor Bankes.

Qué sandez dicen, pensó Charles Tansley, dejando la cuchara con precisión en el centro del plato, que había dejado limpio como si, pensó Lily (estaba sentado enfrente de ella, dándole la espalda a la ventana, exacta-

mente en el centro de su campo de visión), estuviera decidido a no perderse sus comidas. Todo en él tenía esa flacura fija, esa desnuda falta de encanto. Pero no obstante, el hecho permanecía: era casi imposible tenerle antipatía si uno lo miraba. Le gustaban sus ojos; eran azules, hundidos, inquietantes.

—¿Escribe usted muchas cartas, señor Tansley? —preguntó la señora Ramsay, compadeciéndolo también a él, supuso Lily; pues eso era verdad de la señora Ramsay: siempre compadecía a los hombres como si les faltara algo; a las mujeres nunca, como si ellas tuvieran algo. Escribía a su madre; fuera de eso no creía escribir una carta al mes, dijo el señor Tansley brevemente.

Pues no iba a hablar las sandeces que esa gente quería que dijera. No iba a dejarse tratar con condescendencia por esas mujeres tontas. Había estado leyendo en su cuarto, y ahora bajaba y todo le parecía tonto, superficial, frívolo. ¿Para qué se arreglaban? Él había bajado con su ropa corriente. No tenía ropa de etiqueta. «Uno casi nunca recibe nada que valga la pena por correo»: eso era lo que siempre estaban diciendo. Los hombres los hacían decir esas cosas. Sí, era bastante verdad, pensó. Nunca recibían nada que valiera la pena de un año para otro. No hacían más que hablar, hablar, hablar, comer, comer, comer. Era culpa de las mujeres. Las mujeres hacían imposible la civilización con todo su «encanto», toda su estupidez.

—Mañana no hay excursión al faro, señora Ramsay —dijo, afirmándose. Le gustaba; la admiraba; todavía pensaba en el hombre de la zanja mirándola hacia arriba; pero se sentía en la necesidad de afirmarse.

Era en realidad, pensó Lily Briscoe, a pesar de sus ojos, pero luego mira su nariz, mira sus manos, el ser humano más desprovisto de encanto que había conocido. ¿Por qué entonces le importaba lo que decía? Las mujeres no saben pintar, las mujeres no saben escribir: ¿qué importaba viniendo de él, si evidentemente para él no era verdad sino útil por alguna razón, y por eso lo decía? ¿Por qué se doblaba todo su ser, como el trigo bajo el viento, y se erguía de nuevo de ese abatimiento solo con gran esfuerzo y bastante doloroso? Tenía que hacerlo una vez más. Ahí está la ramita en el mantel; ahí está mi cuadro; tengo que mover el árbol al centro; eso importa, nada más. ¿Podía aferrarse a eso, se preguntó, sin perder los estribos, sin discutir; y si quería vengarse, vengarse riéndose de él?

—Oh, señor Tansley —dijo—, lléveme al faro. Me encantaría ir.

Le estaba mintiendo, podía verlo. Decía lo que no pensaba para irritarlo, por alguna razón. Se estaba riendo de él. Llevaba sus viejos pantalones de franela. No tenía otros. Se sentía muy tosco, aislado y solo. Sabía que intentaba tomarle el pelo por alguna razón; no quería ir al faro con él; lo despreciaba: igual que Prue Ramsay; igual que todos. Pero no iba a dejarse poner en ridículo por las mujeres, así que se volvió deliberadamente en la silla, miró por la ventana y dijo de golpe, muy bruscamente, que el mar estaría demasiado revuelto para ella mañana. Se marearía.

Le molestó que ella le hubiera hecho hablar así, con la señora Ramsay escuchando. Si solo pudiera estar solo en su cuarto trabajando, pensó, entre sus libros. Ahí era donde se sentía a gusto. Y nunca había contraído ni un penique de deuda; no le había costado ni un penique a su padre desde que tenía quince años; les había ayudado en casa con sus ahorros; estaba pagando los estudios de su hermana. Aun así, ojalá supiera cómo haberse respondido bien a la señorita Briscoe; ojalá no hubiera salido todo de golpe así. «Se marearía.» Ojalá se le ocurriera algo que decirle a la señora Ramsay, algo que le demostrara que no era solo un pedante seco. Eso era lo que todos pensaban de él. Se volvió hacia ella. Pero la señora Ramsay estaba hablando con William Bankes de gente que él nunca había oído mencionar.

—Sí, retírelo —dijo brevemente, interrumpiendo lo que le decía al señor Bankes para hablarle a la criada—. Debía de haber sido hace quince... no, veinte años la última vez que la vi —decía, volviéndose de nuevo hacia él como si no pudiera perder ni un momento de su conversación, pues estaba absorta en lo que hablaban. ¿Así que él había tenido noticias de ella esta misma noche! ¿Y seguía Carrie viviendo en Marlow, y estaba todo igual? Oh, lo recordaba como si fuera ayer: pasear en bote, pasar mucho frío. Pero los Manning, cuando hacían un plan, se atenían a él. ¡Nunca olvidaría a Herbert matando una avispa con una cucharilla a orillas del río! Y seguía ocurriendo, cavilaba la señora Ramsay, deslizándose como un fantasma entre las sillas y las mesas del salón a orillas del Támesis donde hacía tanto, tanto frío veinte años atrás; pero ahora circulaba entre ellos como un fantasma; y la fascinaba, como si, mientras ella había cambiado, aquel día concreto, ahora muy quieto y hermoso, hubiera permanecido allí, durante todos esos años. ¿Le había escrito Carrie a él directamente? preguntó.

—Sí. Dice que están construyendo una sala de billar nueva —dijo. ¡No! ¡No! ¡Eso era imposible! ¡Construir una sala de billar! Le parecía inconce-

bible.

El señor Bankes no veía que hubiera nada muy extraño en eso. Les iba muy bien ahora. ¿Le mandaría sus saludos a Carrie?

—Oh —dijo la señora Ramsay con un pequeño sobresalto—. No —añadió, reflexionando que no conocía a esta Carrie que construía una sala de billar nueva. Pero qué extraño, repitió, para diversión del señor Bankes, que siguieran allí todavía. Pues era extraordinario pensar que habían sido capaces de seguir viviendo todos esos años cuando ella no había pensado en ellos más de una vez en todo ese tiempo. Qué llena de eventos había sido su propia vida durante esos mismos años. Aunque quizá Carrie Manning tampoco había pensado en ella. El pensamiento era extraño y desagradable.

—La gente se va distanciando —dijo el señor Bankes, sintiéndose sin embargo algo satisfecho cuando pensó que, después de todo, conocía tanto a los Manning como a los Ramsay. Él no se había distanciando, pensó, dejando la cuchara y limpiándose los labios pulcramente. Aunque quizá era bastante inusual en esto, pensó; nunca se dejaba encasillar. Tenía amigos en todos los círculos... La señora Ramsay tuvo que interrumpirse aquí para decirle algo a la criada sobre mantener la comida caliente. Por eso prefería cenar solo. Todas esas interrupciones lo irritaban. Bueno, pensó William Bankes, conservando un talante de exquisita cortesía y limitándose a extender los dedos de la mano izquierda sobre el mantel como el mecánico que examina una herramienta bellamente pulida y dispuesta para el uso en un intervalo de descanso, tales son los sacrificios que nos piden los amigos. Le habría dolido que se hubiera negado a venir. Pero no valía la pena para él. Mirando su mano pensó que si hubiera estado solo la cena ya habría terminado casi; habría sido libre para trabajar. Sí, pensó, es una pérdida de tiempo terrible. Los niños seguían entrando. «Me gustaría que uno de vosotros subiera al cuarto de Roger», decía la señora Ramsay. Qué trivial es todo, qué aburrido es todo, pensó, comparado con lo otro: el trabajo. Aquí estaba él tamborileando los dedos en el mantel cuando podría estar... echó una ojeada relámpago a su trabajo. ¡Qué pérdida de tiempo, en verdad! Y sin embargo, pensó, es una de mis amistades más antiguas. Me tengo por devoto a ella. Y sin embargo ahora, en este momento, su presencia no significaba absolutamente nada para él: su belleza no significaba nada para él; su estar sentada con su niño en la ventana: nada, nada. Solo quería estar solo y coger ese libro. Se sentía incómodo; se sentía desleal, por poder estar sentado a su lado y no

sentir nada por ella. La verdad era que no le gustaba la vida en familia. Era en este tipo de estado cuando uno se preguntaba: ¿Para qué vive uno? ¿Por qué, se preguntaba uno, se toma uno todas estas molestias para que la raza humana siga? ¿Es realmente algo deseable? ¿Somos atractivos como especie? No mucho, pensó, mirando a esos chicos bastante descuidados. Su favorita, Cam, estaba en la cama, supuso. Preguntas necias, preguntas vanas, preguntas que uno nunca se hace si está ocupado. ¿Es la vida humana esto? ¿Es la vida humana aquello? Nunca se tenía tiempo de pensarlo. Pero aquí estaba haciéndose esa clase de preguntas, porque la señora Ramsay daba órdenes a los criados, y también porque se le había ocurrido, al pensar en cuánto le sorprendía a la señora Ramsay que Carrie Manning siguiera existiendo, que las amistades, incluso las mejores, son cosas frágiles. Uno se va distanciando. Se reprendió de nuevo. Estaba sentado junto a la señora Ramsay y no tenía absolutamente nada que decirle.

—Lo siento mucho —dijo la señora Ramsay, volviéndose hacia él al fin. Él se sentía rígido y árido, como un par de botas que se han mojado y se han secado de tal modo que apenas se puede meter los pies en ellas. Y sin embargo había que meterse los pies. Tenía que obligarse a hablar. A menos que tuviera mucho cuidado, ella descubriría esa deslealtad suya; que ella no le importaba en absoluto, y eso no sería nada agradable, pensó. Así que inclinó la cabeza cortésmente en su dirección.

—Cuánto debe de detestar cenar en este gallinero —dijo ella, recurriendo, como hacía cuando estaba distraída, a sus modales de sociedad. Así pues, cuando hay un barullo de voces en alguna reunión, el presidente, para lograr la unidad, sugiere que todo el mundo hable en francés. Quizá sea un francés malo; el francés quizá no contenga las palabras que expresan los pensamientos del hablante; sin embargo hablar en francés impone cierto orden, cierta uniformidad. Respondiendo en el mismo idioma, el señor Bankes dijo: «No, en absoluto», y el señor Tansley, que no conocía ese idioma, aunque hablara en palabras de una sola sílaba, sospechó enseguida su insinceridad. Decían sandeces, pensó, los Ramsay; y se abalanzó sobre este nuevo ejemplo con regocijo, tomando nota que algún día leería en voz alta, a uno o dos amigos. Allí, en una reunión donde uno podía decir lo que quería, describiría sarcásticamente «quedarse con los Ramsay» y las sandeces que decían. Valía la pena hacerlo una vez, diría; pero no repetirlo. Las mujeres aburrían a uno tanto, diría. Por supuesto Ramsay se había arruinado

casándose con una mujer hermosa y teniendo ocho hijos. Tomaría algo así esa forma, pero ahora, en este momento, sentado allí con una silla vacía a su lado, nada había tomado ninguna forma todavía. Todo estaba en pedazos y fragmentos. Se sentía extremadamente incómodo, incluso físicamente. Quería que alguien le diera la oportunidad de afirmarse. Lo quería con tal urgencia que se agitaba en la silla, miraba a esta persona, luego a aquella, intentaba introducirse en la conversación, abría la boca y la cerraba de nuevo. Estaban hablando de la industria pesquera. ¿Por qué nadie le pedía su opinión? ¿Qué sabían ellos de la industria pesquera?

Lily Briscoe lo sabía todo. Sentada enfrente de él, ¿no podía ver, como en una radiografía, las costillas y los huesos del muslo del joven en su deseo de imponerse, oscuros en la niebla de su carne; esa niebla tenue que la convención había tendido sobre su ardiente deseo de irrumpir en la conversación? Pero, pensó, entornando sus ojos chinos y recordando cómo se había burlado de las mujeres: «no saben pintar, no saben escribir», ¿por qué habría de ayudarle a desahogarse?

Hay un código de conducta, sabía, cuyo séptimo artículo (puede ser) dice que en ocasiones de este tipo incumbe a la mujer, sea cual sea su propia ocupación, ir en ayuda del joven de enfrente para que pueda exponer y aliviar los huesos del muslo, las costillas de su vanidad, de su urgente deseo de afirmarse; como en efecto es su deber, reflexionó, con su anticuada imparcialidad de solterona, ayudarnos, supongamos que el metro empezara a arder. Entonces, pensó, ciertamente esperaríamos que el señor Tansley me sacara. Pero ¿cómo sería, pensó, que ninguno de los dos hiciera ninguna de esas cosas? Y se quedó sentada ahí sonriendo.

—Usted no piensa ir al faro, ¿verdad, Lily? —dijo la señora Ramsay—. Recuerde al pobre señor Langley; había dado la vuelta al mundo docenas de veces, pero me dijo que nunca sufrió como cuando mi marido lo llevó allí. ¿Es usted buen marinerero, señor Tansley? —preguntó.

El señor Tansley levantó un martillo, lo blandió bien alto; pero comprendiendo, según descendía, que no podía aplastar a esa mariposa con semejante instrumento, dijo solo que nunca había estado mareado en su vida. Pero en esa sola frase yacía comprimido, como pólvora, que su abuelo era pescador; su padre, farmacéutico; que se había abierto camino él solo por completo; que estaba orgulloso de ello; que era Charles Tansley: un hecho

que nadie allí parecía reconocer; pero algún día todo el mundo lo sabría. Miró al frente con ceño. Casi podía compadecerse de esa gente apacible y cultivada, que sería volada por los aires, como fardos de lana y barriles de manzanas, algún día por la pólvora que había en él.

—¿Me llevará usted, señor Tansley? —dijo Lily, de prisa, con amabilidad; pues, desde luego, si la señora Ramsay le decía, como en efecto le decía: «Me estoy ahogando, querida, en mares de fuego. A menos que apliques algún bálsamo a la angustia de esta hora y le digas algo amable a ese joven de allí, la vida se estrellará contra las rocas: de hecho oigo el raspar y el rugir ahora mismo. Mis nervios están tirantes como cuerdas de violín. Otro toque y se romperán»; cuando la señora Ramsay decía todo eso, como lo decía la mirada de sus ojos, por supuesto, por centésimo quincuagésima vez, Lily Briscoe tuvo que renunciar al experimento —qué pasa si uno no es amable con ese joven de allí— y ser amable.

Juzgando correctamente el giro de su humor —que era amigable con él ahora—, se vio aliviado de su egoísmo y le contó cómo lo habían tirado de un bote cuando era un bebé; cómo su padre lo pescaba con un bichero; así fue como había aprendido a nadar. Uno de sus tíos guardaba el faro de alguna roca frente a la costa escocesa, dijo. Había estado allí con él en una tormenta. Esto lo dijo en voz alta en una pausa. Todos tuvieron que escucharle cuando dijo que había estado con su tío en un faro en una tormenta. Ah, pensó Lily Briscoe, cuando la conversación tomó este giro auspicioso y sintió la gratitud de la señora Ramsay (pues la señora Ramsay era libre ahora de hablar por un momento), ah, pensó, ¿pero cuánto no he pagado para conseguírtelo? No había sido sincera.

Había recurrido al truco habitual: ser amable. Nunca lo conocería. Él nunca la conocería. Las relaciones humanas eran todas así, pensó, y las peores (si no hubiera sido por el señor Bankes) eran las que había entre hombres y mujeres. Inevitablemente estas eran sumamente insinceras, pensó. Luego su ojo se posó en el salero, que había puesto allí para recordárselo, y recordó que a la mañana siguiente movería el árbol más hacia el centro, y su ánimo se alzó tanto al pensar en pintar mañana que se echó a reír en voz alta de lo que el señor Tansley estaba diciendo. Que hablara toda la noche si quería.

—Pero ¿cuánto tiempo dejan a los hombres en un faro? —preguntó. Él se lo dijo. Estaba asombrosamente bien informado. Y como era agradecido, y como ella le caía bien, y como estaba empezando a disfrutar, así pues, pensó la señora Ramsay, podía volver a ese país de los sueños, ese lugar irreal pero fascinante, el salón de los Manning en Marlow, veinte años atrás; donde uno se movía sin prisa ni ansiedad, pues no había futuro del que preocuparse. Sabía lo que les había ocurrido a ellos, lo que le había ocurrido a ella. Era como volver a leer un buen libro, pues conocía el final de esa historia, ya que había ocurrido veinte años atrás, y la vida, que brotaba incluso desde esta mesa del comedor en cascadas hacia el cielo sabe dónde, estaba sellada allí, y yacía, como un lago, plácidamente entre sus orillas. Él dijo que habían construido una sala de billar: ¿era posible? ¿Seguiría William hablando de los Manning? Ella quería que lo hiciera. Pero no: por alguna razón ya no estaba de humor. Lo intentó. Él no respondió. No podía forzarlo. Se sintió decepcionada.

—Los niños son vergonzosos —dijo, suspirando. Él dijo algo sobre la puntualidad como una de las virtudes menores que no adquirimos hasta más adelante en la vida.

—Si acaso —dijo la señora Ramsay simplemente para llenar el silencio, pensando en lo solterón que se estaba volviendo William. Consciente de su deslealtad, consciente de su deseo de hablar de algo más íntimo, aunque no de humor para ello en ese momento, sintió caer sobre él el desagrado de la vida, sentado allí, esperando. ¿Quizá los demás estaban diciendo algo interesante? ¿Qué decían?

Que la temporada de pesca había sido mala; que los hombres emigraban. Hablaban de salarios y desempleo. El joven estaba criticando al gobierno. William Bankes, pensando qué alivio era aferrarse a algo de ese tipo cuando la vida privada resultaba desagradable, le oyó decir algo sobre «uno de los actos más escandalosos del gobierno actual». Lily escuchaba; la señora Ramsay escuchaba; todos escuchaban. Pero ya aburrida, Lily sentía que faltaba algo; el señor Bankes sentía que faltaba algo. Ajustándose el chal alrededor, la señora Ramsay sentía que faltaba algo. Todos ellos inclinándose para escuchar pensaban: «Que el Cielo quiera que el interior de mi mente no quede al descubierto», pues cada uno pensaba: «Los demás sienten esto. Están indignados con el gobierno por los pescadores. Mientras que yo no siento nada en absoluto.» Pero quizá, pensó el señor Bankes mientras

miraba al señor Tansley, este sea el hombre. Uno siempre estaba esperando al hombre. Siempre había una oportunidad. En cualquier momento podía surgir el líder; el hombre de genio, en política como en cualquier otra cosa. Probablemente les resultará muy desagradable a nosotros los viejos caducos, pensó el señor Bankes, haciendo todo lo posible por ser comprensivo, pues sabía por alguna curiosa sensación física, como de nervios erectos en la espalda, que sentía celos, por sí mismo en parte, en parte más probablemente por su trabajo, por su punto de vista, por su ciencia; y por tanto no era del todo imparcial ni completamente justo, pues el señor Tansley parecía decir: Habéis malgastado vuestras vidas. Todos estáis equivocados. Pobres viejos caducos, estáis irremisiblemente anticuados. Parecía ser bastante engreído, este joven; y sus modales eran malos. Pero el señor Bankes se obligó a observar que tenía valor; tenía capacidad; estaba extraordinariamente al tanto de los hechos. Probablemente, pensó el señor Bankes, mientras Tansley criticaba al gobierno, hay mucho de verdad en lo que dice.

—Cuénteme... —dijo. Así que discutieron sobre política, y Lily miró la hoja en el mantel; y la señora Ramsay, dejando el debate enteramente en manos de los dos hombres, se preguntaba por qué la aburría tanto esa conversación, y deseaba, mirando a su marido al otro extremo de la mesa, que dijera algo. Una palabra, se dijo. Pues si él decía algo, todo cambiaría. Él iba al meollo de las cosas. Le importaban los pescadores y sus salarios. No podía dormir pensando en ellos. Era completamente diferente cuando él hablaba; entonces uno no sentía: que el Cielo quiera que no veas lo poco que me importa, porque sí le importaba. Entonces, dándose cuenta de que era porque lo admiraba tanto que esperaba que hablara, sintió como si alguien hubiera estado elogiando a su marido y a su matrimonio, y se iluminó toda sin darse cuenta de que era ella misma quien lo había elogiado. Lo miró esperando encontrar esto en su cara; parecería magnífico... ¡Pero ni mucho menos! Estaba arrugando la cara, frunciendo el ceño, enrojeciendo de ira. ¿De qué demonios se trataba? se preguntó. ¿Qué podía ser? Solo que el pobre Augustus había pedido otro plato de sopa: nada más. Era impensable, era detestable (así le indicaba a ella desde el otro extremo de la mesa) que Augustus estuviera empezando su sopa de nuevo. Odiaba ver a la gente comer cuando él había terminado. Vio su ira volar como una jauría de perros a sus ojos, a su frente, y supo que en un momento algo violento estallaría, y luego — ¡gracias a Dios! lo vio agarrarse y poner freno a la rueda, y todo su cuerpo parecía emitir chispas pero no palabras. Allí estaba sentado

con el ceño fruncido. No había dicho nada, quería que ella observara. ¡Que le concediera ese mérito! Pero ¿por qué, después de todo, no podía el pobre Augustus pedir otro plato de sopa? Solo había tocado el brazo de Ellen y dicho:

—Ellen, por favor, otro plato de sopa —y entonces el señor Ramsay había fruncido el ceño así.

¿Y por qué no?, demandó la señora Ramsay. Podían dejar que Augustus tomara su sopa si la quería. Odiaba ver a la gente revolcándose en la comida, frunció el ceño el señor Ramsay hacia ella. Odiaba que todo se prolongara durante horas así. Pero se había controlado, el señor Ramsay quería que ella observara, por asqueroso que fuera el espectáculo. Pero ¿por qué demostrarlo tan abiertamente?, demandó la señora Ramsay (se miraron el uno al otro a lo largo de la mesa enviándose estas preguntas y respuestas, sabiendo cada uno exactamente lo que el otro sentía). Todo el mundo podía verlo, pensó la señora Ramsay. Allí estaba Rose mirando fijamente a su padre, allí Roger mirando fijamente a su padre; los dos estallarían en carcajadas al momento siguiente, lo sabía, y así que dijo enseguida (era en efecto el momento):

—Encended las velas —y ellos se levantaron de un salto y fueron a rebuscar en el aparador.

¿Por qué nunca podía disimular sus sentimientos?, se preguntó la señora Ramsay, y se preguntó si Augustus Carmichael se había dado cuenta. Quizá sí; quizá no. No podía evitar respetar la compostura con que estaba sentado, bebiendo su sopa. Si quería sopa, pedía sopa. Tanto si la gente se reía de él como si se enfadaba con él, era el mismo. No le gustaba ella, lo sabía; pero en parte precisamente por eso lo respetaba, y mirándolo, bebiendo la sopa, muy grande y sereno en la luz menguante, monumental y contemplativo, se preguntó qué sentía entonces, y por qué estaba siempre tan sosegado y digno; y pensó en lo devotamente que se entregaba a Andrew, y cómo lo llamaría a su cuarto, y Andrew decía que «le mostraba cosas». Y allí estaría tumbado todo el día en el jardín, ensimismado presumiblemente en su poesía, hasta que recordaba al gato vigilando pájaros, y luego juntaba las patas cuando encontraba la palabra, y su marido decía: «El pobre Augustus, es un verdadero poeta», que era un gran elogio viniendo de su marido.

Ahora habían colocado ocho velas a lo largo de la mesa, y tras el primer tambaleo las llamas se mantuvieron erguidas y arrastraron con ellas a la visibilidad la mesa entera, y en el centro una fuente amarilla y morada de fruta. ¿Qué había hecho con ella?, se preguntó la señora Ramsay; pues la composición de Rose con las uvas y las peras, con el cuerno rosado y brillante por dentro, con los plátanos, le hizo pensar en un trofeo sacado del fondo del mar, en el festín de Neptuno, en el racimo que cuelga con hojas de vid del hombro de Baco (en algún cuadro), entre las pieles de leopardo y las antorchas bailando en rojo y dorado... Así traído de golpe a la luz parecía de gran tamaño y profundidad, era como un mundo por el que uno podría coger su bastón y escalar montes, pensó, y bajar a valles; y para su placer (pues los unía en simpatía por un momento) vio que Augustus también recreaba los ojos en el mismo plato de fruta, se sumergía en él, arrancaba una flor aquí, un fleco allá, y regresaba, tras el festín, a su colmena. Ese era su modo de mirar, diferente al de ella. Pero mirar juntos los unía.

Ahora todas las velas estaban encendidas, y los rostros a ambos lados de la mesa se acercaron con la luz de las velas, y se organizaron, como no lo habían estado en el crepúsculo, en una reunión alrededor de una mesa; pues la noche quedaba ya fuera, al otro lado de los cristales que, lejos de ofrecer ninguna visión exacta del mundo exterior, lo ondeaban de manera tan extraña que aquí, dentro de la habitación, parecía haber orden y tierra firme; allí, fuera, un reflejo en el que las cosas oscilaban y se desvanecían, acuosamente.

Algo cambió de pronto en todos ellos, como si esto hubiera ocurrido realmente, y todos fueran conscientes de formar una reunión juntos en un hueco, en una isla; con su causa común frente a esa fluidez de fuera. La señora Ramsay, que había estado inquieta, esperando que llegaran Paul y Minta, incapaz, sentía, de centrarse en las cosas, notó cómo su inquietud se transformaba en expectación. Pues ahora tenían que llegar; y Lily Briscoe, intentando analizar la causa de la súbita exaltación, la comparó con ese momento en la pista de tenis cuando la solidez desapareció de pronto y se abrieron tales espacios vastos entre ellos; y ahora el mismo efecto lo producían las muchas velas en la habitación escasamente amueblada, y las ventanas sin cortinas, y el aspecto brillante de máscara de los rostros vistos a la luz de las velas. Se les había quitado algún peso; podía ocurrir cualquier cosa, sentía. Tienen que llegar ahora, pensó la señora Ramsay, mirando la puerta, y

en ese instante, Minta Doyle, Paul Rayley y una criada llevando en las manos una enorme fuente entraron juntos. Llegaban terriblemente tarde; llegaban horriblemente tarde, dijo Minta, mientras encontraban sus sitios en los extremos de la mesa.

—He perdido mi broche: el broche de mi abuela —dijo Minta con un tono de lamento en la voz y algo como un rubor en sus grandes ojos castaños, mirando hacia abajo, mirando hacia arriba, mientras se sentaba junto al señor Ramsay, lo cual despertó su caballerosidad de tal modo que le tomó el pelo.

¿Cómo podía ser tan tonta, preguntó, como para ir saltando entre las rocas con joyas?

Ella tenía fama de temerle: era tan terriblemente listo, y la primera noche en que había estado sentada a su lado, y él habló de George Eliot, había tenido verdadero miedo, pues había dejado el tercer volumen de *Middlemarch* en el tren y nunca supo qué pasaba al final; pero después se entendieron perfectamente, y se hizo parecer aún más ignorante de lo que era, porque a él le gustaba decirle que era tonta. Y así esta noche, en cuanto se rio de ella, no tuvo miedo. Además sabía, en cuanto entró en la habitación, que había ocurrido el milagro; llevaba su resplandor dorado. A veces lo tenía; a veces no. Nunca sabía por qué venía ni por qué se iba, ni si lo tenía, hasta que entraba en la habitación y entonces lo sabía al instante por la manera en que algún hombre la miraba. Sí, esta noche lo tenía tremendamente; lo sabía por la manera en que el señor Ramsay le decía que no fuera tonta. Estaba sentada a su lado, sonriendo.

Entonces debió de ocurrir, pensó la señora Ramsay; están prometidos. Y por un momento sintió lo que nunca esperaba volver a sentir: celos. Pues él, su marido, lo sentía también —el resplandor de Minta—; le gustaban esas chicas, esas chicas de oro rojizo, con algo que volaba, algo un poco salvaje y atolondrado en ellas, que no se «recogían el pelo», que no eran, como él decía de la pobre Lily Briscoe, «... enclenques». Había cierta cualidad que ella misma no tenía, cierto lustre, cierta riqueza, que lo atraía, lo divertía, le hacía tener predilección por chicas como Minta. Podían cortarle el pelo, trenzarle cadenas para el reloj, o interrumpirlo en su trabajo, llamándolo (los oía): «Venga, señor Ramsay; ahora nos toca ganar a nosotros», y él salía a jugar al tenis.

Pero en realidad no tenía celos, solo, de vez en cuando, cuando se obligaba a mirarse en el espejo, cierto resentimiento porque había envejecido, quizá, por su propia culpa. (La factura del invernadero y todo lo demás.) Les estaba agradecida por reírse de él. («¿Cuántas pipas ha fumado hoy, señor Ramsay?», y así sucesivamente), hasta que parecía un hombre joven; un hombre muy atractivo para las mujeres, sin cargas, sin el peso de la grandeza de sus esfuerzos y las tristezas del mundo y su fama o su fracaso, sino de nuevo tal como lo había conocido por primera vez: enjuto pero gallardo; ayudándola a bajar de un bote, recordaba; con maneras encantadoras, como esa (lo miró, y parecía asombrosamente joven, tomándole el pelo a Minta). Para ella: «Déjelo ahí», dijo, ayudando a la chica suiza a colocar con cuidado ante ella la enorme cazuela marrón en que estaba el buey a la borgoñona; en cuanto a su propia parte, a ella le gustaban los pánfilos. Paul tenía que sentarse junto a ella. Le había guardado un sitio. En realidad, a veces pensaba que le gustaban más los pánfilos. No abrumaban a uno con sus tesis. Qué cosas se perdían, después de todo, esos hombres tan listos. Qué secos se volvían, a decir verdad. Había algo, pensó mientras él se sentaba, muy encantador en Paul. Sus modales le resultaban deliciosos, y su nariz de perfiles nítidos y sus vivos ojos azules. Era tan considerado. ¿Le diría —ahora que todos hablaban de nuevo— qué había pasado?

— Volvimos a buscar el broche de Minta — dijo, sentándose junto a ella. «Volvimos»: eso bastaba. Supo por el esfuerzo, el ascenso de su voz para superar una palabra difícil, que era la primera vez que decía «volvimos». «Hicimos esto, hicimos aquello.» Lo dirán toda la vida, pensó, y un aroma exquisito de aceitunas y aceite y jugo se alzó de la gran fuente marrón cuando Marthe, con un pequeño gesto de presentación, levantó la tapadera. La cocinera había tardado tres días en hacer ese plato. Y debía tener mucho cuidado, pensó la señora Ramsay, hurgando en la masa suave, de elegir un trozo especialmente tierno para William Bankes. Y escudriñó en la fuente, con sus paredes brillantes y su confusión de carnes sabrosas marrones y amarillas, la hoja de laurel y el vino, y pensó: Esto celebrará la ocasión; una extraña sensación surgía en ella, a la vez caprichosa y tierna, de celebrar una festividad, como si dos emociones se despertaran en ella: una profunda —pues ¿qué podía ser más serio que el amor del hombre por la mujer, qué más imperioso, más imponente, llevando en su seno las semillas de la muerte?—; al mismo tiempo, a estos amantes, a estas personas que entraban

en el deslumbramiento con ojos relucientes, había que hacerles la ronda con burla, adornados con guirnaldas.

—Es un triunfo —dijo el señor Bankes, dejando el cuchillo un momento. Lo había comido atentamente. Era rico; era tierno. Estaba perfectamente cocinado. ¿Cómo se las arreglaba con estas cosas en lo profundo del campo? le preguntó. Era una mujer maravillosa. Todo su amor, toda su reverencia, habían vuelto; y ella lo sabía.

—Es una receta francesa de mi abuela —dijo la señora Ramsay, con un tono de gran placer en la voz. Por supuesto que era francesa. Lo que pasa por cocina en Inglaterra es una abominación (convinieron). Es poner coles en agua. Es asar la carne hasta que queda como cuero. Es pelar las preciosas pieles de las verduras. «En las que», dijo el señor Bankes, «reside toda la virtud del vegetal.» Y el desperdicio, dijo la señora Ramsay. Una familia francesa entera podría vivir de lo que tira una cocinera inglesa. Espoleada por su sensación de que el afecto de William había vuelto hacia ella, y de que todo estaba bien de nuevo, y de que su angustia había terminado, y de que ahora era libre tanto de triunfar como de burlarse, reía, gesticulaba, hasta que Lily pensó: Qué infantil, qué absurda es, allí sentada con toda su belleza abierta de nuevo en ella, hablando sobre las pieles de las verduras. Había algo aterrador en ella. Era irresistible. Siempre se salía con la suya al final, pensó Lily. Ahora había conseguido esto: Paul y Minta, podría suponerse, estaban prometidos. El señor Bankes cenaba aquí. Imponía un hechizo sobre todos ellos, con sus deseos, tan sencillos, tan directos, y Lily contrastó esa abundancia con su propia pobreza de espíritu, y supuso que era en parte esa creencia (pues su cara estaba toda iluminada, sin parecer joven, parecía radiante) en esta cosa extraña, aterradora, lo que hacía que Paul Rayley, sentado a su lado, estuviera todo tembloroso, y sin embargo abstraído, absorto, en silencio. La señora Ramsay, sentía Lily, mientras hablaba de las pieles de las verduras, exaltaba eso, lo adoraba; extendía las manos sobre ello para calentarlas, para protegerlo, y sin embargo, habiéndolo propiciado todo, de algún modo reía, llevaba a sus víctimas, sentía Lily, al altar. También le llegó a ella ahora —la emoción, la vibración del amor. ¡Qué insignificante se sentía junto a Paul! Él, resplandeciente, ardiendo; ella, distante, irónica; él, lanzado a la aventura; ella, amarrada a la orilla; él, lanzado, imprudente; ella, solitaria, excluida; y, dispuesta a implorar una parte, si era desastre, en su desastre, dijo tímidamente:

—¿Cuándo perdió Minta el broche?

Él sonrió la sonrisa más exquisita, velada por el recuerdo, teñida por los sueños. Sacudió la cabeza. «En la playa», dijo.

—Voy a encontrarlo —dijo—. Me levantaré pronto. —Manteniéndolo en secreto frente a Minta, bajó la voz y volvió los ojos hacia donde ella estaba sentada, riendo, junto al señor Ramsay.

Lily quería protestar violenta y escandalosamente su deseo de ayudarle, imaginando cómo al alba en la playa ella sería quien se abalanzara sobre el broche medio oculto bajo alguna piedra, y así quedar incluida entre los marineros y aventureros. Pero ¿qué respondió a su ofrecimiento? Ella dijo en realidad con una emoción que rara vez dejaba aflorar: «Déjeme ir con usted», y él se rio. Quería decir sí o no: quizá cualquiera de los dos. Pero no era su significado: era la extraña risita que soltó, como si hubiera dicho: Tírate por el acantilado si quieres, me da igual. Hizo girar sobre su mejilla el calor del amor, su horror, su crueldad, su falta de escrúpulos. La abrasó, y Lily, mirando a Minta, encantadora con el señor Ramsay al otro extremo de la mesa, se estremeció por ella expuesta a esos colmillos, y se sintió agradecida. Pues en todo caso, se dijo, viendo el salero en el dibujo, ella no tenía que casarse, gracias a Dios: no tenía que someterse a esa degradación. Estaba a salvo de esa dilución. Movería el árbol un poco más hacia el centro.

Tal era la complejidad de las cosas. Pues lo que le ocurría a ella, especialmente quedándose con los Ramsay, era sentirse obligada a sentir violentamente dos cosas opuestas al mismo tiempo; eso es lo que tú sientes, era una; eso es lo que yo siento, era la otra, y luego luchaban entre sí en su mente, como ahora. Es tan hermoso, tan apasionante, este amor, que tiemblo al borde de él, y ofrezco, contra toda mi costumbre, ir a buscar un broche en una playa; también es la más estúpida, la más bárbara de las pasiones humanas, y convierte a un joven agradable con un perfil como una piedra preciosa (el de Paul era exquisito) en un matón con una palanca (era jactancioso, era insolente) en la calle Mile End. Y sin embargo, se dijo, desde los albores de los tiempos se han cantado odas al amor; se han amontonado coronas y rosas; y si preguntabas a nueve de cada diez personas dirían que no querían nada más que esto: el amor; mientras que las mujeres, a juzgar por su propia experiencia, estarían sintiendo todo el tiempo: Esto no es lo que queremos; no hay nada más tedioso, pueril e inhumano que esto; y sin embargo tam-

bién es hermoso y necesario. ¿Entonces, entonces qué?, preguntó, esperando de algún modo que los demás continuaran con el argumento, como si en una discusión como esta uno lanzara su propio proyectil que caía corto evidentemente y dejaba a los demás que siguieran. Así que escuchó de nuevo lo que decían por si arrojaban alguna luz sobre la cuestión del amor.

—Luego —dijo el señor Bankes—, está el líquido que los ingleses llaman café.

—¡Oh, el café! —dijo la señora Ramsay. Pero era mucho más bien una cuestión (estaba perfectamente exaltada, podía ver Lily, y hablaba muy enfáticamente) de buena mantequilla y leche limpia. Hablando con calor y elocuencia, describió la iniquidad del sistema lechero inglés, y en qué estado se entregaba la leche en la puerta, y estaba a punto de demostrar sus cargos, pues había investigado el asunto, cuando alrededor de la mesa, comenzando por Andrew en el centro, como fuego saltando de mata en mata de argoma, sus hijos se rieron; su marido se rio; fue rodeada de risas, rodeada de fuego, y obligada a bajar la cresta, desmontar sus baterías, y limitarse a desquitarse presentando el sarcasmo y la burla de la mesa al señor Bankes como ejemplo de lo que uno sufría si atacaba los prejuicios del Público Británico.

No obstante, a propósito, pues le tenía presente que Lily, que la había ayudado con el señor Tansley, estaba al margen, la eximió de los demás; dijo «Lily al menos está de acuerdo conmigo», y así la introdujo, un poco agitada, un poco sorprendida. (Pues estaba pensando en el amor.) Las dos estaban al margen, había estado pensando la señora Ramsay, tanto Lily como Charles Tansley. Las dos sufrían por el resplandor de los otros dos. Él, evidentemente, se sentía completamente al frío; ninguna mujer lo miraría con Paul Rayley en la habitación. ¡Pobre hombre! Aun así tenía su tesis, la influencia de alguien en algo: podía cuidarse solo. Con Lily era diferente. Se desvanecía bajo el resplandor de Minta; se volvía más inadvertida que nunca, con su vestidito gris y su carita fruncida y sus ojillos chinos. Todo en ella era tan pequeño. Y sin embargo, pensó la señora Ramsay, comparándola con Minta, según reclamaba su ayuda (pues Lily debería secundarla en que no hablaba más de sus lecherías de lo que su marido hablaba de sus botas: hablaría horas y horas sobre sus botas) de las dos, Lily a los cuarenta sería la mejor. Había en Lily un hilo de algo; una llamarada de algo; algo propio de ella que a la señora Ramsay le gustaba mucho, pero

que a ningún hombre le gustaría, le temía. Obviamente que no, a menos que fuera un hombre mucho mayor, como William Bankes. Pero entonces él se preocupaba, bueno, la señora Ramsay pensaba a veces que se preocupaba, desde la muerte de su esposa, quizá por ella. No estaba «enamorado» desde luego; era una de esas afecciones sin clasificar de las que hay tantas. Oh, pero tonterías, pensó; William tiene que casarse con Lily. Tienen tantas cosas en común. A Lily le gustan tanto las flores. Los dos son fríos y distantes y bastante autosuficientes. Tenía que arreglar que dieran un largo paseo juntos.

Neciamente, los había colocado uno enfrente del otro. Eso podía remediarse mañana. Si hacía buen tiempo, irían de picnic. Todo parecía posible. Todo parecía bien. Justo ahora (pero esto no puede durar, pensó, separándose del momento mientras todos hablaban de botas) justo ahora había alcanzado la seguridad; se cernía como un halcón suspendido; como una bandera flotaba en un elemento de alegría que llenaba cada nervio de su cuerpo plena y dulcemente, no ruidosamente, más bien solemnemente, pues surgía, pensó, mirándolos a todos comer allí, del marido y los hijos y los amigos; todo lo cual, alzándose en esa quietud profunda (estaba sirviendo a William Bankes un trocito más, muy pequeño, y escudriñaba las profundidades de la cazuela de barro) parecía ahora, sin razón especial, quedarse allí como humo, como un vaho ascendente, sosteniéndolos seguros juntos. No hacía falta decir nada; no se podía decir nada. Allí estaba, alrededor de todos ellos. Participaba, sentía, sirviendo cuidadosamente al señor Bankes un trozo especialmente tierno, de la eternidad; tal como ya había sentido en alguna otra cosa antes esa misma tarde; hay una coherencia en las cosas, una estabilidad; algo, quería decir, es inmune al cambio, y brilla (miró la ventana con su ondulación de luces reflejadas) en la cara de lo que fluye, de lo fugaz, de lo espectral, como un rubí; de modo que esta noche volvía a tener la sensación que ya había tenido una vez hoy, de paz, de reposo. De tales momentos, pensó, está hecha la cosa que perdura.

— Sí — le aseguró a William Bankes —, hay suficiente para todos.

— Andrew — dijo —, baja el plato o lo derramaré. — (El buey a la borgoñona fue un triunfo perfecto.) Aquí, sintió, dejando la cuchara, estaba el espacio quieto que yace en el corazón de las cosas, donde uno podía moverse o descansar; podía esperar ahora (todos estaban servidos) escuchando; podía luego, como un halcón que se desprende de pronto de su alto puesto,

planear y descender en la risa fácilmente, apoyando todo su peso en lo que al otro extremo de la mesa su marido decía sobre la raíz cuadrada de mil doscientos cincuenta y tres. Ese era el número, al parecer, de su reloj.

¿Qué significaba todo eso? Hasta ese día no tenía la menor idea. ¿Una raíz cuadrada? ¿Qué era eso? Sus hijos lo sabían. Se apoyaba en ellos; en cubos y raíces cuadradas; de eso hablaban ahora; de Voltaire y Madame de Staël; del carácter de Napoleón; del sistema francés de tenencia de tierras; de lord Rosebery; de las Memorias de Creevey: dejaba que la sostuviera y la sustentara, esa admirable estructura de la inteligencia masculina que subía y bajaba, cruzaba en una dirección y en otra, como vigas de hierro que abarcan el tejido oscilante, sosteniendo el mundo, de modo que podía confiar enteramente en ella, incluso cerrar los ojos, o parpadear un momento, como un niño que tumbado en su almohada guiña el ojo ante las innumerables capas de las hojas de un árbol. Luego se despertó. Seguía fabricándose. William Bankes estaba elogiando las novelas de Waverley.

Las leía una cada seis meses, dijo. ¿Y por qué debía eso poner furioso a Charles Tansley? Se precipitó (todo, pensó la señora Ramsay, porque Prue no es amable con él) y arremetió contra las novelas de Waverley sin saber nada de ello, absolutamente nada, pensó la señora Ramsay, observándolo más que escuchando lo que decía. Podía ver por sus modales cómo era: quería afirmarse, y siempre sería así con él hasta que tuviera su cátedra o se casara, y así no tener que estar siempre diciendo: «Yo, yo, yo». Pues eso era a lo que se reducía su crítica del pobre sir Walter, o quizá era de Jane Austen. «Yo, yo, yo.» Pensaba en sí mismo y en la impresión que estaba causando, podía saberlo por el sonido de su voz, y su énfasis y su incomodidad. El éxito le vendría bien. De todas formas habían vuelto a ponerse en marcha. Ahora no necesitaba escuchar. No podía durar, lo sabía; pero en ese momento sus ojos estaban tan claros que parecían recorrer la mesa desvelando a cada una de esas personas, sus pensamientos y sus sentimientos, sin esfuerzo, como una luz que se cuele bajo el agua de modo que sus ondulaciones y las cañas en ella y los pececillos equilibrándose, y la trucha silenciosa y repentina están todos iluminados, suspendidos y temblando. Así los veía; así los oía; pero cualquier cosa que dijeran tenía también esta calidad, como si lo que decían fuera como el movimiento de una trucha cuando al mismo tiempo uno puede ver la ondulación y los guijarros, algo a la derecha, algo a la izquierda; y el conjunto está unido; pues mientras en la

vida activa ella estaría recogiendo con red y separando una cosa de otra; diría que le gustaban las novelas de Waverley o que no las había leído; se urgía hacia adelante; ahora no decía nada. Por el momento, permanecía en suspenso.

— Ah, pero ¿cuánto tiempo crees que durará? — dijo alguien. Era como si tuviera antenas vibrando fuera de ella, que, interceptando ciertas frases, las imponían a su atención. Esta era una de ellas. Presentía peligro para su marido. Una pregunta así llevaría, casi con toda certeza, a que se dijera algo que le recordara su propio fracaso. Cuánto tiempo lo leerían a él: lo pensaría enseguida. William Bankes (que estaba completamente libre de toda semejante vanidad) se rio y dijo que no daba ninguna importancia a los cambios de moda. ¿Quién podía saber qué iba a durar, en literatura o en cualquier otra cosa?

— Disfrutemos de lo que disfrutamos — dijo. Su integridad le parecía a la señora Ramsay del todo admirable. Nunca parecía pensar ni por un momento: ¿Pero cómo me afecta esto? En cambio si se tenía el otro temperamento, que necesita alabanza, que necesita aliento, naturalmente uno empezaba (y ella sabía que el señor Ramsay estaba empezando) a inquietarse; a querer que alguien dijera: Oh, pero su obra durará, señor Ramsay, o algo así. Mostraba su inquietud bastante claramente ahora al decir, con cierta irritación, que en todo caso Scott (¿o era Shakespeare?) le duraría toda la vida. Lo dijo con irritación. Todo el mundo, pensó, se sentía un poco incómodo, sin saber por qué. Entonces Minta Doyle, cuyo instinto era fino, dijo con franqueza, absurdamente, que no creía que nadie disfrutara realmente leyendo a Shakespeare. El señor Ramsay dijo secamente (pero su mente se había apartado de nuevo) que muy poca gente lo disfrutaba tanto como decía. Pero, añadió, hay un mérito considerable en algunas de las obras de todas formas; y la señora Ramsay vio que por el momento todo iría bien; se reiría de Minta, y ella, veía la señora Ramsay, al percibir su extrema ansiedad sobre sí mismo, a su manera, se aseguraría de que lo atendieran, y lo alabaría, de algún modo u otro. Pero deseaba que no fuera necesario: quizá era culpa suya que lo fuera. De todos modos, era libre ahora de escuchar lo que Paul Rayley intentaba decir sobre los libros que uno había leído de niño. Duraban, decía. Había leído algo de Tolstói en el colegio. Había uno que siempre recordaba, pero había olvidado el nombre. Los nombres rusos eran imposibles, dijo la señora Ramsay. «Vronski», dijo Paul. Lo recordaba

porque siempre le parecía que era un nombre magnífico para un villano. «Vronski», dijo la señora Ramsay; «Oh, Anna Karénina», pero eso no los llevaba muy lejos; los libros no eran lo suyo. No, Charles Tansley los corregiría a los dos en un segundo sobre los libros, pero todo estaba tan mezclado con: ¿Digo lo correcto? ¿Causo buena impresión?, que al final uno sabía más de él que de Tolstói, mientras que lo que decía Paul era sobre la cosa, simplemente, no sobre sí mismo, nada más. Como toda la gente estúpida, también tenía cierta modestia, cierta consideración por lo que uno sentía, que, una vez de vez en cuando al menos, ella encontraba atractiva. Ahora no estaba pensando ni en sí mismo ni en Tolstói, sino en si ella tenía frío, si sentía corriente, si le gustaría una pera.

No, dijo, no quería una pera. En realidad había estado guardando el plato de fruta (sin darse cuenta) con celos, esperando que nadie lo tocara. Sus ojos habían estado recorriendo las curvas y sombras de la fruta, entre las ricas púrpuras de las uvas de la llanura, luego sobre el cresta córneo de la concha, poniendo un amarillo contra un morado, una forma curva contra una forma redonda, sin saber por qué lo hacía, ni por qué, cada vez que lo hacía, se sentía más y más serena; hasta que, ay, qué lástima que lo hicieran: una mano se extendió, tomó una pera, y estropeó todo. Con simpatía miró a Rose. Miró a Rose sentada entre Jasper y Prue. ¡Qué curioso que lo hiciera su propio hijo!

Qué curioso verlos sentados allí, en fila, sus hijos: Jasper, Rose, Prue, Andrew, casi en silencio, pero con alguna broma propia en marcha, adivinaba por el estremecimiento de sus labios. Era algo completamente aparte de todo lo demás, algo que guardaban para reírse en su propio cuarto. No era de su padre, esperaba. No, no lo creía. ¿De qué sería?, se preguntó, algo entristecida, pues le parecía que se reirían cuando ella no estuviera. Había todo aquello guardado detrás de esos rostros más bien fijos, quietos, de máscara, pues no se unían a las cosas fácilmente; eran como vigilantes, observadores, un poco elevados o separados de los adultos. Pero cuando miró a Prue esta noche, vio que esto ya no era del todo verdad de ella. Estaba empezando apenas, apenas moviéndose, apenas descendiendo. La luz más tenue estaba en su cara, como si el resplandor de Minta enfrente, alguna emoción, alguna anticipación de felicidad se reflejara en ella, como si el sol del amor de hombres y mujeres se alzara sobre el borde del mantel, y sin saber qué era se inclinara hacia él y lo saludara. Seguía mirando a Minta,

tímidamente, pero con curiosidad, de tal modo que la señora Ramsay miraba de una a otra y le decía a Prue en su mente: Serás tan feliz como ella algún día. Serás mucho más feliz, añadió, porque eres mi hija, quería decir; su propia hija debía ser más feliz que las hijas de los demás. Pero la cena había terminado. Era hora de irse. Solo jugaban con las cosas en sus platos. Esperaría hasta que terminaran de reírse de alguna historia que su marido estaba contando. Estaba haciendo una broma con Minta sobre una apuesta. Luego se levantaría.

Le gustaba Charles Tansley, pensó, de pronto; le gustaba su risa. Le gustaba por estar tan furioso con Paul y Minta. Le gustaba su torpeza. Había mucho en ese joven, después de todo. Y Lily, pensó, dejando la servilleta junto al plato, siempre tiene alguna broma propia. Nunca hay que preocuparse por Lily. Esperó. Metió la servilleta bajo el borde del plato. Bueno, ¿habían terminado ya? No. Esa historia había dado pie a otra. Su marido estaba de muy buen humor esta noche y, deseando, supuso, hacer las paces con el viejo Augustus después de la escena de la sopa, lo había incluido: estaban contando anécdotas de alguien que ambos habían conocido en la universidad. Miró la ventana en la que las llamas de las velas ardían más brillantemente ahora que los cristales estaban negros, y mirando eso desde fuera las voces le llegaban de manera muy extraña, como si fueran voces en un oficio en una catedral, pues no escuchaba las palabras. Los repentinos estallidos de risa, y luego una voz sola (la de Minta) hablando, le recordaban a hombres y niños recitando las palabras latinas de un oficio en alguna catedral católica. Esperó. Su marido habló. Estaba repitiendo algo, y ella supo que era poesía por el ritmo y el timbre de exaltación y melancolía en su voz:

Ven y sube por el camino del jardín, Luriana Lurilee.

La rosa de China está en plena flor y zumba con la abeja amarilla.

Las palabras (miraba la ventana) sonaban como si flotaran como flores sobre el agua allá afuera, separadas de todos ellos, como si nadie las hubiera dicho, sino que hubieran venido a la existencia por sí solas.

«Y todas las vidas que hemos vivido y todas las vidas por venir están llenas de árboles y hojas cambiantes.» No sabía qué significaban, pero, como la música, las palabras parecían ser habladas por su propia voz, fuera

de ella misma, diciendo con toda facilidad y naturalidad lo que había estado en su mente toda la noche mientras decía otras cosas. Sabía, sin mirar alrededor, que todos en la mesa escuchaban la voz que decía:

Me pregunto si te parece,

Luriana, Lurilee

con la misma clase de alivio y placer que ella tenía, como si esto fuera, por fin, lo natural que decir, como si esta fuera su propia voz hablando.

Pero la voz se detuvo. Miró alrededor. Se obligó a levantarse. Augustus Carmichael se había incorporado y, sosteniendo su servilleta de modo que parecía una larga túnica blanca, estaba recitando:

Ver pasar a los reyes cabalgando

por la pradera y el prado de margaritas

con sus palmas y sus ramas de cedro,

Luriana, Lurilee,

y al pasar ella, se volvió ligeramente hacia ella repitiendo las últimas palabras:

Luriana, Lurilee

y se inclinó ante ella como si le rindiera homenaje. Sin saber por qué, sintió que le gustaba más que nunca; y con una sensación de alivio y gratitud le devolvió la reverencia y pasó por la puerta que él le sostenía abierta.

Era necesario ahora llevar todo un paso más lejos. Con el pie en el umbral esperó un momento más en una escena que se desvanecía incluso mientras la miraba, y luego, al moverse y tomar el brazo de Minta y abandonar la habitación, esta cambió, tomó una forma diferente; se había convertido, sabía, dándole un último vistazo por encima del hombro, ya en el pasado.

XVIII

Como de costumbre, pensó Lily. Siempre había algo que había que hacer en ese preciso momento, algo que la señora Ramsay había decidido por razones propias hacer al instante: podía ser con todo el mundo de pie haciendo bromas, como ahora, sin poder decidir si iban al fumador, al salón, a las

buhardillas. Luego se veía a la señora Ramsay en medio de ese barullo, de pie con el brazo de Minta en el suyo, cavilando: «Sí, ha llegado el momento de aquello», y escapando enseguida con aire de secreto para hacer algo a solas. Y en cuanto se iba se producía una especie de desintegración; todo el mundo oscilaba, se iba por diferentes caminos; el señor Bankes tomó del brazo a Charles Tansley y se fueron a terminar en la terraza la discusión que habían comenzado en la cena sobre política, dando así un giro a todo el equilibrio de la velada, haciendo que el peso cayera en una dirección diferente, como si, pensó Lily, viéndolos irse y oyendo una palabra o dos sobre la política del Partido Laborista, hubieran subido al puente del barco y estuvieran tomando posiciones; el paso de la poesía a la política le golpeó así; y el señor Bankes y Charles Tansley se fueron, mientras los demás se quedaban mirando a la señora Ramsay que subía la escalera a la luz de la lámpara, sola. ¿Adónde, se preguntó Lily, iba con tanta prisa?

No es que de hecho corriera o se apresurara; iba en realidad bastante despacio. Se sentía inclinada, solo por un momento, a quedarse quieta después de toda esa cháchara, y entresacar una cosa concreta; la cosa que importaba; separarla; deslindarla; limpiarla de todas las emociones y los retales de las cosas, y así sostenerla ante sí, y llevarla al tribunal donde, reunidos en concilio, estaban sentados los jueces que ella había constituido para decidir estas cosas. ¿Es bueno, es malo, es correcto o incorrecto? ¿Adónde vamos todos?, y así sucesivamente. Y así se recuperó del impacto del evento, y muy inconscientemente e inapropiadamente, usó las ramas de los olmos de fuera para ayudarse a estabilizar su posición. Su mundo cambiaba: los árboles estaban quietos. El evento le había dado una sensación de movimiento. Todo debía estar en orden. Tenía que poner bien esto y aquello, pensó, aprobando instintivamente la dignidad de la quietud de los árboles, y ahora de nuevo el magnífico ascenso (como el espolón de un barco que sube una ola) de las ramas de los olmos cuando el viento las alzaba. Pues hacía viento (se detuvo un momento a mirar afuera). Hacía viento, de modo que las hojas a veces rozaban y dejaban ver una estrella, y las propias estrellas parecían temblar y lanzar destellos de luz e intentar brillar entre los bordes de las hojas. Sí, aquello estaba hecho entonces, consumado; y como con todas las cosas hechas, se volvía solemne. Al pensarlo ahora, limpio de cháchara y emoción, parecía que siempre había sido, solo que ahora se mostraba; y mostrándose así, hería todo en estabilidad. Volverían, pensó, siguiendo adelante, por mucho que vivieran, a esta noche; esta luna; este viento; esta

casa: y también a ella. La halagaba, donde era más susceptible de halago, pensar cómo, enredada en sus corazones, por mucho que vivieran, estaría tejida; y esto, y esto, y esto, pensó, subiendo las escaleras, riendo, pero con afecto, al sofá del rellano (de su madre); a la mecedora (de su padre); al mapa de las Hébridas. Todo eso se reviviría en la vida de Paul y Minta; «los Rayley»: probó el nombre nuevo; y sintió, con la mano en el pomo de la puerta del cuarto de los niños, esa comunidad de sentimiento con otras personas que da la emoción, como si los muros de separación se hubieran vuelto tan delgados que prácticamente (la sensación era de alivio y felicidad) todo era una sola corriente, y las sillas, las mesas, los mapas eran de ella, eran de ellos, no importaba de quién, y Paul y Minta lo seguirían cuando ella hubiera muerto.

Giró el pomo con firmeza, para que no crujiera, y entró, apretando ligeramente los labios, como para recordarse que no debía hablar en voz alta. Pero en cuanto entró vio, con fastidio, que la precaución era innecesaria. Los niños no estaban dormidos. Era sumamente molesto. Mildred debería ser más cuidadosa. Allí estaba James bien despierto y Cam sentada muy erguida, y Mildred fuera de la cama en los pies descalzos, y casi las once y todos hablando. ¿Qué pasaba? Era de nuevo ese horrible cráneo. Le había dicho a Mildred que lo moviera, pero Mildred, cómo no, se había olvidado, y ahora allí estaba Cam bien despierta, y James bien despierto riñendo cuando deberían haber estado dormidos hacía horas. ¿Qué le habría pasado a Edward para mandarles ese horrible cráneo? Había sido tan tonta de dejarlos clavarlo allí. Estaba clavado, dijo Mildred, y Cam no podía dormir con él en la habitación, y James gritaba si lo tocaban.

Entonces Cam tenía que dormir (tenía grandes cuernos, dijo Cam): dormir y soñar con palacios hermosos, dijo la señora Ramsay, sentándose en la cama a su lado. Podía ver los cuernos, dijo Cam, por toda la habitación. Era verdad. Donde quiera que pusieran la luz (y James no podía dormir sin luz) siempre había una sombra en algún sitio.

—Pero piensa, Cam, es solo un viejo cerdo —dijo la señora Ramsay—, un bonito cerdo negro como los cerdos de la granja. Pero Cam pensaba que era algo horrible, ramificándose por toda la habitación.

—Bueno, entonces —dijo la señora Ramsay—, lo cubriremos —y todos la observaron ir al cómoda y abrir los cajoncitos uno tras otro con rapidez, y

al no ver nada que sirviera, se quitó su propio chal con presteza y lo enrolló alrededor del cráneo, una y otra vez y otra, y luego volvió junto a Cam y posó la cabeza casi plana en la almohada al lado de la de Cam y le dijo qué hermoso estaba ahora; cuánto les gustaría a las hadas; era como un nido de pájaro; era como una hermosa montaña de las que había visto en el extranjero, con valles y flores y campanas repicando y pájaros cantando y cabritas y antílopes y... Podía ver las palabras resonando según las pronunciaba rítmicamente en la mente de Cam, y Cam las repetía después de ella: cómo era como una montaña, un nido de pájaro, un jardín, y había antílopecillos, y sus ojos se abrían y cerraban, y la señora Ramsay siguió hablando con monotonía creciente, con ritmo creciente y creciente sinsentido: cómo tenía que cerrar los ojos y dormir y soñar con montañas y valles y estrellas cayendo y loros y antílopes y jardines, y todo hermoso, dijo, levantando la cabeza muy despacio y hablando cada vez más mecánicamente, hasta que se incorporó y vio que Cam estaba dormida.

Ahora, susurró, cruzando a su cama, James también tenía que dormir; pues mira, le dijo, el cráneo de jabalí seguía allí; no lo habían tocado; habían hecho exactamente lo que él quería; estaba allí sin el menor daño. Él se aseguró de que el cráneo seguía allí bajo el chal. Pero quería preguntarle algo más. ¿Irían al faro mañana?

No, no mañana, dijo; pero pronto, le prometió; el próximo día bueno. Era muy bueno. Se tumbó. Ella lo arrojó. Pero nunca lo olvidaría, lo sabía, y se sintió irritada con Charles Tansley, con su marido y consigo misma, pues había levantado sus esperanzas. Luego, buscando el chal y recordando que lo había enrollado alrededor del cráneo de jabalí, se levantó, bajó la ventana otro par de centímetros, oyó el viento, aspiró el aire nocturno perfectamente indiferente y frío, murmuró buenas noches a Mildred y abandonó la habitación dejando que la lengüeta de la puerta se deslizará despacio en la cerradura y salió.

Esperaba que él no tirara sus libros al suelo sobre sus cabezas, pensó, siguiendo pensando en lo irritante que era Charles Tansley. Pues ninguno de los dos dormía bien; eran niños excitables, y desde que él había dicho esas cosas sobre el faro, le parecía probable que tumbara un montón de libros, justo cuando se estuvieran quedando dormidos, barrándolos torpemente de la mesa con el codo. Pues suponía que había subido a trabajar. Y sin embargo tenía un aspecto tan desolado; y sin embargo sentiría alivio cuando se

fuera; y sin embargo se aseguraría de que lo trataran mejor mañana; y sin embargo era admirable con su marido; y sin embargo sus modales necesitaban sin duda mejorar; y sin embargo le gustaba su risa: pensando esto, al bajar la escalera, observó que ahora podía ver la luna misma por la ventana de la escalera —la luna amarilla de la cosecha— y se volvió, y la vieron, de pie por encima de ellos en la escalera.

«Esa es mi madre», pensó Prue. Sí; Minta debería mirarla; Paul Rayley debería mirarla. Eso es la cosa misma, sentía, como si solo hubiera una persona así en el mundo: su madre. Y, de haber sido completamente adulta un momento antes, hablando con los demás, se convirtió de nuevo en una niña, y lo que habían estado haciendo era un juego, y ¿lo sancionaría su madre o lo condenaría?, se preguntó. Y pensando qué oportunidad era para Minta y Paul y Lily verla, y sintiendo qué extraordinaria suerte era la suya, tenerla, y cómo nunca crecería ni dejaría el hogar nunca, dijo, como una niña: «Pensábamos en bajar a la playa a ver las olas.»

Al instante, sin razón alguna, la señora Ramsay se volvió como una chica de veinte años, llena de alegría. Un humor de jolgorio se apoderó de ella de repente. Claro que tenían que ir; claro que tenían que ir, exclamó, riendo; y bajando los últimos tres o cuatro peldaños deprisa, empezó a volverse de uno a otro y reír y envolver a Minta en su chal y decirle que cuánto le gustaría poder ir también, y que si llegarían muy tarde, y si alguno tenía reloj.

—Sí, Paul tiene uno —dijo Minta. Paul sacó de un pequeño estuche de ante un hermoso reloj de oro para mostrárselo. Y al sostenerlo en la palma de la mano ante ella, sintió: «Ella lo sabe todo. No necesito decir nada.» Le estaba diciendo, al mostrarle el reloj: «Lo he hecho, señora Ramsay. Todo se lo debo a usted.» Y viendo el reloj de oro en su mano, la señora Ramsay pensó: ¡Qué extraordinariamente afortunada es Minta! ¡Se casa con un hombre que tiene un reloj de oro en un estuche de ante!

—¡Cómo me gustaría poder ir con vosotros! —exclamó. Pero la retenía algo tan fuerte que nunca se le ocurrió preguntarse qué era. Por supuesto era imposible para ella ir con ellos. Pero le habría gustado ir, de no ser por lo otro; y encantada por el absurdo de su pensamiento (qué suerte, casarse con un hombre que tiene un estuche de ante para el reloj) entró sonriente en la otra habitación, donde su marido estaba sentado leyendo.

XIX

Por supuesto, se dijo a sí misma, entrando en la habitación, había venido aquí a buscar algo que quería. Primero quería sentarse en una silla concreta bajo una lámpara concreta. Pero quería algo más, aunque no sabía, no podía pensar qué era lo que quería. Miró a su marido (tomó la media y empezó a tejer), y vio que no quería que lo interrumpieran: eso estaba claro. Leía algo que lo emocionaba mucho. Sonreía a medias y entonces supo que estaba dominando su emoción. Pasaba las páginas. Lo estaba actuando: quizá se estaba imaginando ser el personaje del libro. Se preguntó qué libro era. Oh, era uno del viejo sir Walter, vio, ajustando la pantalla de la lámpara de modo que la luz cayera sobre su tejido. Pues Charles Tansley había estado diciendo (levantó los ojos como si esperara oír el ruido de los libros al caer al suelo arriba), había estado diciendo que la gente ya no lee a Scott. Entonces su marido pensó: «Eso es lo que dirán de mí»; y fue y cogió uno de esos libros. Y si llegaba a la conclusión «Es verdad», lo que decía Charles Tansley, lo aceptaría sobre Scott. (Podía ver que estaba sopesando, considerando, juntando esto con aquello mientras leía.) Pero no sobre sí mismo. Siempre estaba inseguro sobre sí mismo. Eso la perturbaba. Siempre estaría preocupándose por sus propios libros: ¿los leerán?, ¿son buenos?, ¿por qué no son mejores?, ¿qué piensa la gente de mí? Sin gustarle pensar en él así, y preguntándose si habían adivinado en la cena por qué se irritó de repente cuando hablaron de la fama y de los libros que perduran, preguntándose si los niños se rieron de eso, sacudió la media, y todas las finas líneas grabadas con instrumentos de acero le aparecieron alrededor de los labios y la frente, y se quedó quieta como un árbol que ha estado sacudiéndose y temblando y ahora, cuando amaina la brisa, se asienta, hoja a hoja, en calma.

No importaba nada de eso, pensó. Un gran hombre, un gran libro, la fama: ¿quién podía saberlo? Ella no sabía nada de eso. Pero era su manera de ser, su veracidad: por ejemplo en la cena había estado pensando con toda naturalidad: ¡Si él hablara solo! Tenía confianza plena en él. Y descartando todo esto, como quien al bucear pasa por una alga, luego una brizna, luego una burbuja, sintió de nuevo, hundiéndose más profundo, como había sentido en el vestíbulo cuando los demás hablaban: Hay algo que quiero, algo a lo que he venido a buscar; y se hundía más y más sin saber bien qué era, con los ojos cerrados. Y esperó un poco, tejiendo, pensando, y poco a poco

aquellas palabras que habían dicho en la cena, «la rosa de China está en plena flor y zumba con la abeja melífera», empezaron a balancearse de un lado a otro de su mente rítmicamente, y al balancearse, palabras, como pequeñas luces matizadas, una roja, una azul, una amarilla, se encendían en la oscuridad de su mente, y parecían abandonar sus posaderos allá arriba para volar de aquí para allá, o para gritar y ser recogidas por el eco; así que se volvió y buscó a tientas en la mesa que tenía al lado un libro.

*Y todas las vidas que hemos vivido
y todas las vidas por venir
están llenas de árboles y hojas cambiantes,*

murmuró, clavando las agujas en la media. Y abrió el libro y empezó a leer aquí y allá al azar, y al hacerlo sintió que iba escalando hacia atrás, hacia arriba, abriéndose paso bajo pétalos que se curvaban sobre ella, de modo que solo sabía: esto es blanco, o esto es rojo. Al principio no sabía en absoluto qué significaban las palabras.

*Guiad, marineros vapuleados, guiad hasta aquí vuestros pinos
alados*

leyó, y pasó la página, balanceándose, zigzagueando de aquí para allá, de un verso a otro como de rama en rama, de una flor roja y blanca a otra, hasta que un pequeño ruido la sacudió: su marido dándose palmadas en los muslos. Sus ojos se encontraron por un segundo; pero no querían hablar. No tenían nada que decirse, pero algo parecía, no obstante, pasar de él a ella. Era la vida, era la potencia de ella, era el tremendo humor, sabía, lo que le hacía darse palmadas en los muslos. No me interrumpas, parecía decir, no digas nada; solo quédate sentada ahí. Y siguió leyendo. Sus labios se crisparon. Lo llenaba. Lo fortalecía. Olvidó de un plumazo todas las pequeñas fricciones y pinchazos de la velada, y lo que le aburría intolerablemente sentarse quieto mientras la gente comía y bebía interminablemente, y haber estado tan irritable con su mujer y tan susceptible y resentirse cuando pasaban por alto sus libros como si no existieran en absoluto. Pero ahora, sentía, no importaba un bledo quién llegara a la Z (si el pensamiento corre como un alfabeto de la A a la Z). Alguien llegaría: si no él, entonces otro. La fortaleza y la cordura de aquel hombre, su sentido de las cosas directas y sencillas, esos pescadores, la pobre criatura medio loca de la cabaña de

Mucklebackit, lo hacían sentirse tan vigoroso, tan aliviado de algo, que se sentía despertado y triunfante y no podía contener las lágrimas. Levantando el libro un poco para esconder su cara, las dejó caer y sacudió la cabeza de un lado a otro y se olvidó por completo de sí mismo (aunque no de una o dos reflexiones sobre la moral y las novelas francesas y las novelas inglesas y las manos de Scott que estaban atadas pero cuya visión quizá era tan verdadera como la otra), se olvidó completamente de sus propias tribulaciones y fracasos en el ahogamiento del pobre Steenie y el dolor de Mucklebackit (eso era Scott en su mejor momento) y el asombroso deleite y la sensación de vigor que le daba.

Bueno, que lo superen, pensó al terminar el capítulo. Sentía que había estado discutiendo con alguien y que había llevado la mejor parte. No podían superarlo, dijese lo que dijese; y su propia posición se hacía más segura. Los amantes son paparruchas, pensó, reuniéndolo todo de nuevo en su mente. Eso son paparruchas, eso es de primera, pensó, poniendo una cosa junto a la otra. Pero tendría que volver a leerlo. No podía recordar la forma entera de la cosa. Tenía que mantener suspendido su juicio. Así que volvió al otro pensamiento: si a los jóvenes no les importaba eso, naturalmente tampoco les importaba él. Uno no debería quejarse, pensó el señor Ramsay, intentando sofocar sus ganas de quejarse con su mujer de que los jóvenes no lo admiraban. Pero estaba decidido: no la molestaría más. Aquí la miró leyendo. Parecía muy tranquila leyendo. Le gustaba pensar que todos se habían ido y que estaban solos él y ella. La vida entera no consistía en irse a la cama con una mujer, pensó, volviendo a Scott y a Balzac, a la novela inglesa y a la novela francesa.

La señora Ramsay alzó la cabeza y, como una persona en un sueño ligero, pareció decir que si él quería que despertara, despertaría, de verdad que despertaría, pero si no, ¿podía seguir durmiendo, solo un poco más, solo un poco más? Estaba escalando esas ramas, de aquí para allá, poniendo la mano sobre una flor y luego sobre otra.

«Ni alabes el encarnado intenso de la rosa»,

leyó, y así leyendo sentía que ascendía, hasta lo alto, hasta la cumbre. ¡Qué satisfactorio! ¡Qué reparador! Todos los retales del día se pegaban a este imán; su mente se sentía barrida, se sentía limpia. Y luego allí estaba, de pronto entero; lo sostenía en las manos, hermoso y razonable, claro y

completo, la esencia extraída de la vida y aquí sostenida, redondeada: el soneto.

Pero empezaba a ser consciente de que su marido la miraba. Le sonreía, burlón, como si se estuviera riendo tiernamente de ella por estar dormida en plena luz del día, pero al mismo tiempo pensaba: Sigue leyendo. No tienes aspecto triste ahora, pensaba él. Y se preguntó qué estaba leyendo, y exageró su ignorancia, su sencillez, pues le gustaba pensar que no era lista, que no era erudita en absoluto. Se preguntó si entendía lo que leía. Probablemente no, pensó. Era asombrosamente hermosa. Su belleza le parecía a él, si eso era posible, haber aumentado.

*Y sin embargo parecía invierno aún, y tú ausente,
como con tu sombra yo con ellas me entretuve,*
terminó.

—¿Y bien? —dijo, reflejando su sonrisa soñadoramente, alzando los ojos del libro.

Como con tu sombra yo con ellas me entretuve,
murmuró, dejando el libro sobre la mesa.

¿Qué había ocurrido, se preguntó, mientras tomaba de nuevo el tejido, desde que lo había visto a solas? Recordaba arreglarse y ver la luna; Andrew sosteniendo el plato demasiado alto en la cena; sentirse deprimida por algo que William había dicho; los pájaros en los árboles; el sofá en el relano; los niños despiertos; Charles Tansley despertándolos con sus libros al caer: oh, no, eso se lo había inventado; y Paul con un estuche de ante para el reloj. ¿Cuál de esas cosas le contaría?

—Están prometidos —dijo, empezando a tejer—, Paul y Minta.

—Ya lo suponía —dijo. No había mucho más que decir. Su mente seguía subiendo y bajando, subiendo y bajando con la poesía; él seguía sintiéndose muy vigoroso, muy directo, después de leer sobre el entierro de Steenie. Y así estuvieron en silencio. Luego ella tomó conciencia de que quería que él dijera algo.

Cualquier cosa, cualquier cosa, pensó, siguiendo con el tejido. Cualquier cosa servirá.

—Qué bonito sería casarse con un hombre con un estuche de ante para el reloj —dijo, pues ese era el tipo de broma que tenían juntos.

Él soltó una risotada. Sentía con respecto a este compromiso lo que sentía siempre con cualquier compromiso: la chica es demasiado buena para ese joven. Poco a poco le fue llegando a la cabeza: ¿por qué entonces quiere uno que la gente se case? ¿Cuál era el valor, el significado de las cosas? (Cada palabra que dijeran ahora sería verdad.) Di algo, pensó, deseando solo oír su voz. Pues la sombra, la cosa que los envolvía, estaba empezando, sentía, a cerrarse de nuevo a su alrededor. Di cualquier cosa, le rogó, mirándolo como pidiendo ayuda.

Él estaba callado, haciendo girar la brújula en la cadena del reloj de un lado a otro, y pensando en las novelas de Scott y en las de Balzac. Pero a través de las paredes crepusculares de su intimidad, pues se estaban acercando, involuntariamente, aproximándose, cada vez más cerca, podía sentir su mente como una mano alzada haciendo sombra sobre la suya; y él estaba empezando, ahora que sus pensamientos tomaban un giro que le disgustaba: hacia ese «pesimismo» como él lo llamaba, a inquietarse, aunque no dijera nada, llevándose la mano a la frente, retorciendo un mechón de pelo, dejándolo caer de nuevo.

—No terminarás esa media esta noche —dijo, señalando la media. Eso era lo que quería: la aspereza en su voz reprendiéndola. Si él dice que es malo ser pesimista probablemente lo sea, pensó; el matrimonio irá bien.

—No —dijo, alisando la media sobre la rodilla—, no la terminaré.

¿Y entonces? Pues sentía que él seguía mirándola, pero que su mirada había cambiado. Quería algo: quería la cosa que a ella siempre le resultaba tan difícil darle; quería que ella le dijera que lo amaba. Y eso, no, no podía hacerlo. A él le resultaba hablar mucho más fácil que a ella. Podía decir las cosas: ella nunca podía. Así que naturalmente era siempre él quien decía las cosas, y luego por alguna razón eso le dolía de repente, y la reprochaba. Una mujer sin corazón la llamaba; nunca le decía que lo amaba. Pero no era así: no era así. Solo que nunca podía decir lo que sentía. ¿No había ninguna miga en su chaqueta? ¿Nada que pudiera hacer por él? Levantándose, se puso ante la ventana con la media de color castaño rojizo en las manos, en parte para apartarse de él, en parte porque recordaba lo hermoso que es a menudo: el mar de noche. Pero sabía que él había vuelto la cabeza al vol-

verse ella; la observaba. Sabía que él estaba pensando: Eres más hermosa que nunca. Y se sentía muy hermosa. ¿No me dirás al menos por una vez que me amas? Estaba pensando eso, pues estaba despertado, tanto por Minta como por su libro, y por ser el final del día y haber discutido sobre el ir al faro. Pero ella no podía hacerlo; no podía decirlo. Entonces, sabiendo que la observaba, en lugar de decir nada, se volvió, sosteniendo la media, y lo miró. Y mientras lo miraba empezó a sonreír, pues aunque no había dicho ni una palabra, él lo sabía, por supuesto lo sabía, que lo amaba. No podía negarlo. Y sonriendo, miró por la ventana y dijo (pensando para sí: Nada en la tierra puede igualar esta felicidad):

—Sí, tenías razón. Mañana va a llover. No podrás ir. — Y lo miró sonriendo. Pues había triunfado de nuevo. No lo había dicho; y sin embargo él lo sabía.

SEGUNDA PARTE

EL TIEMPO PASA

I

—Bueno, habrá que esperar a que el futuro lo diga —dijo el señor Bankes, entrando desde la terraza.

— Ya está casi demasiado oscuro para ver — dijo Andrew, subiendo de la playa.

— Apenas puede distinguirse el mar de la tierra — dijo Prue.

— ¿Dejamos esa luz encendida? — dijo Lily mientras se quitaban los abrigos dentro.

— No — dijo Prue —, si ya están todos dentro, no.

— Andrew — llamó hacia atrás —, apaga la luz del vestíbulo.

Una a una fueron apagándose todas las lámparas, salvo que el señor Carmichael, al que le gustaba quedarse despierto un rato leyendo a Virgilio, mantuvo la vela encendida bastante más tiempo que los demás.

II

Así pues, apagadas todas las lámparas, hundida la luna, tamborileando una lluvia fina en el tejado, comenzó un torrente de oscuridad inmensa. Nada, parecía, podía sobrevivir al diluvio, a la profusión de oscuridad que, colándose por cerraduras y grietas, rodeaba a hurtadillas los estores de las ventanas, entraba en los dormitorios y engullía aquí un jarro con su palan-gana, allá un cuenco de dalias rojas y amarillas, más allá los bordes agudos y la masa firme de una cómoda. No solo los muebles quedaban confundidos; apenas quedaba nada del cuerpo o la mente por lo que uno pudiera decir: «Este es él» o «Esta es ella». A veces se alzaba una mano como para asir algo o apartar algo, o alguien gemía, o alguien soltaba una carcajada como si compartiera una broma con la nada.

Nada se movía en el salón ni en el comedor ni en la escalera. Solo por las bisagras oxidadas y la madera hinchada por la humedad del mar — al fin y al cabo la casa era un trasto — ciertas ráfagas, desprendidas del cuerpo del viento, se deslizaban por los rincones y se aventuraban dentro. Casi podría imaginárselas, al entrar en el salón, preguntando y admirándose, jugueteando con el colgajo del papel pintado despegado, preguntando: ¿cuánto tiempo más aguantará?, ¿cuándo caerá? Luego, rozando suavemente las paredes, pasaban pensativas como preguntando a las rosas rojas y amarillas del papel pintado si se desvanecerían, e interrogando (sin prisa, pues tenían tiempo a su disposición) las cartas rotas en la papelería, las flores, los libros, todo lo

cual estaba ahora abierto ante ellas y preguntando: ¿son aliados? ¿son enemigos? ¿cuánto durarán?

Así pues, guiadas por alguna luz aleatoria con su pálida pisada sobre escalón y felpudo, de alguna estrella al descubierta, o de un barco errante, o incluso del faro, las pequeñas ráfagas subían la escalera y olisqueaban alrededor de las puertas de los dormitorios. Pero aquí, sin duda, debían detenerse. Que se pierda y desaparezca todo lo demás, lo que yace aquí es firme. Aquí podría decirseles a esas luces resbaladizas, a esas ráfagas titubeantes que respiran y se inclinan sobre la cama misma: aquí ni podéis tocar ni destruir. Ante lo cual, fatigadas, fantasmales, como si tuvieran dedos ligeros como plumas y la leve persistencia de las plumas, mirarían, una sola vez, los ojos cerrados y los dedos que se enlazaban con flojedad, y doblarían sus ropas fatigadamente y desaparecerían. Y así, olisqueando, frotando, se iban a la ventana de la escalera, a los cuartos de los criados, a los baúles de las buhardillas; bajando, blanqueaban las manzanas en la mesa del comedor, magreaban los pétalos de las rosas, probaban el cuadro en el caballete, rozaban la alfombra y hacían rodar un poco de arena por el suelo. Por último, desistiendo, todas cesaban a la vez, se reunían todas, suspiraban todas juntas; juntas lanzaban una ráfaga sin rumbo de lamento al que alguna puerta de la cocina respondía; se abría de par en par; no dejaba entrar nada; y se cerraba de un golpe.

[Aquí el señor Carmichael, que leía a Virgilio, apagó la vela. Era medianoche.]

III

Pero ¿qué es, después de todo, una sola noche? Un espacio breve, sobre todo cuando la oscuridad se clarifica tan pronto, y tan pronto canta un pájaro, cacarea un gallo, o un leve verde se aviva, como una hoja que da la vuelta, en el hueco de la ola. Sin embargo, noche sigue a noche. El invierno guarda una provisión de ellas y las reparte igual, parejo, con dedos infatigables. Se alargan; se oscurecen. Algunas sostienen en alto planetas claros, platos de luminosidad. Los árboles del otoño, por devastados que estén, cobran el destello de banderas desgarradas que se encienden en la penumbra de las frescas naves catedralicias donde letras doradas sobre páginas de mármol describen la muerte en batalla y cómo los huesos blanquean y arden

en arenas lejanas de la India. Los árboles del otoño brillan a la luz amarilla de la luna, a la luz de la luna de la cosecha, la luz que suaviza la energía del trabajo, y alisa el rastrojo, y trae la ola acariciando azul hasta la orilla.

Parecía entonces como si, tocada por la penitencia humana y todo su afán, la bondad divina hubiera descornado la cortina y mostrado detrás de ella, singular, nítido, la liebre erguida; la ola que cae; el bote que cabecea; lo que, si lo mereciéramos, sería nuestro siempre. Pero ay, la bondad divina, tirando del cordón, cierra la cortina; no le place; sepulta sus tesoros bajo un aguacero de granizo, y así los rompe, así los confunde, que parece imposible que su calma vuelva nunca o que podamos componer de sus fragmentos un todo perfecto o leer en las piezas esparcidas las palabras claras de la verdad. Pues nuestra penitencia no merece más que un atisbo; nuestro afán, solo un respiro.

Las noches están ahora llenas de viento y destrucción; los árboles se agitan y doblan y sus hojas vuelan en desorden hasta que el jardín queda empapelado de ellas y se aprietan en los canalones y atascas los bajantes y se dispersan por los senderos húmedos. También el mar se revuelve y se estrella, y si algún durmiente, imaginando que podría encontrar en la playa una respuesta a sus dudas, un compañero de su soledad, se desprendiera de las sábanas y bajara solo a caminar por la arena, ninguna imagen con semblanza de servicio y divina presteza acudiría prontamente a la mano para ordenar la noche y hacer que el mundo refleje la brújula del alma. La mano se empequeñece en la de uno; la voz brama en el oído. Casi parecería que en semejante confusión es inútil hacerle a la noche esas preguntas sobre el qué, y el por qué, y el para qué que tientan al durmiente a levantarse de la cama en busca de una respuesta.

[El señor Ramsay, tropezando por un pasillo una mañana oscura, extendió los brazos; pero la señora Ramsay, que había muerto bastante de repente la noche anterior, tenía los brazos extendidos, aunque vacíos.]

IV

Así pues, con la casa vacía y las puertas cerradas con llave y los colchones enrollados, esas ráfagas errantes, avanzadillas de grandes ejércitos, irrumpieron, barrieron las tablas desnudas, royeron y ventilaron, no encon-

traron en dormitorio ni salón nada que las resistiera del todo, solo cortinas que batían, madera que crujía, las patas desnudas de las mesas, cacerolas y loza ya con pelusa, ya ennegrecidos, ya agrietados. Lo que la gente había dejado: un par de zapatos, una gorra de cazador, algunas faldas y abrigos descoloridos en los roperos: solo eso conservaba la forma humana e indicaba en el vacío cómo una vez estuvieron llenos y animados; cómo unas manos estuvieron una vez ocupadas con corchetes y botones; cómo el espejo había sostenido una vez un rostro; había sostenido un mundo ahuecado en el que una figura se volvía, una mano destellaba, la puerta se abría, entraban los niños corriendo y revolcándose; y salían de nuevo. Ahora, día tras día, la luz giraba, como una flor reflejada en el agua, su imagen nítida en la pared de enfrente. Solo las sombras de los árboles, floreciendo en el viento, hacían reverencia en la pared, y oscurecían por un momento el estanque en que la luz se reflejaba; o los pájaros, volando, hacían una mancha suave que se deslizaba despacio por el suelo del dormitorio.

Así reinaban la hermosura y el silencio, y juntos daban forma a la hermosura misma, una forma de la que la vida se había partido; solitaria como un estanque al atardecer, muy lejano, visto desde la ventana de un tren, que desaparece tan deprisa que apenas se le roba su soledad al estanque, pálido en la tarde, aunque se haya visto una vez. La hermosura y el silencio se daban la mano en el dormitorio, y entre los jarros cubiertos y las sillas embaladas incluso el figoneo del viento, y el hocico suave de las húmedas brisas del mar, frotando, olfateando, repitiendo y volviendo a repetir sus preguntas —«¿Os desvanecereis? ¿Pereceréis?»— apenas perturbaban la paz, la indiferencia, el aire de integridad pura, como si la pregunta que hacían apenas necesitara que respondieran: permanecemos.

Nada parecía capaz de romper esa imagen, de corromper esa inocencia, o de perturbar el manto ondulante de silencio que, semana tras semana, en la habitación vacía, tejía en sí los gritos caídos de los pájaros, los pitidos de los barcos, el zumbido y el murmullo de los campos, el ladrido de un perro, el grito de un hombre, y los envolvía en silencio alrededor de la casa. Una sola vez una tabla crujió en el rellano; una sola vez en mitad de la noche con un rugido, con una ruptura, como si después de siglos de quietud una roca se desgajara de la montaña y cayera estrellándose en el valle, un pliegue del chal se soltó y osciló de aquí para allá. Luego de nuevo descendió la paz; y la sombra vaciló; la luz se dobló hacia su propia imagen

en adoración en la pared del dormitorio; y la señora McNab, desgarrando el velo del silencio con manos que habían estado en el barreño, moliéndolo con botas que habían crujido sobre la grava, vino según se le había indicado a abrir todas las ventanas y desempolvar los dormitorios.

V

Mientras se bamboleaba (pues rodaba como un barco en el mar) y ladeaba los ojos (pues los posaba en nada directamente, sino de soslayo, con una mirada que desdeñaba el desprecio y la ira del mundo: era torpe, lo sabía), mientras se agarraba a los balaustres y se arrastraba escaleras arriba y rodaba de cuarto en cuarto, cantaba. Frotando el cristal del espejo grande y mirando de soslayo su balanceante figura, brotaba de sus labios un sonido: algo que veinte años atrás había sido alegre en el escenario quizá, que se había tarareado y bailado, pero que ahora, saliendo de la mujer desdentada y encofiada, cargada de quehaceres, estaba despojado de significado, era como la voz de la torpeza, el humor, la persistencia misma, pisoteada pero que surge de nuevo, de modo que mientras se bamboleaba, quitando el polvo, enjugando, parecía decir cómo era todo una larga pena y trabajo, cómo era levantarse y volver a acostarse, y sacar las cosas y volver a guardarlas. No era fácil ni cómodo este mundo que había conocido durante casi setenta años. Doblada estaba de cansancio. ¿Cuánto tiempo, preguntó, crujiendo y gimiendo de rodillas bajo la cama, sacudiendo el polvo de las tablas, cuánto tiempo aguantará? Pero se puso en pie de nuevo, se levantó, y de nuevo con su mirada de soslayo que se escabullía y apartaba incluso de su propio rostro, y sus propias tristezas, se paró y se quedó boquiabierta ante el espejo, sonriendo sin rumbo, y volvió a comenzar el viejo paso torpe y cojo: levantando alfombras, poniendo la loza, mirando de soslayo en el espejo, como si, después de todo, tuviera sus consuelos, como si en efecto se enredara alrededor de su endecha alguna esperanza incorregible. Debía de haber tenido visiones de alegría en el barreño, digamos con sus hijos (aunque dos habían sido bastardos y uno la había abandonado), en la taberna, bebiendo; revolviendo recuerdos en sus cajones. Debió de haber alguna escisión en la oscuridad, algún canal en las profundidades de la sombra por el que pasaba luz suficiente para torcer su cara en una mueca ante el espejo y hacerla, volviendo a su tarea, murmurar la vieja canción del music-hall. El místico, el visionario, que caminaba por la playa una noche clara, removiendo un

charco, mirando una piedra, preguntándose «¿qué soy?», «¿qué es esto?», recibía de pronto una respuesta otorgada: (no podía decir qué era) de modo que estaba caliente en el hielo y encontraba consuelo en el desierto. Pero la señora McNab siguió bebiendo y cotilleando como antes.

VI

La primavera sin una hoja que agitar, desnuda y brillante como una virgen fiera en su castidad, desdeñosa en su pureza, se extendía sobre los campos con los ojos bien abiertos y vigilante y enteramente indiferente a lo que hacían o pensaban los observadores.

[Prue Ramsay, del brazo de su padre, fue entregada en matrimonio. ¿Qué, decía la gente, podría haber sido más conveniente? Y añadían: ¡qué hermosa estaba!]

Al acercarse el verano, al alargarse las tardes, llegaban a los despiertos, a los esperanzados, que caminaban por la playa, que removían el estanque, imaginaciones de la clase más extraña: de carne convertida en átomos que corrían ante el viento, de estrellas que destellaban en los corazones, de acantilado, mar, nube y cielo reunidos a propósito para reunir hacia afuera las partes dispersas de la visión interior. En esos espejos, las mentes de los hombres, en esas pozas de aguas inquietas en las que las nubes giran sin cesar y se forman las sombras, los sueños persistían, y era imposible resistir la extraña intimación que cada gaviota, cada flor, cada árbol, cada hombre y cada mujer, y la propia tierra blanca parecían declarar (pero si se les preguntaba, retirar enseguida) que el bien triunfa, que la felicidad prevalece, que reina el orden; o resistir el extraordinario estímulo de recorrer de aquí para allá en busca de algún bien absoluto, algún cristal de intensidad, remoto a los placeres conocidos y las virtudes familiares, algo ajeno a los procesos de la vida doméstica, singular, duro, brillante, como un diamante en la arena, que daría seguridad a quien lo poseyera. Además, blanda y aquiescente, la primavera con sus abejas zumbando y sus mosquitos danzando echó su capa sobre sí, veló sus ojos, apartó la cabeza, y entre las sombras que pasaban y las lloviznas breves pareció haber tomado sobre sí el conocimiento de las tristezas de la humanidad.

[Prue Ramsay murió ese verano a causa de una enfermedad relacionada con el parto, lo que fue en efecto una tragedia, decía la

gente; todo, decían, había prometido tan bien.]

Y ahora en el calor del verano el viento enviaba de nuevo sus espías a la casa. Las moscas tejían una tela en las habitaciones soleadas; las malas hierbas que habían crecido pegadas al cristal durante la noche golpeaban metódicamente en el marco de la ventana. Cuando caía la oscuridad, el destello del faro, que se había tendido con tanta autoridad sobre la alfombra en la oscuridad, trazando su dibujo, llegaba ahora en la luz más suave de la primavera mezclada con luz de luna, deslizándose con delicadeza como si posara su caricia y se demorara furtivo y mirara y volviera amoroso. Pero en la misma pausa de esa caricia amorosa, mientras el largo destello se tendía sobre la cama, la roca se partió en dos; otro pliegue del chal se soltó; allí colgó y osciló. A través de las cortas noches de verano y los largos días de verano, cuando las habitaciones vacías parecían murmurar con los ecos de los campos y el zumbido de las moscas, el largo pendón se mecía con suavidad, oscilaba sin rumbo; mientras el sol rayaba y acotaba las habitaciones y las llenaba de neblina amarilla, de modo que la señora McNab, cuando irrumpía y se bamboleaba, quitando el polvo, barriendo, parecía un pez tropical remando por aguas atravesadas de sol.

Pero aunque dormitara y durmiera llegaron más tarde en el verano sonidos ominosos como los golpes medidos de martillos amortiguados sobre fieltro, que, con sus sacudidas repetidas, soltaban aún más el chal y agrietaban las tazas. De vez en cuando algún vaso tintineaba en el armario como si una voz gigantesca hubiera chillado tan fuerte en su agonía que los vasos dentro de un aparador vibraron también. Luego de nuevo caía el silencio; y luego, noche tras noche, y a veces en plena luz del día cuando las rosas eran brillantes y la luz dibujaba su forma claramente en la pared, parecía caer en ese silencio, en esa indiferencia, en esa integridad, el golpe sordo de algo que caía.

[Estalló una granada. Veinte o treinta hombres jóvenes volaron por los aires en Francia, entre ellos Andrew Ramsay, cuya muerte, misericordiosamente, fue instantánea.]

En aquella época, quienes habían bajado a pasear por la playa y pedirle al mar y al cielo qué mensaje transmitían o qué visión afirmaban tenían que considerar, junto a los habituales signos de la generosidad divina — la puesta de sol sobre el mar, la palidez del alba, la luna saliendo, barcos de pesca

contra la luna, y niños haciendo pasteles de barro o tirándose puñados de hierba—, algo discordante con esa alegría y esa serenidad. Estaba, por ejemplo, la silenciosa aparición de un barco de color ceniza que venía, que se iba; estaba una mancha purpúrea sobre la tersa superficie del mar como si algo hubiera hervido o sangrado, invisiblemente, debajo. Esta intrusión en una escena calculada para suscitar las reflexiones más sublimes y conducir a las conclusiones más reconfortantes detenía sus pasos. Era difícil pasarlas por alto blandamente; abolir su significado en el paisaje; continuar, caminando junto al mar, maravillándose de cómo la belleza exterior reflejaba la belleza interior.

¿Completaba la Naturaleza lo que el hombre comenzaba? ¿Terminaba ella lo que él emprendía? Con igual indiferencia contemplaba su miseria, su mezquindad y su tormento. Aquel sueño de compartir, de completar, de encontrar en la soledad de la playa una respuesta, no era entonces más que un reflejo en un espejo, ¿y el espejo mismo no era sino la superficie vítrea que se forma en la calma cuando los poderes más nobles duermen debajo? Impacientes, desesperados y sin embargo reacios a irse (pues la belleza ofrece sus señuelos, tiene sus consuelos), era imposible pasear por la playa; la contemplación era insoportable; el espejo estaba roto.

[El señor Carmichael publicó ese spring un volumen de poemas que tuvo un éxito inesperado. La guerra, decía la gente, había avivado su interés por la poesía.]

VII

Noche tras noche, verano e invierno, el tormento de las tormentas, la quietud de saeta del buen tiempo, presidieron su tribunal sin interferencias. Escuchando (si hubiera habido alguien que escuchara) desde los cuartos de arriba de la casa vacía solo se habría oído un caos gigantesco surcado de relámpagos revolcándose y agitándose, mientras los vientos y las olas se solazaban como las masas amorfas de leviatanes cuyas frentes no atraviesa ninguna luz de la razón, y se montaban unos sobre otros, y arremetían y se precipitaban en la oscuridad o en la luz del día (pues noche y día, mes y año corrían sin forma juntos) en juegos idiotas, hasta que parecía como si el universo se estuviera batiendo y revolcando, en bruta confusión y lujuria caprichosa, sin rumbo, por sí mismo.

En primavera los jarrones del jardín, llenados casualmente con plantas traídas por el viento, estaban tan alegres como siempre. Llegaron las violetas y los narcisos. Pero la quietud y el brillo del día eran tan extraños como el caos y el tumulto de la noche, con los árboles allí quietos y las flores allí quietas, mirando hacia adelante, mirando hacia arriba, sin ver nada, sin ojos, y tan terribles.

VIII

Sin imaginar daño alguno, pues la familia no vendría, decían algunos que nunca más, y la casa se vendería quizá en Michaelmas, la señora McNab se inclinó y recogió un ramo de flores para llevar a casa. Lo dejó sobre la mesa mientras sacudía el polvo. Le gustaban las flores. Era una lástima dejarlas perder. Supongamos que se vendiera la casa (se puso en jarras delante del espejo) habría que arreglarla: habría que. Allí había estado todos esos años sin un alma en... Los libros y las cosas estaban enmohecidos, pues entre la guerra y lo difícil que era encontrar ayuda, la casa no se había limpiado como ella hubiera querido. Estaba ya más allá de las fuerzas de una sola persona ponerla en orden. Era demasiado vieja. Le dolían las piernas. Todos esos libros necesitaban tenderse en la hierba al sol; había yeso caído en el vestíbulo; la bajante se había atascado sobre la ventana del estudio y había dejado entrar el agua; la alfombra estaba completamente arruinada. Pero la gente debería venir ella misma; deberían haber mandado a alguien a ver. Pues había ropa en los armarios; habían dejado ropa en todos los dormitorios. ¿Qué iba a hacer ella con ella? Tenía polilla: las cosas de la señora Ramsay. ¡Pobre señora! Nunca volvería a necesitarla. Había muerto, decían; hacía años, en Londres. Estaba el viejo capote gris que llevaba para trabajar en el jardín (la señora McNab lo palpó). Podía verla, cuando subía por el sendero con la colada, inclinada sobre sus flores (el jardín daba pena ahora, todo desbocado, y los conejos que salían disparados de los arriates): podía verla con uno de los niños a su lado con ese capote gris. Había botas y zapatos; y un cepillo y un peine dejados en el tocador, como si esperara volver mañana. (Al final había muerto muy de repente, decían.) Y una vez habían ido a venir, pero habían ido aplazándolo, con la guerra y lo difícil que era viajar en esos tiempos; no habían venido en todos esos años; solo mandaban dinero; pero nunca escribían, nunca venían, y esperaban encontrar las cosas como las habían dejado, ¡ay, Dios! Porque los cajones del tocador estaban

llenos de cosas (los abrió), pañuelos, trozos de cinta. Sí, podía ver a la señora Ramsay subiendo por el sendero con la colada.

«Buenas tardes, señora McNab», decía. Tenía una manera agradable. Las chicas la querían mucho. Pero, querida, muchas cosas habían cambiado desde entonces (cerró el cajón); muchas familias habían perdido a sus seres más queridos. Así que había muerto; y el señor Andrew, muerto; y la señorita Prue muerta también, decían, con su primer bebé; pero todo el mundo había perdido a alguien en esos años. Los precios habían subido escandalosamente y tampoco bajaban. La recordaba bien con su capote gris.

«Buenas tardes, señora McNab», decía, y le mandaba a la cocinera que le guardara un plato de sopa de leche: bien pensado que lo necesitaba, con esa cesta tan pesada trayéndola todo el camino desde el pueblo. Podía verla ahora, inclinada sobre sus flores; y tenue y vacilante, como un rayo amarillo o el círculo al final de un telescopio, una señora con un capote gris, inclinada sobre sus flores, iba vagando por la pared del dormitorio, sobre el tocador, a través del lavabo, mientras la señora McNab se tambaleaba y andaba a trancos, quitando el polvo, enderezando las cosas. ¿Y el nombre de la cocinera? ¿Mildred? ¿Marian? Algún nombre así. Ah, se le había olvidado: se le olvidaban las cosas. Fogosa, como todas las pelirrojas. Muchas risas habían echado juntas. En la cocina siempre era bienvenida. Las hacía reír, eso sí. Las cosas eran mejores entonces que ahora.

Suspiró; había demasiado trabajo para una sola persona. Sacudió la cabeza a este lado y al otro. Esta había sido la habitación de los niños. Vaya, estaba todo húmedo aquí; el yeso se caía. ¿Para qué habrían querido colgar ahí ese cráneo de bestia? Enmohecido también. Y ratas en todas las buhardillas. El agua entraba. Pero nunca mandaban; nunca venían. Algunas cerraduras se habían estropeado, así que las puertas golpeaban. Tampoco le gustaba estar aquí arriba al anochecer sola. Era demasiado para una sola persona, demasiado, demasiado. Crujía, gemía. Dio un portazo. Echó la llave. Y dejó la casa sola, cerrada a cal y canto.

IX

La casa quedó sola; la casa quedó desierta. Quedó como una concha sobre un médano para llenarse de granos secos de sal ahora que la vida la había abandonado. La larga noche parecía haberse instalado; las menudas

ráfagas que roían, los húmedos alientos que tanteaban parecían haber triunfado. La cacerola había oxidado y la alfombra se había podrido. Los sapos habían ido entrando a hociqueadas. Sin rumbo, sin destino, el chal oscilante se balanceaba de aquí para allá. Un cardo se había abierto paso entre las tejas de la despensa. Las golondrinas anidaron en el salón; el suelo estaba sembrado de paja; el yeso caía a paletadas; las vigas quedaban al descubierto; las ratas se llevaban esto y aquello para roer detrás de los rodapiés. Mariposas nacaradas salían del capullo y agotaban su vida contra el cristal de la ventana. Las amapolas se sembraban entre las dalias; el jardín ondeaba con la hierba alta; las alcachofas gigantes se erguían entre las rosas; una clavel con flecos florecía entre los repollos; mientras el suave golpeteo de una mala hierba en la ventana se había convertido, las noches de invierno, en un redoble de árboles robustos y zarzas con espinas que hacían verde todo el cuarto en verano.

¿Qué poder podría detener ahora la fertilidad, la insensibilidad de la naturaleza? ¿El sueño de la señora McNab de una señora, de un niño, de un plato de sopa de leche? Había oscilado sobre las paredes como una mancha de sol y desaparecido. Ella había echado la llave; se había ido. Estaba más allá de las fuerzas de una sola persona, dijo. Nunca mandaban. Nunca escribían. Había cosas allá arriba pudriéndose en los cajones: era una vergüenza dejarlas así, dijo. El lugar se había echado a perder del todo. Solo el haz del faro entraba en la habitación por un momento, lanzaba su mirada repentina sobre cama y pared en la oscuridad del invierno, contemplaba con ecuanimidad el cardo y la golondrina, la rata y la paja. Nada los resistía ya; nada les decía no. Que sople el viento; que la amapola se siembre a sí misma y el clavel se apee con el repollo. Que las golondrinas aniden en el salón, y el cardo aparte las tejas, y la mariposa se tome el sol en el descolorido chintz de los sillones. Que los cristales y la loza rotos yazgan en el jardín y se enreden en hierba y bayas silvestres.

Pues ahora había llegado ese momento, esa vacilación en que el alba tiembla y la noche hace una pausa, en que si una pluma posara en la balanza inclinaría el fiel. Una sola pluma, y la casa, hundiéndose, cayendo, habría dado la vuelta y se habría precipitado hacia abajo, a las profundidades de la oscuridad. En la habitación en ruinas, los excursionistas habrían encendido sus cazuelas; los amantes habrían buscado refugio allí, tendidos en las tablas desnudas; y el pastor habría guardado su comida en los ladrillos, y el

vagabundo habría dormido con el abrigo alrededor para protegerse del frío. Luego el techo se habría hundido; zarzas y cicutas habrían borrado camino, escalón y ventana; habrían crecido, desiguales pero lozanas, sobre el montículo, hasta que algún intruso, perdido, solo habría podido saber, por un atizador de fuego entre las ortigas, o un trozo de loza entre la cicuta, que aquí había vivido alguien una vez; que aquí había habido una casa.

Si la pluma hubiera caído, si hubiera inclinado la balanza, la casa entera se habría hundido hasta el fondo para yacer sobre las arenas del olvido. Pero había una fuerza en acción; algo no muy consciente de sí; algo que miraba de soslayo, algo que se tambaleaba; algo no inspirado a acometer su tarea con ritual digno ni cantinelas solemnes. La señora McNab gemía; la señora Bast crujía. Eran viejas; eran lentas; les dolían las piernas. Vinieron al fin con sus escobas y cubos; se pusieron manos a la obra. De pronto, ¿podría la señora McNab tener la casa lista?, le escribía una de las señoritas jóvenes: ¿podía hacer esto?; ¿podía hacer aquello?; todo con prisa. Quizá vendrían en verano; lo habían dejado todo para el último momento; esperaban encontrar las cosas como las habían dejado. Lenta y penosamente, con escoba y cubo, fregando y restregando, la señora McNab y la señora Bast detuvieron la corrupción y la podredumbre; rescataron del estanque del Tiempo que se cerraba velozmente sobre ellas ora una palangana, ora un armario; sacaron del olvido una mañana todas las novelas de Waverley y un juego de té; por la tarde restauraron al sol y al aire un guardafuego de latón y un juego de hierros de chimenea. George, el hijo de la señora Bast, cazó las ratas y cortó la hierba. Llamaron a los albañiles. Acompañado del chirrido de bisagras y el rechinado de cerrojos, el golpetazo y el portazo de la madera hinchada por la humedad, tuvo lugar una especie de nacimiento laborioso y oxidado, mientras las mujeres, inclinándose, levantándose, gimiendo, cantando, daban palmetazos y portazos, arriba en los cuartos, ahora abajo en las bodegas. ¡Ay, decían, el trabajo que daba!

A veces tomaban el té en el dormitorio, o en el estudio; parando de trabajar a mediodía con la cara manchada de suciedad y las manos viejas entumecidas y agarrotadas por los mangos de la escoba. Desplomadas en las sillas, contemplaban ora la magnífica conquista sobre grifos y baño; ora el triunfo más arduo, más parcial, sobre largas hileras de libros, negros como cuervos antes, ahora manchados de blanco, criando pálidos hongos y albergando arañas furtivas. Una vez más, al sentir el té caliente dentro, el tele-

scopio se acomodó a los ojos de la señora McNab, y en un aro de luz vio al viejo caballero, flaco como un rastrillo, meneando la cabeza, según ella sabía con la colada, hablando solo, suponía, en el jardín. Nunca se fijaba en ella. Decían algunos que había muerto; otros que ella había muerto. ¿Cuál de los dos? La señora Bast tampoco sabía con certeza. El joven caballero había muerto. De eso sí estaba segura. Había leído su nombre en los periódicos.

Estaba la cocinera, Mildred, Marian, algún nombre así: pelirroja, de genio vivo como todas las de su clase, pero buena también, si sabías tratarla. Muchas risas habían echado juntas. Guardaba un plato de sopa para Maggie; un trozo de jamón, a veces; lo que sobraba. Se vivía bien en aquellos tiempos. Tenían de todo (con soltura, con jovialidad, con el té caliente dentro, devanaba su ovillo de recuerdos, sentada en el sillón de mimbre junto a la chimenea del cuarto de los niños). Siempre había mucho que hacer, gente en casa, veinte a veces de estancia, y friegue que friegue hasta bien pasada la medianoche.

La señora Bast (nunca los había conocido; entonces vivía en Glasgow) se preguntó, dejando la taza, ¿para qué habrían colgado ahí ese cráneo de bestia? Cazado en tierras extranjeras sin duda.

Bien podría ser, dijo la señora McNab, abandonándose a sus recuerdos; tenían amigos en países orientales; caballeros que se quedaban allí, señoras en traje de noche; los había visto una vez por la puerta del comedor, todos sentados a cenar. Veinte se atrevería a decir, todas con sus joyas, y a ella la pedían que se quedara a ayudar a fregar, quizá hasta después de medianoche.

Ah, dijo la señora Bast, se lo encontrarían cambiado. Se asomó por la ventana. Observó a su hijo George segando la hierba. Bien podían preguntarse qué se había hecho con él, si se pensaba en cómo el viejo Kennedy debía encargarse del jardín, y luego se le puso tan mala la pierna después de caerse del carro; y quizá luego nadie durante un año, o casi; y luego Davie Macdonald, y podían mandar semillas, pero quién sabría si alguna vez las habían plantado. Se lo encontrarían cambiado.

Observó a su hijo segando. Era muy trabajador: de los silenciosos. Bueno, supuso que tendrían que ponerse con los armarios. Se fueron levantando poco a poco.

Al fin, después de días de labor dentro, de corte y cava fuera, los trapos se apartaron de las ventanas, las ventanas se cerraron, se echaron las llaves por toda la casa; la puerta principal se cerró de un golpe; había terminado.

Y ahora, como si el fregar y el restregar y el segar y el cortar lo hubiera ahogado, surgió esa melodía a medias oída, esa música intermitente que el oído capta a medias pero deja caer; un ladrido, un balido; irregular, intermitente, y sin embargo de algún modo relacionados; el zumbido de un insecto, el temblor de la hierba segada, separados y sin embargo de algún modo pertenecientes; el chirrido de un escarabajo, el chillido de una rueda, fuerte, suave, pero misteriosamente relacionados; que el oído se esfuerza en reunir y está siempre a punto de armonizar, pero que nunca se oyen del todo, nunca se armonizan del todo, y al final, al atardecer, los sonidos se van apagando uno por uno, y la armonía se desvanece, y cae el silencio. Con la puesta de sol se perdió la nitidez, y como la niebla que se levanta, la quietud se alzó, la quietud se extendió, el viento se asentó; sin sacudidas el mundo se dispuso a dormir, oscuro aquí sin luz alguna salvo el verde que se filtraba por las hojas, o el pálido en las flores blancas del arriate junto a la ventana.

(Lily Briscoe subió su equipaje a la casa una tarde de septiembre.)

X

Entonces en efecto había llegado la paz. Mensajes de paz llegaban del mar a la orilla. No volver a romper su sueño nunca más, sino arrullarlo más profundamente al reposo, y confirmar —qué otra cosa murmuraba— lo que quiera que los soñadores soñaran con santidad, soñaran con sabiduría, mientras Lily Briscoe posaba la cabeza en la almohada en la habitación limpia y serena y oía el mar. Por la ventana abierta llegaba murmurando también la voz de la hermosura del mundo, demasiado suave para oír exactamente lo que decía: ¿pero qué importaba si el significado era claro? Implorando a los durmientes (la casa estaba llena de nuevo; la señora Beckwith se quedaba allí, y también el señor Carmichael), si no querían bajar ellos mismos a la playa que al menos levantaran la persiana y miraran afuera. Verían entonces la noche fluyendo en púrpura; su cabeza coronada; su cetro enjorado; y cómo en sus ojos un niño podría mirar. Y si todavía vacilaban (Lily estaba rendida del viaje y se durmió casi enseguida; pero el señor

Carmichael leía un libro a la luz de la vela), si todavía decían que no, que eran vapores, ese esplendor suyo, y que el rocío tenía más poder que él, y que preferían dormir; suavemente entonces, sin quejarse ni discutir, la voz cantaría su canción. Suavemente romperían las olas (Lily las oía en sueños); tiernamente caería la luz (parecía llegar a través de los párpados). Y todo tenía el aspecto, pensó el señor Carmichael, cerrando el libro y quedándose dormido, de tenerlo siempre.

En efecto, la voz podría reanudar, mientras las cortinas de oscuridad se envolvían sobre la casa, sobre la señora Beckwith, el señor Carmichael y Lily Briscoe de modo que yacían con varios pliegues de negrura sobre los ojos: ¿por qué no aceptar esto, contentarse con esto, aquiescer y resignarse? El suspiro de todos los mares rompiéndose cadenciosamente alrededor de las islas los calmaba; la noche los envolvía; nada quebró su sueño, hasta que, comenzando los pájaros y el alba tejiendo sus voces tenues en su blancura, una carreta chirriando, un perro ladrando en algún sitio, el sol levantó las cortinas, rasgó el velo de sus ojos, y Lily Briscoe se agitó en el sueño. Se aferró a las mantas como quien cae se aferra a la hierba en el borde de un acantilado. Abrió los ojos de par en par. Aquí estaba de nuevo, pensó, incorporándose en la cama. Despierta.

TERCERA PARTE

EL FARO

I

¿Qué significa entonces, qué puede significar todo esto? Se preguntó Lily Briscoe, dudando si, ahora que la habían dejado sola, debía ir a la cocina a buscar otra taza de café o esperar aquí. ¿Qué significa?: un lugar común de esos, tomado de algún libro, que se ajustaba flojamente a su pensamiento, pues no podía, esta primera mañana con los Ramsay, condensar sus sentimientos; solo podía hacer resonar una frase que cubriera el vacío de su mente hasta que esos vapores se hubieran disipado. Pues realmente, ¿qué sentía, de vuelta después de todos esos años y la señora Ramsay muerta? Nada, nada: nada que pudiera expresar de ningún modo.

Había llegado la noche anterior tarde, cuando todo era misterioso, oscuro. Ahora estaba despierta, en su viejo sitio en la mesa del desayuno, pero sola. Era también muy temprano, ni siquiera las ocho. Estaba la expedición: iban al faro, el señor Ramsay, Cam y James. Ya deberían haber salido: tenían que coger la marea o algo así. Y Cam no estaba lista y James no estaba listo y Nancy se había olvidado de pedir los bocadillos y el señor Ramsay había perdido los estribos y había salido dando un portazo.

—¿De qué sirve ir ahora? —había bramado. Nancy había desaparecido. Allí estaba él, yendo y viniendo por la terraza fuera de sí. Uno parecía oír puertas que se cerraban de golpe y voces que llamaban por toda la casa. Luego Nancy irrumpió, y preguntó, mirando alrededor con un aire medio aturdido, medio desesperado: «¿Qué se manda al faro?», como si se estuviera obligando a hacer lo que desesperaba de ser capaz de hacer nunca.

¡Lo que se manda al faro! En cualquier otro momento Lily podría haber sugerido razonablemente té, tabaco, periódicos. Pero esta mañana todo parecía tan extraordinariamente extraño que una pregunta como la de Nancy —¿Qué se manda al faro?— abría puertas en la mente que iban golpeando y batiendo de aquí para allá y hacía que uno siguiera preguntando, en un bostezo estupefacto: ¿Qué se manda? ¿Qué hace uno? ¿Por qué está uno sentado aquí, después de todo?

Sentada sola (pues Nancy había salido de nuevo) entre las tazas limpias en la mesa larga, se sentía desconectada de las demás personas, y solo capaz de seguir observando, preguntando, preguntándose. La casa, el lugar, la mañana, todo le parecía extraño. No tenía arraigo aquí, sentía, no tenía relación con ello, podía pasar cualquier cosa, y lo que pasara, un paso

afuera, una voz que llamaba («No está en el armario; está en el rellano», gritó alguien), era una pregunta, como si el vínculo que normalmente unía las cosas hubiera sido cortado y flotaran hacia arriba aquí, hacia abajo allá, por todas partes. Qué sin rumbo era todo, qué caótico, qué irreal era, pensó, mirando su taza de café vacía. La señora Ramsay muerta; Andrew muerto; Prue muerta también: por más que lo repitiera, no despertaba ningún sentimiento en ella. Y todos nos reunimos en una casa así una mañana así, se dijo, mirando por la ventana. Era un día hermoso y sereno.

De pronto el señor Ramsay alzó la cabeza al pasar y la miró directamente, con su mirada extraviada y salvaje que sin embargo era tan penetrante, como si te viera, por un segundo, por primera vez, para siempre; y ella fingió beber de su taza de café vacía para escapar de él: para escapar de su exigencia, para dejar de lado por un momento más esa necesidad imperiosa. Y él le sacudió la cabeza, y se alejó a grandes zancadas («Solo», oyó que decía, «Perecido», oyó que decía) y como todo en esa mañana extraña las palabras se convirtieron en símbolos, se escribieron por doquier en las paredes verdegrises. Si tan solo pudiera reunir las, sentía, escribirlas en alguna frase, entonces habría alcanzado la verdad de las cosas. El viejo señor Carmichael llegó deslizándose suavemente, cogió su café, tomó su taza y se fue a sentarse al sol. La extraordinaria irrealidad era aterradora; pero también apasionante. Ir al faro. Pero ¿qué se manda al faro? Perecido. Solo. La luz verdegris en la pared de enfrente. Los lugares vacíos. Esas eran algunas de las partes, ¿pero cómo reunir las?, se preguntó. Como si cualquier interrupción fuera a romper la frágil forma que estaba construyendo sobre la mesa, dio la espalda a la ventana para que el señor Ramsay no la viera. Tenía que escapar a algún sitio, estar sola en algún sitio. De repente recordó. Cuando había estado sentada allí por última vez diez años atrás había habido una pequeña ramita o dibujo de hojas en el mantel en el que había mirado en un momento de revelación. Había habido un problema con el primer plano de un cuadro. Mueve el árbol al centro, había dicho. Nunca había terminado ese cuadro. Pintaría ese cuadro ahora. Había estado dando vueltas en su mente todos esos años. ¿Dónde estaban sus pinturas?, se preguntó. Sus pinturas, sí. Las había dejado en el vestíbulo la noche anterior. Empezaría enseguida. Se levantó deprisa, antes de que el señor Ramsay se volviera.

Se buscó una silla. Clavó el caballete con sus precisos y anticuados movimientos de solterona en el borde del jardín, no demasiado cerca del señor Carmichael, pero lo bastante cerca para su protección. Sí, debía de haber sido precisamente aquí donde había estado diez años atrás. Allí estaba la pared; el seto; el árbol. La cuestión era de alguna relación entre esas masas. Lo había llevado en la mente todos esos años. Parecía como si la solución se le hubiera ocurrido: sabía ahora lo que quería hacer.

Pero con el señor Ramsay lanzándose hacia ella, no podía hacer nada. Cada vez que se aproximaba —paseaba de aquí para allá por la terraza— se aproximaba la ruina, se aproximaba el caos. No podía pintar. Se inclinaba, se volvía; cogía este trapo; exprimía aquel tubo. Pero todo lo que hacía era apartarlo un momento. Él le hacía imposible hacer nada. Pues si le daba el menor margen, si la veía desocupada un momento, mirando en su dirección un momento, se le echaría encima, diciendo, como había dicho la noche anterior: «Nos encontrará muy cambiados.» La noche anterior se había levantado y se había parado ante ella, y había dicho eso. Mudos y boquiabiertos como habían estado sentados todos, los seis hijos a los que solían llamar por los reyes y reinas de Inglaterra —el Rojo, el Hermoso, el Malvado, el Despiadado—, ella sentía cómo ardían por dentro. La bondadosa señora Beckwith dijo algo razonable. Pero era una casa llena de pasiones sin relación entre sí: eso había sentido toda la velada. Y encima de ese caos el señor Ramsay se levantó, le apretó la mano y dijo: «Nos encontrará muy cambiados», y ninguno de ellos se había movido ni había hablado; sino que habían estado sentados como si se les obligara a dejarle decirlo. Solo James (el Sombrío sin duda) frunció el ceño ante la lámpara; y Cam se retorció el pañuelo alrededor del dedo. Luego les recordó que iban al faro al día siguiente. Tenían que estar listos, en el vestíbulo, en punto de las siete y media. Luego, con la mano en la puerta, se detuvo; se volvió hacia ellos. ¿Es que no querían ir? exigió. Si hubieran osado decir que no (tenía alguna razón para quererlo) se habría lanzado trágicamente hacia atrás en las amargas aguas de la desesperación. Qué don tenía para el gesto. Parecía un rey en el exilio. James dijo que sí con obstinación. Cam tropezó más lamentablemente. Sí, ay sí, los dos estarían listos, dijeron. Y se le ocurrió a ella: esto era la tragedia, no los paños mortuorios, el polvo y el sudario; sino los niños coaccionados, sus espíritus sometidos. James tenía dieciséis años, Cam diecisiete quizá. Había mirado alrededor buscando a alguien que no estaba allí, a la señora Ramsay, presumiblemente. Pero solo estaba la amable seño-

ra Beckwith repasando sus bocetos bajo la lámpara. Luego, cansada, con la mente todavía subiendo y bajando con el mar, poseyéndola el sabor y el olor que tienen los lugares tras una larga ausencia, con las velas vacilando ante sus ojos, se había perdido y hundido. Era una noche maravillosa, estrellada; las olas sonaban mientras subían las escaleras; la luna los sorprendió, enorme, pálida, al pasar la ventana de la escalera. Se había dormido enseguida.

Colocó su lienzo limpio con firmeza en el caballete, como una barrera, frágil, pero esperaba suficientemente sólida para mantener a raya al señor Ramsay y sus exigencias. Hizo todo lo posible para mirar, cuando le daba la espalda, a su cuadro: aquella línea ahí, aquella masa allá. Pero era imposible. Que estuviera a quince metros de ella, que ni siquiera le hablara, que ni siquiera la viera, lo impregnaba todo, prevalecía, se imponía. Lo cambiaba todo. No podía ver el color; no podía ver las líneas; incluso dándole la espalda, solo podía pensar: Pero se me echará encima en un momento, exigiendo algo que sentía que no podía darle. Rechazó un pincel; eligió otro. ¿Cuándo vendrían esos niños? ¿Cuándo partirían todos? Se agitaba. Ese hombre, pensó, con la rabia creciendo en ella, ese hombre nunca daba; ese hombre tomaba. Ella, en cambio, se vería obligada a dar. La señora Ramsay había dado. Dando, dando, dando, había muerto: y había dejado todo esto. En realidad, estaba irritada con la señora Ramsay. Con el pincel temblando levemente en los dedos miró el seto, el escalón, la pared. Era todo obra de la señora Ramsay. Estaba muerta. Aquí estaba Lily, con cuarenta y cuatro años, malgastando el tiempo, incapaz de hacer nada, allí parada, jugando a pintar, jugando a la única cosa con la que uno no juega, y toda la culpa era de la señora Ramsay. Estaba muerta. El escalón donde solía sentarse estaba vacío. Estaba muerta.

Pero ¿por qué repetir esto una y otra vez? ¿Por qué estar siempre intentando despertar algún sentimiento que no tenía? Había algo blasfemo en ello. Todo era árido: todo marchito: todo agotado. No deberían haberla invitado; no debería haber venido. Uno no puede malgastar el tiempo con cuarenta y cuatro años, pensó. Detestaba jugar a pintar. Un pincel, la única cosa fiable en un mundo de contienda, ruina, caos: con eso no debía jugarse, ni siquiera conscientemente: lo detestaba. Pero él la obligaba. No tocarás tu lienzo, parecía decir, lanzándose sobre ella, hasta que no me hayas dado lo que quiero de ti. Allí estaba, de cerca otra vez, codicioso, extraviado.

Bueno, pensó Lily con desesperación, dejando caer la mano derecha a un lado, sería más sencillo entonces acabar con esto de una vez. Seguramente podría imitar de memoria el resplandor, el éxtasis, la entrega, que había visto en las caras de tantas mujeres (en la de la señora Ramsay, por ejemplo) cuando en ocasiones como esta ardían con un raptó de simpatía, de deleite en la recompensa que recibían, que, aunque se le escapara la razón, les confería evidentemente la dicha más suprema de que es capaz la naturaleza humana. Allí estaba él, detenido a su lado. Le daría lo que pudiera.

II

Parecía haberse encogido un poco, pensó él. Tenía un aspecto un poco escuálido, poco sustancioso; pero no sin atractivo. Le gustaba. Había habido alguna vez rumores de que se iba a casar con William Bankes, pero no había llegado a nada. Su mujer le había tenido cariño. Él había estado también algo de mal humor en el desayuno. Y luego, y luego: este era uno de esos momentos en que una necesidad enorme lo empujaba, sin ser consciente de lo que era, a acercarse a cualquier mujer, a obligarla, le daba igual cómo, su necesidad era tan grande, a darle lo que quería: simpatía.

¿La estaban atendiendo?, dijo. ¿Tenía todo lo que necesitaba?

—Oh, gracias, todo —dijo Lily Briscoe con nerviosismo. No; no podía hacerlo. Tendría que haberse lanzado enseguida sobre alguna ola de expansión simpática: la presión sobre ella era enorme. Pero se quedó paralizada. Hubo una pausa horrible. Los dos miraron el mar. ¿Por qué, pensó el señor Ramsay, mira el mar cuando estoy yo aquí? Esperaba que estuviera bastante tranquilo para que pudieran desembarcar en el faro, dijo ella. ¡El faro! ¡El faro! ¿Qué tiene eso que ver?, pensó él con impaciencia. Al instante, con la fuerza de alguna ráfaga primordial (pues en realidad ya no podía contenerse más), brotó de él tal gemido que cualquier otra mujer en el mundo entero habría hecho algo, dicho algo: todas salvo yo, pensó Lily, atacándose amargamente a sí misma, que no soy una mujer, sino una solterona mezquina, irascible y seca, presumiblemente.

El señor Ramsay suspiró a fondo. Esperó. ¿No iba a decir nada? ¿No veía lo que quería de ella? Luego dijo que tenía una razón particular para querer ir al faro. Su mujer solía mandar cosas a los hombres. Había un pobre muchacho con una cadera tuberculosa, el hijo del farero. Suspiró profunda-

mente. Suspiró significativamente. Todo lo que Lily deseaba era que ese enorme torrente de pena, ese apetito insaciable de simpatía, esa exigencia de que ella se entregara a él por completo, y aun así tendría penas suficientes para mantenerla provista para siempre, la dejara, fuera desviado (siguió mirando hacia la casa, esperando una interrupción) antes de que la arrasara en su fluir.

— Tales expediciones — dijo el señor Ramsay, raspando el suelo con la punta del pie —, son muy dolorosas. — Aún nada de Lily. (Es un tronco, es una piedra, se dijo.) — Son muy agotadoras — dijo, mirando, con una expresión enfermiza que la revolvía el estómago (estaba actuando, sentía, este gran hombre se dramatizaba a sí mismo), sus bellas manos. Era horrible, era indecente. ¿Vendrían ya, preguntó, pues no podía soportar este enorme peso de pena, sostener estos pesados ropajes del dolor (había adoptado una pose de extrema decrepitud; incluso se tambaleaba un poco mientras estaba allí parado) ni un momento más?

Aún no podía decir nada; todo el horizonte parecía barrido sin objetos de los que hablar; solo podía sentir, asombrada, mientras el señor Ramsay estaba allí parado, cómo su mirada parecía caer tristemente sobre la hierba soleada y decolorarla, y tender sobre la figura rubicunda, soñolienta y completamente satisfecha del señor Carmichael, que leía una novela francesa en una silla de lona, un velo de crespón, como si semejante existencia, exhibiendo su prosperidad en un mundo de penas, bastara para provocar los pensamientos más sombríos de todos. Míralo, parecía decir, mírame a mí; y en efecto, todo el tiempo sentía: Piensa en mí, piensa en mí. Ah, si tan solo esa mole pudiera ser traída a su lado, deseó Lily; si tan solo hubiera colocado el caballete un metro o dos más cerca de él; un hombre, cualquier hombre, cesase ese eflujo, detuviera esas lamentaciones. Una mujer había provocado ese horror; una mujer debería saber cómo manejarlo. Era sumamente deshonesto para ella, en términos sexuales, quedarse allí muda. Uno decía: ¿qué decía uno? Oh, señor Ramsay. Querido señor Ramsay. Eso es lo que habría dicho al instante, y con razón, la amable señora de más edad que dibujaba, la señora Beckwith. Pero no. Allí estaban, aislados del resto del mundo. Su inmensa autocompasión, su exigencia de simpatía se derramaba y se extendía en charcos a sus pies, y todo lo que ella hacía, miserable pecadora que era, era recogerse un poco más las faldas alrededor de los to-

billos para no mojarse. En completo silencio estaba allí, con el pincel en la mano.

¡El cielo no podía recibir suficientes alabanzas! Oyó ruidos en la casa. James y Cam debían de estar llegando. Pero el señor Ramsay, como si supiera que su tiempo era corto, ejercía sobre su solitaria figura la inmensa presión de su concentrado dolor; su vejez; su fragilidad; su desolación; cuando de pronto, sacudiendo la cabeza con impaciencia, con su irritación —pues al fin y al cabo, ¿qué mujer podía resistírsele?—, observó que los cordones de las botas estaban desatados. Unas botas notables también, pensó Lily, mirándolas hacia abajo: esculturales; colosales; como todo lo que llevaba el señor Ramsay, desde la corbata deshilachada al chaleco a medio abrochar, indiscutiblemente suyas. Podía imaginarlas caminando a su cuarto por propia voluntad, expresando en su ausencia pathos, hosquedad, mal genio, encanto.

—¡Qué botas tan hermosas! —exclamó. Se avergonzó de sí misma. Elogiar sus botas cuando él le pedía que consolara su alma; cuando le había mostrado sus manos sangrantes, su corazón lacerado, y le había pedido que los compadeciera, y entonces decir, alegremente, «¡Ah, pero qué botas tan hermosas lleva!» merecía, lo sabía, y alzó los ojos esperando recibirlo, en uno de sus repentinos rugidos de mal genio, una aniquilación completa.

En cambio, el señor Ramsay sonrió. Su paño mortuorio, sus ropajes, sus achaques se desprendieron de él. Ah, sí, dijo, levantando el pie para que ella lo viera, eran botas de primera. Solo había un hombre en Inglaterra capaz de hacer botas así. Las botas son uno de los principales azotes de la humanidad, dijo. «Los zapateros», exclamó, «hacen de su oficio tullir y torturar el pie humano.» Son también las personas más obstinadas y perversas de la humanidad. Le había costado la mayor parte de su juventud que le hicieran botas como debían hacerse. Le haría observar (levantó el pie derecho y luego el izquierdo) que nunca había visto botas hechas exactamente con esa forma. También estaban hechas con el mejor cuero del mundo. La mayoría del cuero no era más que cartón y papel maché. Contempló con complacencia su pie, todavía en el aire. Habían llegado, sentía ella, a una isla soleada donde reinaba la paz, gobernaba la cordura y brillaba el sol para siempre: la bendita isla de las botas buenas. El corazón se le ablandó hacia él. «Ahora a ver si sabe hacerse un nudo», dijo. Desechó con un gesto su sistema ende-

ble. Le mostró su propia invención. Una vez que lo hacías, nunca se deshacía. Tres veces le hizo el nudo; tres veces se lo deshizo.

¿Por qué, en ese momento completamente inapropiado, mientras él estaba inclinado sobre su zapato, estaba ella tan atormentada de simpatía por él que, al inclinarse también, la sangre le subió a la cara, y pensando en su falta de corazón (lo había llamado comediante) sintió que los ojos se le llenaban y le ardían de lágrimas? Así ocupado le parecía una figura de pathos infinito. Hacía nudos. Compraba botas. No había manera de ayudar al señor Ramsay en el camino que recorría. Pero ahora, justo cuando quería decir algo, podría haber dicho algo quizá, allí estaban: Cam y James. Aparecieron en la terraza. Venían, rémoros, uno al lado del otro, una pareja seria y melancólica.

¿Pero por qué venían así? No podía evitar sentirse irritada con ellos; podían haber venido más animosos; podían haberle dado lo que ahora que se iban ella no tendría la oportunidad de darle. Pues sentía un vacío repentino; una frustración. Su sentimiento había llegado demasiado tarde; allí estaba, listo; pero él ya no lo necesitaba. Se había convertido en un anciano muy distinguido, que no la necesitaba para nada. Se sintió rechazada. Se colgó una mochila al hombro. Repartió los paquetes: había varios, mal envueltos en papel marrón. Mandó a Cam a buscar un capote. Tenía todo el aspecto de un líder preparándose para una expedición. Luego, dando media vuelta, tomó la delantera con su firme paso militar, con esas botas maravillosas, llevando paquetes de papel marrón, por el camino, con sus hijos siguiéndole. Parecían, pensó ella, como si el destino los hubiera consagrado a alguna empresa severa, y se iban a ella, todavía bastante jóvenes para dejarse llevar obedientemente en la estela de su padre, pero con una palidez en los ojos que le hizo sentir que sufrían algo más allá de sus años en silencio. Así pasaron el borde del jardín, y le pareció a Lily que veía pasar una procesión, arrastrada por alguna tensión de sentimiento común que la hacía, por vacilante y desmayada que fuera, una pequeña compañía unida y extrañamente imponente para ella. Cortésmente, pero muy fríamente, el señor Ramsay alzó la mano y la saludó al pasar.

Pero qué cara, pensó, encontrando enseguida la simpatía que no le habían pedido que diera perturbándola en busca de expresión. ¿Qué la había puesto así? Pensar, noche tras noche, supuso: sobre la realidad de las mesas de cocina, añadió, recordando el símbolo que en su vaguedad sobre lo que

pensaba el señor Ramsay le había dado Andrew. (Lo habían matado en el acto la esquirra de una granada, recordó.) La mesa de cocina era algo visionario, austero; algo desnudo, duro, sin ornamento. No tenía color; era todo aristas y ángulos; era inflexiblemente llana. Pero el señor Ramsay tenía siempre los ojos fijos en ella, nunca se dejaba distraer ni engañar, hasta que su cara se fue volviendo consumida también, y ascética, y participaba de esa belleza sin adorno que tanto la impresionaba. Luego, recordó (de pie donde él la había dejado, con el pincel en la mano), las preocupaciones la habían erosionado: con menos nobleza. Debía de haber tenido dudas sobre esa mesa, supuso; si la mesa era una mesa real; si valía la pena el tiempo que le dedicaba; si era capaz de encontrarla al fin. Había tenido dudas, sentía, o habría exigido menos a la gente. De eso hablaban en las noches a veces, sospechaba; y entonces al día siguiente la señora Ramsay parecía cansada, y Lily se ponía furiosa con él por alguna pequeñez absurda. Pero ahora no tenía nadie con quien hablar sobre esa mesa, ni sobre sus botas, ni sobre sus nudos; y era como un león que busca a quién devorar, y su cara tenía ese toque de desesperación, de exageración que la asustaba y la hacía recogerse las faldas. Y luego, recordó, estaba esa revivificación súbita, ese destello repentino (cuando alabó sus botas), esa recuperación repentina de vitalidad e interés por las cosas humanas ordinarias, que también pasaba y cambiaba (pues siempre estaba cambiando, y no ocultaba nada) en esa otra fase final que era nueva para ella y que, lo reconocía, le había hecho avergonzarse de su propia irritabilidad, cuando parecía como si hubiera desprendido de sí preocupaciones y ambiciones, y la esperanza de simpatía y el deseo de alabanza, y hubiera entrado en alguna otra región, siendo atraído, como por curiosidad, en mudo coloquio, ya con él mismo ya con otro, a la cabeza de esa pequeña procesión, fuera de su alcance. ¡Una cara extraordinaria! El portón se cerró de golpe.

III

Así que se han ido, pensó, suspirando con alivio y decepción. Su simpatía parecía habersele devuelto, como una zarza que salta contra la cara. Se sentía curiosamente dividida, como si una parte de ella fuera atraída hacia allá —era un día sereno, brumoso; el faro parecía esa mañana a una distancia inmensa—; la otra se había fijado obstinada, sólidamente, aquí en el jardín. Vio su lienzo como si hubiera flotado y se hubiera colocado blanco e inflex-

ible directamente ante ella. Parecía reprenderla con su mirada fría por toda esa prisa y agitación; esa tontería y ese derroche de emoción; la llamaba drásticamente al orden y extendía por su mente primero una paz, al irse en desbandada las sensaciones desordenadas (él se había ido y ella lo había sentido tanto y no había dicho nada); y luego, el vacío. Miró en blanco el lienzo, con su blanca mirada inflexible; del lienzo al jardín. Había algo (se quedó parada, entornando sus ojillos chinos en su pequeña cara arrugada), algo que recordaba en la relación de esas líneas que cortaban transversalmente, que cortaban hacia abajo, y en la masa del seto con su cueva verde de azules y marrones, que había permanecido en su mente; que había hecho un nudo en su mente de modo que en momentos sueltos, involuntariamente, al caminar por la Brompton Road, al peinarse, se encontraba pintando ese cuadro, recorriéndolo con el ojo, y deshaciendo el nudo en la imaginación. Pero había todo el mundo de diferencia entre planear airadamente lejos del lienzo, y tomar de verdad el pincel y hacer la primera marca.

Había cogido el pincel equivocado con la agitación de la presencia del señor Ramsay, y el caballete, clavado en la tierra con tanta nerviosidad, estaba en el ángulo equivocado. Y ahora que había remediado eso, y al hacerlo había apaciguado las impertinencias e irrelevancias que reclamaban su atención y le hacían recordar cómo era una persona tal y cual, tenía tales y cuales relaciones con las personas, alzó la mano y levantó el pincel. Por un momento permaneció temblando en un éxtasis doloroso pero apasionante en el aire. ¿Por dónde empezar? Esa era la pregunta: ¿en qué punto hacer la primera marca? Una sola línea puesta en el lienzo la comprometía con innumerables riesgos, con decisiones frecuentes e irrevocables. Todo lo que en idea parecía sencillo se volvía en la práctica inmediatamente complejo; como las olas que desde lo alto del acantilado toman formas simétricas, pero para el nadador entre ellas quedan divididas por abruptos precipicios y crestas espumosas. Aún así el riesgo había que correrlo; la marca había que hacerla.

Con una curiosa sensación física, como si fuera empujada hacia adelante y al mismo tiempo debiera contenerse, hizo su primera pincelada rápida y decisiva. El pincel descendió. Centelleó en marrón sobre el lienzo blanco; dejó una marca corrida. Una segunda vez lo hizo: una tercera. Y así, haciendo pausas y centelleando, logró un movimiento rítmico y danzarín, como si

las pausas fueran una parte del ritmo y las pinceladas otra, y todo estuviera relacionado; y así, con ligereza y rapidez haciendo pausas, golpeando, surcó el lienzo con líneas marrones corridas y nerviosas que no bien se habían asentado allí encerraban (lo sentía surgir ante ella) un espacio. En el hueco de una ola vio la siguiente ola alzándose cada vez más alta sobre ella. Pues ¿qué podía ser más formidable que ese espacio? Allí estaba de nuevo, pensó, retrocediendo para mirarlo, arrancada del cotilleo, de la vida, de la comunidad con las personas a la presencia de este formidable y antiguo enemigo suyo: esta otra cosa, esta verdad, esta realidad, que de pronto la asía, emergía desnuda al fondo de las apariencias y reclamaba su atención. Estaba a medias reacia, a medias indispuesta. ¿Por qué estar siempre arrastrada y empujada? ¿Por qué no dejarla en paz, para hablar con el señor Carmichael en el jardín? Era una forma de trato exigente de todos modos. Otros objetos de veneración se contentaban con la veneración; los hombres, las mujeres, Dios, todos dejaban que uno se postrara de rodillas; pero esta forma, aunque fuera solo la silueta de una pantalla de lámpara blanca que surgía sobre una mesa de mimbre, te despertaba al combate perpetuo, te desafiaba a un combate en el que estabas destinado a ser vencida. Siempre (era por su naturaleza, o por su sexo, no sabía cuál) antes de cambiar la fluidez de la vida por la concentración de la pintura tenía unos momentos de desnudez en que parecía como un alma nonata, un alma despojada de cuerpo, vacilando en algún ventoso pináculo y expuesta sin protección a todas las ráfagas de la duda. ¿Por qué lo hacía entonces? Miró el lienzo, suavemente surcado con líneas corridas. Colgaría en los cuartos de los criados. Lo enrollarían y lo meterían bajo un sofá. ¿De qué servía hacerlo entonces? Y oyó alguna voz diciéndole que no sabía pintar, que no sabía crear, como si la hubieran atrapado en una de esas corrientes habituales en las que, después de cierto tiempo, la experiencia se forma en la mente, de modo que uno repite palabras sin saber ya quién las pronunció originalmente.

No sabe pintar, no sabe escribir, murmuró monótonamente, ansiosamente considerando cuál debía ser su plan de ataque. Pues la masa se cernía ante ella; sobresalía; la sentía presionando sobre los globos oculares. Luego, como si algún jugo necesario para la lubricación de sus facultades fuera espontáneamente segregado, empezó precariamente a mezclar entre los azules y los ocres, moviendo el pincel de aquí para allá, pero ahora era más pesado y iba más despacio, como si hubiera caído en algún ritmo que le era dictado (seguía mirando el seto, el lienzo) por lo que veía, de modo que

mientras la mano le vibraba de vida, ese ritmo era suficientemente fuerte para llevarla con él en su corriente. Ciertamente estaba perdiendo la conciencia de las cosas externas. Y al perder la conciencia de las cosas externas, y de su nombre y su personalidad y su apariencia, y de si el señor Carmichael estaba allí o no, su mente seguía lanzando desde sus profundidades escenas y nombres y dichos y recuerdos e ideas, como una fuente que brota sobre ese espacio blanco, cegador, terriblemente difícil, mientras lo modelaba con verdes y azules.

Charles Tansley solía decir eso, recordó: las mujeres no saben pintar, no saben escribir. Llegando por detrás, se había quedado pegado a su lado, algo que detestaba, mientras pintaba aquí en este mismo sitio. «Tabaco de picadura», decía, «cinco peniques la onza», haciendo alarde de su pobreza, de sus principios. (Pero la guerra había arrancado el agujón de su feminismo. Pobres diablos, pensaba uno, pobres diablos, de ambos sexos.) Siempre llevaba un libro bajo el brazo: un libro violeta. «Trabajaba». Estaba sentado, recordaba, trabajando a pleno sol. En la cena se ponía justo en medio de la vista. Pero al fin y al cabo, reflexionó, estaba la escena en la playa. Eso había que recordarlo. Era una mañana de viento. Todos habían bajado a la playa. La señora Ramsay se sentó y escribió cartas junto a una roca. Escribía y escribía. «Oh», dijo, mirando algo que flotaba en el mar, «¿es una nasa de langosta? ¿Es una barca volcada?» Tenía tan mala vista que no podía ver, y entonces Charles Tansley se puso tan amable como era capaz de ponerse. Empezó a jugar a caballitos. Elegían piedrecillas planas y negras y las hacían saltar sobre las olas. De vez en cuando la señora Ramsay levantaba los ojos por encima de las gafas y se reía de ellos. Lo que dijeron no lo recordaba, pero sí a ella y a Charles tirando piedras y entendiéndose muy bien de repente, y a la señora Ramsay mirándolos. Era muy consciente de eso. La señora Ramsay, pensó, retrocediendo un paso y entornando los ojos. (Debía de haber alterado bastante el diseño cuando estaba sentada en el escalón con James. Debía de haber una sombra.) Cuando pensaba en ella y Charles jugando a caballitos y en toda la escena de la playa, parecía depender de algún modo de la señora Ramsay sentada bajo la roca, con un bloc en la rodilla, escribiendo cartas. (Escribía innumerables cartas, y a veces el viento las cogía y ella y Charles solo alcanzaban a salvar una página del mar.) Pero ¿qué poder había en el alma humana!, pensó. Esa mujer sentada allí escribiendo bajo la roca lo resolvía todo en sencillez; hacía que esas iras e irritaciones se desprendieran como trapos viejos; juntaba esto y

aquello y esto, y así hacía de esa estupidez y maldad de poca monta (ella y Charles discutiendo, escareciéndose, habían sido estúpidos y mezquinos) algo: esta escena en la playa, por ejemplo, ese momento de amistad y simpatía, que había sobrevivido, después de todos esos años, intacto, de modo que se zambullía en él para renovar su recuerdo de él, y allí permanecía en la mente afectándola casi como una obra de arte.

«Como una obra de arte», repitió, mirando del lienzo a los escalones del salón y de vuelta. Tenía que descansar un momento. Y descansando, mirando de uno a otro vagamente, la vieja pregunta que recorría perpetuamente el cielo del alma, la pregunta vasta, general, que tendía a particularizarse en momentos como estos, cuando aflojaba las facultades que habían estado en tensión, se cernió sobre ella, se detuvo sobre ella, la ensombreció. ¿Cuál es el significado de la vida? Eso era todo: una pregunta sencilla; una que tendía a cerrarse sobre uno con los años. La gran revelación nunca había llegado. Quizá la gran revelación nunca llegara. En cambio había pequeños milagros cotidianos, iluminaciones, cerillas que se encendían inesperadamente en la oscuridad; aquí había una. Esto, aquello, y lo otro; ella y Charles Tansley y la ola que rompía; la señora Ramsay uniéndolos; la señora Ramsay diciendo «Que la vida se detenga aquí»; la señora Ramsay haciendo del momento algo permanente (igual que en otra esfera la propia Lily intentaba hacer del momento algo permanente): esto era de la naturaleza de una revelación. En medio del caos había forma; este pasar y fluir eterno (miró las nubes que se iban y las hojas que se agitaban) estaba labrado en estabilidad. Que la vida se detenga aquí, dijo la señora Ramsay. «¡Señora Ramsay! ¡Señora Ramsay!», repitió. Se lo debía todo a ella.

Todo era silencio. Nadie parecía estar todavía en movimiento en la casa. La miró allí durmiendo en la temprana luz del sol con sus ventanas verdes y azules con el reflejo de las hojas. El tenue pensamiento en que pensaba sobre la señora Ramsay parecía en consonancia con esta casa quieta; este humo; este aire fresco de primera mañana. Tenue e irreal, era asombrosamente puro y apasionante. Esperaba que nadie abriera la ventana ni saliera de la casa, sino que la dejaran sola para seguir pensando, para seguir pintando. Se volvió hacia el lienzo. Pero empujada por alguna curiosidad, impulsada por la incomodidad de la simpatía que retenía sin descargar, caminó uno o dos pasos hasta el borde del jardín para ver si, allá abajo en la playa, podía ver a esa pequeña compañía haciéndose a la vela. Allá abajo entre los

pequeños botes que flotaban, algunos con las velas recogidas, algunos moviéndose despacio, pues el día estaba muy en calma, había uno bastante apartado de los otros. La vela se estaba izando en ese mismo momento. Decidió que allí, en ese barquito muy lejano y completamente silencioso, estaba sentado el señor Ramsay con Cam y James. Ahora habían izado la vela; ahora, tras un pequeño desmayo y vacilación, las velas se llenaron y, en vuelta en silencio profundo, vio el barco tomar su rumbo con deliberación, más allá de los otros botes, hacia el mar.

IV

Las velas batían sobre sus cabezas. El agua gorjeaba y golpeaba los costados del barco, que dormitaba inmóvil al sol. De vez en cuando las velas se rizaban con una pequeña brisa, pero el rizo las recorría y cesaba. El barco no hacía ningún movimiento. El señor Ramsay estaba sentado en el centro del barco. Estaría impaciente en un momento, pensó James, y pensó Cam, mirando a su padre, que estaba sentado en el centro del barco entre ellos (James gobernaba; Cam estaba sola en la proa) con las piernas muy encogidas. Odiaba esperar. Y efectivamente, tras agitarse un segundo o dos, le dijo algo brusco al chico de Macalister, que sacó los remos y se puso a remar. Pero su padre, sabían, nunca estaría satisfecho hasta que fueran volando. Seguiría buscando una brisa, agitándose, diciendo cosas entre dientes que Macalister y el chico de Macalister oirían, y los dos se sentirían horriblemente incómodos. Los había hecho venir. Los había obligado a venir. En su ira esperaban que la brisa no se levantara nunca, que lo contrariaran en todos los sentidos posibles, puesto que los había obligado a venir en contra de su voluntad.

Durante todo el camino hacia la playa habían ido retrasándose juntos, aunque él los instaba — «Andad, andad» — sin hablar. Tenían la cabeza baja, la cabeza abatida por algún viento implacable. Hablarle no podían. Tenían que venir; tenían que seguirle. Tenían que caminar detrás de él llevando paquetes de papel marrón. Pero prometieron, en silencio, al caminar, apoyarse mutuamente y cumplir el gran pacto: resistir la tiranía hasta la muerte. Así que allí estarían sentados, uno en un extremo del bote, el otro en el otro, en silencio. No dirían nada, solo le mirarían de vez en cuando donde estaba sentado con las piernas torcidas, frunciendo el ceño y agitándose, y gruñendo y resoplado y murmurando cosas para sí, y esperando

impaciente una brisa. Y esperaban que estuviera en calma. Esperaban que lo contrariaran. Esperaban que toda la expedición fracasara y que tuvieran que regresar, con sus paquetes, a la playa.

Pero ahora, una vez que el chico de Macalister había remado un poco, las velas giraron lentamente, el barco se estiró, se aplanó y salió disparado. Al instante, como si se hubiera aliviado alguna gran tensión, el señor Ramsay desencogió las piernas, sacó su petaca, se la pasó con un gruñidito a Macalister, y se sintió, lo sabían ellos, por todo lo que sufrían, perfectamente contento. Ahora navegarían así durante horas, y el señor Ramsay le haría a Macalister una pregunta —sobre la gran tormenta del invierno pasado probablemente— y el viejo Macalister la respondería, y fumarían juntos en pipa, y Macalister tomaría un cabo alquitranado entre los dedos, anudando o desanudando algún nudo, y el chico pescaría, y nadie diría nada a nadie. James tendría que mantener el ojo puesto todo el tiempo en la vela. Pues si lo olvidaba, la vela se arrugaba y se agitaba, y el barco aflojaba, y el señor Ramsay diría bruscamente: «¡Atención! ¡Atención!», y el viejo Macalister se volvería despacio en su asiento. Así que oyeron al señor Ramsay hacerle alguna pregunta a Macalister sobre la gran tormenta en Navidad. «Llegó doblegando el cabo», dijo el viejo Macalister, describiendo la gran tormenta en Navidad pasado, cuando diez barcos se habían refugiado en la bahía, y él había visto «uno aquí, uno aquí, uno aquí» (señaló despacio alrededor de la bahía. El señor Ramsay lo siguió, girando la cabeza). Había visto a cuatro hombres aferrados al mástil. Luego desapareció. «Y al final la empujamos», siguió (pero con su ira y su silencio solo captaban alguna palabra aquí y allá, sentados en los extremos opuestos del bote, unidos por su pacto de combatir la tiranía hasta la muerte). Al final la habían empujado, habían botado el bote salvavidas, y lo habían sacado más allá del cabo: Macalister contaba la historia; y aunque solo captaban una palabra aquí y allá, eran conscientes todo el tiempo de su padre: cómo se inclinaba hacia adelante, cómo acompasaba la voz a la de Macalister; cómo, fumando en pipa y mirando aquí y allá adonde señalaba Macalister, saboreaba el pensamiento de la tormenta y la noche oscura y los pescadores luchando allí. Le gustaba que los hombres trabajaran y sudaran en la playa ventosa de noche; que midieran sus músculos y su cerebro con las olas y el viento; le gustaba que los hombres trabajaran así, y las mujeres llevaran la casa, y se sentaran junto a niños dormidos dentro, mientras los hombres se ahogaban, allá fuera, en una tormenta. Así lo podía ver James, así lo podía ver Cam (lo miraban, se

miraban el uno al otro), por su manera de erguirse la cabeza y su estado de alerta y el timbre de su voz, y el leve matiz de acento escocés que entraba en su voz, haciéndolo parecer él mismo un campesino, mientras le preguntaba a Macalister sobre los once barcos que habían sido arrastrados por la tormenta hacia la bahía. Tres habían naufragado.

Miraba con orgullo adonde señalaba Macalister; y Cam pensó, sintiéndose orgullosa de él sin saber muy bien por qué, que de haber estado allí habría botado el bote salvavidas, habría alcanzado el naufragio, pensó Cam. Era tan valeroso, era tan aventurero, pensó Cam. Pero recordó. Estaba el pacto: resistir la tiranía hasta la muerte. Su agravio los aplastaba. Los habían forzado; los habían mandado. Los había abatido una vez más con su sombrío poder, obligándolos a hacer su voluntad, esta hermosa mañana, a venir, porque así lo quería él, llevando esos paquetes, al faro; a participar en esos ritos que celebraba por su propio placer en memoria de los muertos, que ellos odiaban, de modo que iban rezagándose tras él, y todo el placer del día estaba arruinado.

Sí, la brisa arreciaba. El barco se inclinaba, el agua se cortaba en tajadas y caía en cascadas verdes, en burbujas, en torrentes. Cam miraba hacia abajo a la espuma, hacia el mar con todos sus tesoros dentro, y la velocidad la hipnotizaba, y el lazo entre ella y James se aflojó un poco. Se distendió un poco. Empezó a pensar: Qué rápido va. ¿Adónde vamos? Y el movimiento la hipnotizaba, mientras James, con el ojo fijo en la vela y en el horizonte, gobernaba con seriedad. Pero él empezó a pensar mientras gobernaba que podría escapar; que podría liberarse de todo eso. Podrían desembarcar en algún sitio; y ser libres entonces. Los dos, mirándose por un momento, tuvieron una sensación de escape y exaltación, tanto por la velocidad como por el cambio. Pero la brisa despertó también en el señor Ramsay la misma agitación, y mientras el viejo Macalister se volvía para lanzar su sedal por la borda, él gritó en voz alta:

—«Percimos», y luego otra vez, «cada uno solo.» —Y luego con su espasmo habitual de arrepentimiento o timidez, se refrenó, y agitó la mano hacia la orilla.

—Mira la casita —dijo, señalando, queriendo que Cam mirara. Ella se levantó sin ganas y miró. Pero ¿cuál era? Ya no podía distinguir, allá en la ladera, cuál era su casa. Todo parecía lejano y tranquilo y extraño. La orilla

parecía refinada, lejana, irreal. Ya la pequeña distancia que habían navegado los había alejado de ella y le había dado el aspecto cambiado, el aspecto sereno, de algo que se aleja en lo que uno ya no tiene parte alguna. ¿Cuál era su casa? No la veía.

— «Pero yo bajo un mar más brusco» — murmuró el señor Ramsay. Había encontrado la casa y viéndola así, también se había visto allí; se había visto caminando por la terraza, solo. Caminaba de aquí para allá entre los jarrones; y se veía a sí mismo muy viejo y encorvado. Sentado en el barco, se encorvó, se recogió, representando al instante su papel: el papel de un hombre desolado, viudo, desposeído; y así convocó ante él multitudes de gente que lo compadecía; puso en escena para sí mismo, sentado en el bote, un pequeño drama; que requería de él decrepitud y agotamiento y tristeza (alzó las manos y miró lo delgadas que estaban, para confirmar su sueño) y entonces se le prodigaba en abundancia la simpatía de las mujeres, e imaginaba cómo lo consolarían y simpatizarían con él, y así obteniendo en su sueño algún reflejo del exquisito placer que le producía la simpatía de las mujeres, suspiró y dijo suave y melancólicamente:

Pero yo bajo un mar más brusco

fui sumergido en abismos más hondos que él,

de modo que las melancólicas palabras fueron oídas con toda claridad por todos ellos. Cam se medio levantó de su asiento. La golpeó: la indignó. El movimiento sacudió a su padre; y se estremeció y se interrumpió, exclamando: «¡Mira! ¡Mira!» con tanta urgencia que James también volvió la cabeza para mirar por encima del hombro a la isla. Todos miraron. Miraron a la isla.

Pero Cam no veía nada. Estaba pensando en cómo todos esos senderos y el jardín, tupidos y enredados con las vidas que habían vivido allí, habían desaparecido: habían sido borrados; habían pasado; eran irreales, y ahora esto era real: el barco y la vela con su remiendo; Macalister con sus pendientes; el ruido de las olas: todo esto era real. Pensando esto, murmuraba para sí: «Percimos, cada uno solo», pues las palabras de su padre se rompían y se rompían de nuevo en su mente, cuando su padre, viéndola mirar así vagamente, empezó a tomarle el pelo. ¿Es que no sabía los puntos del compás? preguntó. ¿Es que no sabía el Norte del Sur? ¿Acaso creía que vivían allá mismo? Y señaló de nuevo, y le mostró dónde estaba su casa:

allí, junto a esos árboles. Deseaba que intentara ser más exacta, dijo: «Dime: ¿cuál es el Este, cuál el Oeste?» dijo, a medias riendo de ella, a medias riéndola, pues no podía entender el estado mental de nadie, que no fuera absolutamente imbécil, que no supiera los puntos del compás. Y sin embargo ella no los sabía. Y viéndola mirar, con sus ojos vagos, algo asustados ahora, fijos donde no había ninguna casa, el señor Ramsay olvidó su sueño; cómo caminaba de aquí para allá entre los jarrones de la terraza; cómo los brazos se tendían hacia él. Pensó: las mujeres son siempre así; la vaguedad de sus mentes es desesperante; era algo que nunca había conseguido entender; pero era así. Había sido así con ella: con su mujer. No podían mantener nada claramente fijo en la mente. Pero él había tenido razón en no enfadarse con ella; además, ¿no le gustaba en cierto modo esa vaguedad en las mujeres? Era parte de su extraordinario encanto. La haré sonreírme, pensó. Parece asustada. Estaba muy callada. Apretó los dedos y se determinó a que su voz y su cara y todos los gestos expresivos y rápidos de que había dispuesto para hacer que la gente lo compadeciera y lo alabara todos esos años se disciplinaran. La haría sonreírle. Encontraría algo sencillo y fácil que decirle. Pero ¿qué? Pues, absorbo en su trabajo como estaba, olvidaba el tipo de cosas que uno dice. Había un perrito. Tenían un perrito. ¿Quién cuidaba del perrito hoy? preguntó. Sí, pensó James sin compasión, viendo la cabeza de su hermana contra la vela: ahora cederá. Me dejarán solo para luchar contra el tirano. El pacto quedaría en manos de él cumplirlo. Cam nunca resistiría la tiranía hasta la muerte, pensó sombrío, observando su cara, triste, hosca, rindiéndose. Y como a veces, cuando una nube cae sobre una ladera verde y desciende la gravedad y allí entre todos los montes circundantes hay sombra y tristeza, y parece como si los propios montes debieran meditar el destino de la ensombrecida, de la oscurecida, ya con piedad o con júbilo maligno ante su consternación: así Cam se sintió ahora ensombrecida, sentada allí entre gente tranquila y resuelta y preguntándose cómo contestar a su padre sobre el perrito; cómo resistir su súplica —perdóname, cuídame— mientras James el legislador, con las tablas de eterna sabiduría abiertas sobre las rodillas (la mano en el timón se había vuelto simbólica para ella), decía: Resístele. Combátelo. Lo decía con razón; con justicia. Pues debían combatir la tiranía hasta la muerte, pensó. De todas las cualidades humanas la que más reverenciaba era la justicia. Su hermano era el más parecido a un dios, su padre el más suplicante. ¿Y a cuál cedía?, pensó, sentada entre los dos, mirando la orilla cuyos puntos le eran todos de-

sconocidos, y pensando en cómo el jardín y la terraza y la casa habían sido suavizados lejos ahora y la paz moraba allí.

—Jasper —dijo hosca. Él cuidaría el perrito.

¿Y cómo iba a llamarlo? insistió su padre. Él había tenido un perro cuando era un niño pequeño, que se llamaba Frisk. Cederá, pensó James, al ver llegar a su cara una expresión que recordaba. Miran hacia abajo, pensó, al tejido o a algo. Luego de pronto alzan la vista. Hubo un destello de azul, recordó, y luego alguien que estaba sentado junto a él se rió, se rindió, y él se enfadó mucho. Debía de haber sido su madre, pensó, sentada en una silla baja, con su padre de pie sobre ella. Empezó a buscar entre la serie infinita de impresiones que el tiempo había ido depositando, hoja sobre hoja, pliegue sobre pliegue, suave, incesantemente sobre su cerebro; entre olores, sonidos; voces, ásperas, huecas, dulces; y luces que pasan, y escobas que golpetean; y el vaivén y el susurro del mar, cómo un hombre había ido y venido y se había detenido rígido, erecto, sobre ellos. Mientras tanto, notó, Cam chapoteaba los dedos en el agua, y miraba la orilla y no decía nada. No, no cederá, pensó; es diferente, pensó. Bueno, si Cam no iba a responderle, no la molestaría, decidió el señor Ramsay, buscando en el bolsillo un libro. Pero ella respondería; deseaba, apasionadamente, mover algún obstáculo que le entorpecía la lengua y decir: Oh, sí, Frisk. Lo llamaré Frisk. Quería incluso decir: ¿Era ese el perro que encontró el camino solo por el páramo? Pero por más que lo intentara no se le ocurría nada que decir así, fiero y leal al pacto, pasándole a su padre, sin que James lo advirtiera, una señal privada del amor que sentía por él. Pues pensaba, chapoteando la mano (y ahora el chico de Macalister había pescado una caballa, que yacía retorciéndose en el suelo del bote, con sangre en las agallas) pues pensaba, mirando a James que mantenía los ojos impassiblemente en la vela, o miraba de vez en cuando por un segundo al horizonte: tú no estás expuesto a ello, a esta presión y división del sentimiento, a esta extraordinaria tentación. Su padre estaba buscando en los bolsillos; en otro segundo habría encontrado el libro. Pues nadie la atraía más; sus manos eran hermosas, y sus pies, y su voz, y sus palabras, y su precipitación, y su genio, y su rareza, y su pasión, y su costumbre de decir en voz alta ante todos: perecemos, cada uno solo, y su lejanía. (Había abierto el libro.) Pero lo que seguía siendo intolerable, pensó, incorporándose y mirando al chico de Macalister arrancar el anzuelo de las agallas de otro pez, era esa ceguera abismal y esa tiranía suya que

habían envenenado su infancia y levantado tormentas amargas, de modo que incluso ahora se despertaba en la noche temblando de rabia y recordaba alguna orden suya; alguna insolencia: «Haz esto.» «Haz aquello.» Su dominio: su «Sométete a mí.»

Así que no dijo nada, sino que miró obstinada y tristemente la orilla, envuelta en su manto de paz; como si las personas de allí se hubieran quedado dormidas, pensó; fueran libres como el humo, libres de ir y venir como fantasmas. Allí no sufren, pensó.

V

Sí, ese es su barco, decidió Lily Briscoe, de pie en el borde del jardín. Era el barco con velas de un marrón grisáceo, que vio ahora aplanarse sobre el agua y salir disparado cruzando la bahía. Allí está sentado, pensó, y los niños están todavía completamente en silencio. Y ella tampoco podía llegar hasta él. La simpatía que no le había dado la aplastaba. Le hacía difícil pintar.

Siempre le había resultado difícil. Nunca había podido elogiarlo en su cara, recordó. Y eso reducía su relación a algo neutro, sin ese elemento de sexo que hacía su trato con Minta tan galante, casi alegre. Le buscaría una flor, le prestaría sus libros. Pero ¿podría él creer que Minta los leía? Los arrastraba por el jardín metiendo hojas para señalar la página.

—¿Lo recuerda usted, señor Carmichael? —se sentía inclinada a preguntar, mirando al viejo. Pero él se había calado el sombrero hasta la mitad de la frente; estaba dormido, o soñando, o yacía allí atrapando palabras, supuso ella.

—¿Lo recuerda? —se sentía inclinada a preguntarle al pasar junto a él, pensando de nuevo en la señora Ramsay en la playa; el barrilito que subía y bajaba; y las páginas que volaban. ¿Por qué, después de todos esos años, había sobrevivido eso, rodeado de un halo, iluminado, visible hasta el último detalle, con todo lo anterior en blanco y todo lo posterior en blanco, durante kilómetros y kilómetros?

—¿Es un barco? ¿Es un corcho? —diría, repitió Lily, volviendo, de mala gana otra vez, a su lienzo. Gracias a Dios por ello, el problema del espacio persistía, pensó, cogiendo el pincel de nuevo. La miraba fijamente. Toda la

masa del cuadro estaba equilibrada sobre ese peso. Hermoso y brillante debía ser en la superficie, vaporoso y evanescente, un color fundiéndose con otro como los colores del ala de una mariposa; pero debajo la trama tenía que estar sujeta con pernos de hierro. Tenía que ser una cosa que se pudiera agitar con el aliento; y una cosa que no se pudiera desalojar con una yunta de caballos. Y comenzó a extender un rojo, un gris, y comenzó a modelar su camino hacia el hueco allí. Al mismo tiempo, parecía estar sentada junto a la señora Ramsay en la playa.

—¿Es un barco? ¿Es un barrilito? —dijo la señora Ramsay. Y empezó a buscar las gafas por todas partes. Y se sentó, una vez encontradas, en silencio, mirando al mar. Y Lily, pintando con firmeza, sintió como si se hubiera abierto una puerta, y uno entrara y se quedara contemplando en silencio en un lugar alto como una catedral, muy oscuro, muy solemne. Llegaban gritos de un mundo lejano. Los vapores desaparecían en tallos de humo en el horizonte. Charles lanzaba piedras haciéndolas rebotar.

La señora Ramsay estaba sentada en silencio. Estaba contenta, pensó Lily, de descansar en silencio, sin comunicarse; de descansar en la oscuridad extrema de las relaciones humanas. ¿Quién sabe lo que somos, lo que sentimos? ¿Quién sabe incluso en el momento de la intimidad si esto es conocimiento? ¿No se estropean las cosas, se preguntaría la señora Ramsay (parecía haber sucedido tan a menudo, este silencio a su lado), al decir las? ¿No somos más expresivos así? El momento al menos parecía extraordinariamente fértil. Hizo un pequeño agujero en la arena y lo tapó, como enterando en él la perfección del momento. Era como una gota de plata en la que uno se sumergía e iluminaba la oscuridad del pasado.

Lily retrocedió para que su lienzo quedara —así— en perspectiva. Era un camino extraño para caminar, este de la pintura. Uno iba hacia fuera y más hacia fuera, cada vez más lejos, hasta que al final parecía estar en una tabla estrecha, completamente solo, sobre el mar. Y al sumergirse en la pintura azul, se sumergía también en el pasado de allí. Ahora la señora Ramsay se levantó, recordó. Era hora de volver a la casa: hora del almuerzo. Y todos subieron de la playa juntos, ella caminando detrás con William Bankes, y allí estaba Minta delante de ellos con un agujero en la media. ¡Cómo ese pequeño agujero redondo de talón rosado parecía pavonearse ante ellos! ¡Cómo lo deploraba William Bankes, sin, por lo que ella podía recordar, decir nada al respecto! Significaba para él la aniquilación de la femineidad, y

la suciedad y el desorden, y las criadas que se van y las camas sin hacer a mediodía: todas las cosas que más aborrecía. Tenía una manera de estremecerse y extender los dedos como para cubrir un objeto poco grato que hizo ahora: sostenía la mano ante sí. Y Minta seguía andando delante, y presumiblemente Paul la encontró y se fue con Paul al jardín.

Los Rayley, pensó Lily Briscoe, exprimiendo su tubo de pintura verde. Reunió sus impresiones de los Rayley. Sus vidas se le aparecían en una serie de escenas: una, en la escalera al amanecer. Paul había llegado y se había acostado temprano; Minta llegaba tarde. Allí estaba Minta, enojada, pintada, chillona en la escalera hacia las tres de la madrugada. Paul salió en pijama llevando un atizador por si había ladrones. Minta comía un bocadillo de pie a mitad de la escalera junto a una ventana, en la luz cadavérica de la madrugada, y la alfombra tenía un agujero. Pero ¿qué se dijeron? Se preguntó Lily, como si mirando pudiera oírlos. Minta siguió comiendo el bocadillo, de manera molesta, mientras él decía algo violento, insultándola, en voz baja para no despertar a los niños, los dos niños pequeños. Él estaba marchito, tenso; ella llamativa, descuidada. Pues las cosas se habían aflojado después del primer año; el matrimonio había salido bastante mal.

Y esto, pensó Lily, tomando la pintura verde en el pincel, este inventarse escenas sobre ellos, ¿es lo que llamamos «conocer» a las personas, «pensar» en ellas, «quererlas»? Ni una palabra era verdad; se lo había inventado; pero así era como las conocía de todas formas. Siguió abriendo camino en su cuadro, en el pasado.

Otra vez, Paul dijo que «jugaba al ajedrez en las cafeterías». También sobre esa frase había construido toda una estructura de imaginación. Recordaba cómo, al decirlo, pensó que llamaba a la criada, y ella le decía: «La señora Rayley no está, señor», y él decidía que tampoco volvería a casa. Lo veía sentado en el rincón de algún lugar lúgubre donde el humo se pegaba a los asientos de terciopelo rojo, y las camareras llegaban a conocerle, y jugaba al ajedrez con un hombrecillo que estaba en el comercio del té y vivía en Surbiton, pero eso era todo lo que Paul sabía de él. Y luego Minta no estaba cuando él volvía a casa y luego estaba aquella escena en la escalera, cuando cogió el atizador por si había ladrones (sin duda también para asustarla) y habló con tanta amargura, diciéndole que le había arruinado la vida. En cualquier caso, cuando fue a visitarlos a una casita cerca de Rickmansworth las cosas estaban horriblemente tensas. Paul la llevó al jardín a ver los cone-

jos belgas que criaba, y Minta los siguió, cantando, y puso su brazo desnudo sobre el hombro de él, para que no le contara nada.

A Minta le aburrían los conejos, pensó Lily. Pero Minta nunca se traicionaba. Nunca decía cosas así sobre jugar al ajedrez en las cafeterías. Era demasiado consciente, demasiado cautelosa. Pero siguiendo con su historia: ya habían superado la etapa peligrosa. Había estado de visita con ellos el verano pasado algún tiempo, y el coche se averió y Minta tuvo que pasarle las herramientas. Él estaba sentado en la carretera arreglando el coche, y era la manera en que ella le pasaba las herramientas —eficaz, directa, amigable— lo que probaba que ahora todo iba bien. Ya no estaban «enamorado»; no, él había encontrado a otra mujer, una mujer seria, con el pelo en trenza y un maletín en la mano (Minta la había descrito con gratitud, casi con admiración), que iba a reuniones y compartía las opiniones de Paul (que se habían ido acentuando cada vez más) sobre el impuesto sobre el valor del suelo y una contribución sobre el capital. Lejos de romper el matrimonio, esa alianza lo había recompuesto. Eran obviamente excelentes amigos, según se veía al estar él sentado en la carretera y ella pasándole las herramientas.

Así que esa era la historia de los Rayley, pensó Lily. Se imaginó contándosela a la señora Ramsay, que estaría llena de curiosidad por saber qué había sido de los Rayley. Se sentiría un poco triunfante, contándole a la señora Ramsay que el matrimonio no había sido un éxito.

Pero los muertos, pensó Lily, topando con algún obstáculo en su diseño que la hizo detenerse y reflexionar, retrocediendo un paso, ¡ay, los muertos!, murmuró: uno los compadecía, uno los apartaba de un manotazo, uno tenía incluso un poco de desprecio hacia ellos. Están a nuestra merced. La señora Ramsay se ha desvanecido y se ha ido, pensó. Podemos pasar por encima de sus deseos, mejorar con el tiempo sus ideas limitadas y anticuadas. Se va alejando cada vez más de nosotros. Burlonamente parecía verla allí al final del pasillo de los años diciendo, de todas las cosas incongruentes, «¡Cásate, cástate!» (sentada muy erguida a primera hora de la mañana con los pájaros que empezaban a gorjear en el jardín de fuera). Y a ella habría que decirle: Todo ha ido en contra de tus deseos. Ellos son felices así; yo soy feliz así. La vida ha cambiado completamente. En ese momento todo su ser, incluso su belleza, se volvió por un momento polvoriento y pasado de moda. Por un momento Lily, de pie allí, con el sol ardiendo en la espalda, haciendo re-

cuento de los Rayley, triunfó sobre la señora Ramsay, que nunca sabría que Paul iba a las cafeterías y tenía una amante; que se sentaba en el suelo y Minta le pasaba las herramientas; que ella estaba allí pintando, que nunca se había casado, ni siquiera con William Bankes.

La señora Ramsay lo había planeado. Quizá, de haber vivido, lo habría impuesto. Ya ese verano él era «el más bondadoso de los hombres». Era «el primer científico de su época, según dice mi marido». Era también «el pobre William: me da tanta pena, cuando voy a verlo, no encontrar nada agradable en su casa, nadie que arregle las flores». Así que los mandaban a pasear juntos, y a ella le decían, con ese leve toque de ironía que hacía a la señora Ramsay escabullirse entre los dedos, que tenía una mente científica; que le gustaban las flores; que era tan exacta. ¿Qué manía era esa que tenía por el matrimonio?, se preguntó Lily, yendo y viniendo junto al caballete.

(De pronto, con la misma repentinidad con que una estrella se desliza en el cielo, una luz rojiza pareció arder en su mente, cubriendo a Paul Rayley, emanando de él. Se alzó como un fuego encendido en señal de alguna celebración por salvajes en una playa lejana. Oyó el rugido y el chasquido. Todo el mar por kilómetros a la redonda corría rojo y dorado. Algún olor a vino se mezclaba con él y la embriagaba, pues sintió de nuevo su propio deseo precipitado de arrojarle del acantilado y ahogarse buscando un broche de perlas en una playa. Y el rugido y el chasquido la repelían con miedo y repugnancia, como si al ver su esplendor y su poder viera también cómo se alimentaba del tesoro de la casa, con avidez, de manera repugnante, y lo aborreciera. Pero como visión, como gloria, superaba todo lo que había experimentado, y ardía año tras año como una señal de fuego en una isla desierta en el borde del mar, y bastaba con decir «enamorado» y al instante, como sucedía ahora, volvía a alzarse el fuego de Paul. Y se apagó y se dijo a sí misma, riendo: «Los Rayley»; cómo Paul iba a las cafeterías y jugaba al ajedrez.)

Solo había escapado por los pelos, pensó. Había estado mirando el mantel, y le había venido de golpe que movería el árbol al centro, y que no tendría que casarse con nadie, y había sentido una exultación enorme. Había sentido que ahora podría plantarle cara a la señora Ramsay: un tributo al asombroso poder que la señora Ramsay tenía sobre uno. Haz esto, decía, y uno lo hacía. Incluso su sombra en la ventana con James estaba llena de autoridad. Recordaba cómo William Bankes había quedado escandalizado por

su descuido del significado de madre e hijo. ¿Acaso no admiraba su belleza?, dijo. Pero William, recordaba, la había escuchado con sus sabios ojos de niño cuando ella explicó que no era irreverencia: que una luz ahí necesitaba una sombra ahí, etcétera. No pretendía menospreciar un tema que, convenían, Rafael había tratado divinamente. No era cínica. Todo lo contrario. Gracias a su mente científica comprendía: una prueba de inteligencia desinteresada que la había complacido y reconfortado enormemente. Con un hombre se podía hablar en serio de pintura entonces. En efecto, su amistad había sido uno de los placeres de su vida. Quería a William Bankes.

Iban a Hampton Court y él siempre la dejaba, como el perfecto caballero que era, tiempo suficiente para lavarse las manos, mientras él paseaba junto al río. Eso era típico de su relación. Muchas cosas se quedaban sin decir. Luego paseaban por los patios y admiraban, verano tras verano, las proporciones y las flores, y él le contaba cosas sobre perspectiva, sobre arquitectura, mientras caminaban, y se detendría a mirar un árbol, o la vista sobre el lago, y admiraba un niño —(era su gran pena: no tenía hija)— de la manera vaga y distante que era natural en un hombre que pasaba tanto tiempo en laboratorios que el mundo cuando salía parecía deslumbrarle, de modo que caminaba despacio, alzaba la mano para protegerse los ojos y se detenía, con la cabeza echada hacia atrás, simplemente para respirar el aire. Luego le contaba que su ama de llaves estaba de vacaciones; que tenía que comprar una alfombra nueva para la escalera. Quizá ella iría con él a comprar una alfombra nueva para la escalera. Y una vez algo le llevó a hablar de los Ramsay y dijo que la primera vez que la vio llevaba un sombrero gris; no tendría más de diecinueve o veinte años. Era asombrosamente hermosa. Se quedó allí mirando la avenida de Hampton Court como si pudiera verla allí entre las fuentes.

Miró ahora el escalón del salón. Vio, a través de los ojos de William, la figura de una mujer, apacible y silenciosa, con los ojos bajos. Estaba sentada meditando, reflexionando (iba de gris ese día, pensó Lily). Tenía los ojos inclinados. Nunca los levantaría. Sí, pensó Lily, mirando fijamente, debo de haberla visto con esa expresión, pero no de gris; ni tan quieta, ni tan joven, ni tan tranquila. La figura acudía con suficiente facilidad. Era asombrosamente hermosa, como decía William. Pero la belleza no lo era todo. La belleza tenía este inconveniente: llegaba demasiado fácilmente, llegaba de-

masiado completamente. Inmovilizaba la vida: la congelaba. Uno olvidaba las pequeñas agitaciones; el rubor, la palidez, alguna distorsión extraña, alguna luz o sombra, que hacía la cara irreconocible por un momento y sin embargo añadía una cualidad que uno veía para siempre después. Era más sencillo alisar todo eso bajo la cubierta de la belleza. Pero ¿cuál era la expresión que tenía ella, se preguntó Lily, cuando se encasquetaba el sombrero de cazadora, o cruzaba corriendo el jardín, o regañaba a Kennedy el jardinero? ¿Quién podría decírselo? ¿Quién podría ayudarla?

En contra de su voluntad había emergido a la superficie y se había encontrado a medias fuera del cuadro, mirando, un poco aturdida, como a cosas irreales, al señor Carmichael. Estaba tumbado en su silla con las manos juntas sobre la panza, sin leer ni dormir, sino tomando el sol como una criatura saciada de existencia. Su libro había caído sobre la hierba.

Quería ir directamente hacia él y decir: «¡Señor Carmichael!» Entonces él levantaría los ojos con benevolencia, como siempre, desde sus ojos verdes ahumados y vagos. Pero solo se despertaba a la gente si se sabía lo que se quería decirle. Y quería decir no una cosa, sino todo. Las palabras pequeñas que rompían el pensamiento y lo desmembraban no decían nada. «Sobre la vida, sobre la muerte; sobre la señora Ramsay»: no, pensó, a nadie se le podía decir nada. La urgencia del momento siempre erraba el blanco. Las palabras revoloteaban de lado y golpeaban el objeto varios centímetros demasiado abajo. Luego uno se rendía; luego la idea se hundía de nuevo; luego uno se volvía como la mayoría de la gente de mediana edad, cauteloso, furtivo, con arrugas entre los ojos y una expresión de aprensión perpetua. Pues ¿cómo podría uno expresar con palabras esas emociones del cuerpo? ¿Expresar ese vacío ahí? (Miraba los escalones del salón; tenían un aspecto extraordinariamente vacío.) Era el cuerpo el que sentía, no la mente. Las sensaciones físicas que acompañaban al aspecto desnudo de los escalones se habían vuelto de repente muy desagradables. Querer y no tener enviaba por todo su cuerpo una dureza, un hueco, una tensión. Y luego querer y no tener: querer y querer: ¿cómo eso retorció el corazón, y lo retorció una y otra vez! ¡Oh, señora Ramsay!, llamó en silencio, a esa esencia que estaba junto al barco, a esa abstracción que se había hecho de ella, a esa mujer de gris, como para reprocharle haber partido, y luego, habiendo partido, haber vuelto. Había parecido tan seguro pensar en ella. Fantasma, aire, nada, una cosa con la que podía jugar fácil y tranquilamente a cualquier

hora del día o de la noche, había sido eso, y luego de repente extendía la mano y le retorció el corazón así. De repente, los escalones vacíos del salón, el volante de la silla dentro, el perrito revolcándose en la terraza, toda la ola y el murmullo del jardín se convirtieron en curvas y arabescos que florecían alrededor de un centro de vacío completo.

—¿Qué significa? ¿Cómo lo explica todo? —quería decir, volviéndose al señor Carmichael de nuevo. Pues el mundo entero parecía haberse disuelto en esta hora de la mañana temprana en una poza de pensamiento, una cuenca profunda de realidad, y casi podía uno imaginar que si el señor Carmichael hubiera hablado, por ejemplo, una pequeña rasgadura habría desgarrado la superficie de esa poza. ¿Y entonces? Algo emergería. Se empujaría una mano hacia arriba, se blandiría una hoja. Era una tontería, claro.

Se le ocurrió una noción curiosa: que él sí oía después de todo las cosas que ella no podía decir. Era un viejo impenetrable, con la mancha amarilla en la barba, y su poesía, y sus rompecabezas, navegando serenamente por un mundo que satisfacía todos sus deseos, de modo que le parecía que solo tenía que bajar la mano donde yacía sobre el jardín para pescar lo que quisiera. Miró su cuadro. Eso habría sido su respuesta, presumiblemente: cómo el «tú» y el «yo» y el «ella» pasan y desaparecen; nada permanece; todo cambia; pero no las palabras, no la pintura. Y sin embargo colgaría en los desvanes, pensó; lo enrollarían y lo lanzarían bajo un sofá; y aun así, incluso así, incluso de un cuadro como ese, era verdad. De este garabato, no del cuadro real quizás, sino de lo que intentaba, podría decirse que «permanecía para siempre», iba a decir, o, pues las palabras pronunciadas sonaban incluso para ella demasiado jactanciosas, insinuarlo, sin palabras; cuando, al mirar el cuadro, se sorprendió al descubrir que no podía verlo. Sus ojos estaban llenos de un líquido caliente (no pensó en lágrimas al principio) que, sin perturbar la firmeza de sus labios, espesaba el aire, le rodaba por las mejillas. Tenía un perfecto dominio de sí misma: ¡Oh, sí!, en todo lo demás. ¿Estaba llorando entonces por la señora Ramsay, sin ser consciente de ninguna tristeza? Se dirigió de nuevo al viejo señor Carmichael. ¿Qué era entonces? ¿Qué significaba? ¿Podían las cosas meter las manos y agarrar a uno; podía cortar la hoja; podía aferrar el puño? ¿No había seguridad? ¿No había aprendizaje de memoria de los modos del mundo? ¿Ninguna guía, ningún refugio, sino que todo era milagro, y salto desde el pináculo de una torre al aire? ¿Podría ser, incluso para la gente mayor, que esto fuera la

vida?: ¿sorprendente, inesperada, desconocida? Por un momento sintió que si los dos se levantaran, aquí, ahora en el jardín, y exigieran una explicación, por qué era tan corta, por qué era tan inexplicable, lo dijeran con violencia, como dos seres humanos completamente equipados de los que no debería ocultarse nada podrían hablar, entonces, la belleza se enrollaría sobre sí misma; el espacio se llenaría; esos florilegios vacíos tomarían forma; si gritaran suficientemente fuerte la señora Ramsay volvería. «¡Señora Ramsay!», dijo en voz alta, «¡Señora Ramsay!» Las lágrimas le corrían por la cara.

VI

[El chico de Macalister cogió uno de los peces y cortó un cuadrado de su costado para cebar su anzuelo. El cuerpo mutilado (aún estaba vivo) fue devuelto al mar.]

VII

— ¡Señora Ramsay! — gritó Lily —, ¡señora Ramsay! Pero no ocurrió nada. El dolor se intensificó. ¡Que la angustia pudiera reducir a uno a semejante grado de imbecilidad!, pensó. En cualquier caso el viejo no la había oído. Permanecía benévolo, tranquilo: sublime, si uno elegía pensarlo así. Gracias a Dios, nadie la había oído dar ese grito ignominioso: ¡para, dolor, para! No había perdido obviamente el juicio. Nadie la había visto salir de su tabla al agua de la aniquilación. Seguía siendo una solterona escuálida, con un pincel en la mano.

Y ahora lentamente el dolor de la carencia, y la amarga ira (la habían llamado de vuelta, justo cuando pensaba que nunca volvería a sentir tristeza por la señora Ramsay. ¿La había echado de menos entre las tazas de café del desayuno? En absoluto) menguaron; y de su angustia quedó, como antídoto, un alivio que era bálsamo en sí mismo, y también, pero más misteriosamente, una sensación de que alguien estaba allí, la señora Ramsay, aliviada por un momento del peso que el mundo había puesto sobre ella, posándose ligeramente a su lado y luego (pues esta era la señora Ramsay en toda su belleza) alzándose hasta la frente una corona de flores blancas con la que se marchaba. Lily exprimió los tubos de nuevo. Atacó ese problema del seto. Era extraño lo claramente que la veía, caminando con su acostum-

brada rapidez por campos cuyos pliegues, purpúreos y suaves, entre cuyas flores, jacintos o lirios, desaparecía. Era algún truco del ojo del pintor. Durante días después de haber oído la noticia de su muerte la había visto así, poniéndose la corona en la frente y marchándose sin dudar con su acompañante, una sombra por los campos. La visión, la frase, tenía su poder de consolar. Dondequiera que se encontrara, pintando, aquí, en el campo o en Londres, la visión vendría a ella, y sus ojos, medio cerrándose, buscaban algo en que basar la visión. Miraba por el vagón del ferrocarril, el autobús; tomaba una línea del hombro o la mejilla; miraba las ventanas de enfrente; a Piccadilly, engalanada de lámparas por la noche. Todo había sido parte de los campos de la muerte. Pero siempre algo: podía ser una cara, una voz, un chico que vendía periódicos gritando «Standard, News», se inmiscuía, la reprendía, la despertaba, exigía y al final conseguía un esfuerzo de atención, de modo que la visión había que rehacer la perpetuamente. Ahora de nuevo, movida como estaba por alguna necesidad instintiva de distancia y azul, miró la bahía debajo de ella, haciendo colinas de las franjas azules de las olas, y campos pedregosos de los espacios más violetas; de nuevo fue sacudida como de costumbre por algo incongruente. Había una mancha marrón en mitad de la bahía. Era un barco. Sí, lo comprendió tras un segundo. ¿Pero el barco de quién? El barco del señor Ramsay, se contestó. El señor Ramsay; el hombre que había pasado junto a ella, con la mano alzada, altivo, a la cabeza de una procesión, con sus hermosas botas, pidiéndole simpatía, que ella había negado. El barco estaba ahora a mitad de la bahía.

Tan hermosa era la mañana, salvo por una raya de viento aquí y allá, que el mar y el cielo parecían un solo tejido, como si las velas estuvieran clavadas muy arriba en el cielo, o las nubes hubieran bajado al mar. Un vapor en alta mar había trazado en el aire un gran rollo de humo que permanecía allí curvándose y girando decorativamente, como si el aire fuera una gasa fina que sostenía las cosas y las mantenía suavemente en su malla, solo meciéndolas suavemente de un lado al otro. Y como sucede a veces con el tiempo muy bueno, los acantilados parecían conscientes de los barcos, y los barcos parecían conscientes de los acantilados, como si se transmitieran algún mensaje propio. Pues a veces bastante cerca de la costa, el faro parecía esa mañana en la bruma a una distancia enorme.

—¿Dónde estarán ahora? —pensó Lily, mirando al mar. ¿Dónde estaba él, ese hombre muy viejo que había pasado junto a ella en silencio, llevando

un paquete de papel marrón bajo el brazo? El barco estaba en mitad de la bahía.

VIII

Allí no sienten nada, pensó Cam, mirando la orilla, que, subiendo y bajando, se iba volviendo cada vez más lejana y más serena. Su mano cortaba un surco en el mar, mientras su mente convertía los remolinos y las rayas verdes en dibujos y, adormecida y encapuchada, vagaba en imaginación por ese mundo subacuático donde las perlas se pegaban en racimos a ramas blancas, donde en la luz verde un cambio sobrecogía toda la mente y el cuerpo brillaba semitransparente envuelto en un manto verde.

Luego el remolino se aplacó alrededor de su mano. La corriente del agua cesó; el mundo se llenó de pequeños sonidos que crujían y chirriaban. Se oían las olas rompiéndose y golpeando los costados del bote como si estuvieran anclados en un puerto. Todo se volvió muy próximo. Pues la vela, en la que James tenía los ojos fijos hasta que se había vuelto para él como una persona conocida, quedó completamente flácida; y allí se detuvieron, sacudiéndose y esperando una brisa, bajo el sol ardiente, muy lejos de la costa, muy lejos del faro. Todo en el mundo entero parecía detenerse. El faro se volvió inamovible, y la línea de la costa lejana quedó fija. El sol se hizo más caliente y todo el mundo parecía acercarse mucho entre sí y sentir la presencia de los demás, que casi habían olvidado. El sedal de pesca de Macalister bajó a plomo en el mar. Pero el señor Ramsay siguió leyendo con las piernas encogidas bajo él.

Leía un librito brillante con tapas jaspeadas como un huevo de chorlito. De vez en cuando, mientras estaban allí a la deriva en esa calma horrible, pasaba una página. Y James sentía que cada página se volvía con un gesto peculiar dirigido a él: ora con asertividad, ora con autoridad; ora con la intención de hacer que la gente lo compadeciera; y todo el tiempo, mientras su padre leía y pasaba una tras otra esas pequeñas páginas, James seguía temiendo el momento en que levantara los ojos y le dijera algo brusco sobre alguna cosa u otra. ¿Por qué estaban remoloneando aquí?, exigiría saber, o algo completamente irrazonable como eso. Y si lo hace, pensó James, entonces cogeré un cuchillo y se lo clavaré en el corazón.

Siempre había conservado ese viejo símbolo de coger un cuchillo y clavárselo en el corazón a su padre. Solo que ahora, al hacerse mayor, y quedarse allí mirando a su padre con una rabia impotente, no era él, ese viejo que leía, a quien quería matar, sino la cosa que descendía sobre él: sin que él lo supiera quizás: esa arpía feroz y repentina de alas negras, con sus garras y su pico fríos y duros, que golpeaba y golpeaba (podía sentir el pico en sus piernas desnudas, donde había golpeado cuando era niño) y luego se marchaba, y allí estaba él de nuevo, un viejo, muy triste, leyendo su libro. A eso lo mataría, a eso le clavaría en el corazón. Lo que quiera que hiciera — y podía hacer cualquier cosa, sentía, mirando el faro y la costa lejana — ya fuera en un negocio, en un banco, abogado, un hombre al frente de alguna empresa, eso combatiría, eso seguiría y aplastaría: la tiranía, el despotismo, lo llamaba: obligar a la gente a hacer lo que no quería hacer, cortarles el derecho a hablar. ¿Cómo podría ninguno de ellos decir «pero yo no quiero», cuando él decía: Venid al faro. Haced esto. Traedme aquello? Las alas negras se extendían y el pico duro desgarraba. Y luego al momento siguiente, allí estaba sentado leyendo su libro; y podría mirar hacia arriba — nunca se sabía — de manera bastante razonable. Podría hablar con los Macalister. Podría estar apretando una moneda en la mano helada de alguna anciana en la calle, pensó James, y podría estar vociferando en los juegos de pesca de algún pescador; podría estar agitando los brazos en el aire con entusiasmo. O podría estar sentado a la cabeza de la mesa muerto de silencio de un extremo a otro de la cena. Sí, pensó James, mientras el bote golpeteaba y vagabundeaba bajo el sol ardiente; había un páramo de nieve y roca muy solitario y austero; y allí había llegado a sentir, bastante a menudo últimamente, cuando su padre decía o hacía algo que sorprendía a los demás, que solo había dos pares de huellas; las de él y las de su padre. Solo ellos dos se conocían el uno al otro. ¿Qué era entonces ese terror, ese odio? Volviendo entre las muchas hojas que el pasado había plegado en él, asomándose al corazón de ese bosque donde la luz y la sombra se alternan de tal manera que toda forma queda distorsionada, y uno tropieza, ora con el sol en los ojos, ora en sombra oscura, buscaba una imagen que enfriara y separara y redondeara su sentimiento en una forma concreta. Supón que cuando era un niño sentado indefenso en un cochecito, o en las rodillas de alguien, hubiera visto un carro que aplastara ignorante e inocentemente el pie de alguien. Supón que hubiera visto el pie primero, en la hierba, liso, entero; luego la rueda; y el mismo pie, morado, aplastado. Pero la rueda era inocente. Así

que ahora, cuando su padre venía pisando fuerte por el pasillo a despertarlos temprano por la mañana para ir al faro, bajaba sobre su pie, sobre el pie de Cam, sobre el pie de cualquiera. Uno se sentaba y lo veía.

Pero ¿en qué pie estaba pensando, y en qué jardín ocurrió todo esto? Pues uno tenía escenarios para estas escenas; árboles que crecían allí; flores; una cierta luz; unas pocas figuras. Todo tendía a situarse en un jardín donde no había nada de esta penumbra. Nada de ese arrojarse los brazos; la gente hablaba en un tono de voz ordinario. Entraban y salían durante todo el día. Había una vieja chismorreando en la cocina; y las persianas eran aspiradas hacia dentro y hacia fuera por la brisa; todo soplaba, todo crecía; y sobre todos esos platos y cuencos y tallos altos y bravíos de flores rojas y amarillas se tendería por la noche un velo amarillo muy fino, como una hoja de vid. Las cosas se volvían más quietas y más oscuras de noche. Pero el velo parecido a una hoja era tan fino, que las luces lo levantaban, las voces lo arrugaban; podía ver a través de él una figura que se inclinaba, oír, acercándose, alejándose, el crujido de un vestido, el tintineo de una cadena.

Fue en ese mundo donde la rueda pasó sobre el pie de alguien. Algo, recordó, se quedó y se ensombreció sobre él; no se movía; algo floreció en el aire, algo árido y agudo descendió incluso allí, como una hoja, una cimitarra, golpeando a través de las hojas y las flores incluso de ese mundo feliz y haciéndolo marchitarse y caer.

—Lloverá —recordó que decía su padre.

—No podrás ir al faro.

El faro era entonces una torre plateada y neblinosa con un ojo amarillo que se abría de repente, suavemente al anochecer. Ahora:

James miró el faro. Podía ver las rocas encaladas; la torre, austera y derecha; podía ver que estaba rayada en blanco y negro; podía ver las ventanas; incluso podía ver ropa tendida en las rocas para secarse. Así que ese era el faro, ¿verdad?

No, el otro también era el faro. Pues nada era simplemente una cosa. El otro faro también era verdadero. A veces apenas podía verse al otro lado de la bahía. Por la tarde uno miraba hacia arriba y veía el ojo que se abría y se cerraba y la luz parecía llegar hasta ellos en ese jardín aéreo y soleado donde estaban sentados.

Pero se contuvo. Siempre que decía «ellos» o «una persona», y luego empezaba a oír el crujido de alguien que llegaba, el tintineo de alguien que se iba, se volvía extremadamente sensible a la presencia de quien pudiera estar en la habitación. Era su padre ahora. La tensión era aguda. Pues en un momento, si no había brisa, su padre daría una palmada a las tapas de su libro y diría: «¿Qué está pasando ahora? ¿Por qué estamos aquí remoloneando, eh?» como, una vez antes, había hecho bajar la hoja entre ellos en la terraza y ella se había quedado rígida de pies a cabeza, y si hubiera habido un hacha a mano, un cuchillo, o cualquier cosa con punta afilada, la habría cogido y le habría clavado a su padre en el corazón. Ella se había quedado rígida de pies a cabeza, y luego, su brazo aflojándose, de modo que él sintió que ya no le escuchaba, se había levantado de algún modo y se había ido y lo había dejado allí, impotente, ridículo, sentado en el suelo agarrando un par de tijeras.

Ni un soplo de viento soplaba. El agua gorjeaba y gorgoteaba en el fondo del bote donde tres o cuatro caballas agitaban la cola de arriba abajo en un charco de agua no lo bastante hondo para cubrir las. En cualquier momento el señor Ramsay (apenas se atrevía a mirarlo) podría despertarse, cerrar el libro, y decir algo brusco; pero de momento estaba leyendo, de modo que James, sigilosamente, como si estuviera bajando las escaleras en pies descalzos, con miedo a despertar a un perro guardián con una tabla que crujiere, siguió pensando cómo era ella, adónde fue ese día. Comenzó a seguirla de cuarto en cuarto y al final llegaron a una habitación donde bajo una luz azul, como si el reflejo viniera de muchos platos de loza, ella hablaba con alguien; él la escuchaba hablar. Hablaba con una criada, diciendo simplemente lo que se le ocurría. Solo ella decía la verdad; solo a ella podía él decírsela. Esa era quizá la fuente de su eterno atractivo para él; era una persona a la que uno podía decir lo que se le ocurriera. Pero todo el tiempo que pensaba en ella, era consciente de que su padre seguía su pensamiento, lo examinaba, lo hacía temblar y vacilar. Por último dejó de pensar.

Allí estaba sentado con la mano en el timón bajo el sol, mirando el faro, sin poder moverse, sin poder quitarse de la mente esos granos de miseria que se iban asentando uno tras otro. Una cuerda parecía atarlo allí, y su padre la había anudado y solo podía escapar cogiendo un cuchillo y hundiéndolo... Pero en ese momento la vela giró despacio, se llenó despacio, el barco pareció sacudirse, y luego empezar a moverse medio adorme-

cido, y luego se despertó y atravesó las olas a toda velocidad. El alivio fue extraordinario. Todos parecían alejarse de nuevo los unos de los otros y sentirse a sus anchas, y los sedales se tendieron tensos a través del costado del bote. Pero su padre no se despertó. Solo alzó la mano derecha misteriosamente en el aire, y la dejó caer sobre la rodilla, como si estuviera dirigiendo alguna sinfonía secreta.

IX

(El mar sin mancha, pensó Lily Briscoe, todavía de pie y mirando la bahía. El mar se extendía como seda a través de la bahía. La distancia tenía un poder extraordinario; los habían absorbido, sentía, habían desaparecido para siempre, se habían vuelto parte de la naturaleza de las cosas. Estaba tan tranquilo; estaba tan quieto. El vapor mismo había desaparecido, pero el gran rollo de humo seguía colgado en el aire y se dejaba caer como una bandera en señal de despedida.)

X

Era así entonces la isla, pensó Cam, pasando de nuevo los dedos por las olas. Nunca la había visto desde alta mar antes. Yacía así en el mar, ¿verdad?, con una hendidura en el centro y dos peñascos agudos, y el mar se metía por allí, y se extendía a kilómetros y kilómetros a cada lado de la isla. Era muy pequeña; tenía una forma algo parecida a una hoja puesta de punta. Así que cogimos un bote pequeño, pensó, comenzando a contarse a sí misma una historia de aventuras sobre escapar de un barco que se hundía. Pero con el mar que se deslizaba entre sus dedos, un trozo de alga desapareciendo detrás de ellos, no quería contarse seriamente una historia; era la sensación de aventura y escape lo que quería, pues estaba pensando, mientras el bote navegaba, cómo la ira de su padre sobre los puntos del compás, la obstinación de James sobre el pacto, y su propia angustia, todo había resbalado, todo había pasado, todo había fluido lejos. ¿Qué venía entonces a continuación? ¿Adónde iban? De su mano, helada, hundida hondo en el mar, brotó un surtidor de alegría ante el cambio, ante el escape, ante la aventura (que estuviera viva, que estuviera allí). Y las gotas que caían de ese surtidor de alegría repentino e irreflexivo caían aquí y allá sobre las formas oscuras

y soñolientas de su mente; formas de un mundo no realizado pero que giraba en su oscuridad, captando aquí y allá, una chispa de luz: Grecia, Roma, Constantinopla. Pequeña como era, y con una forma algo parecida a una hoja puesta de punta con las aguas de reflejos dorados fluyendo dentro y alrededor de ella, tenía, supuso, un lugar en el universo: ¿incluso esa pequeña isla? Los viejos caballeros del estudio, pensó, podrían habérselo dicho. A veces se colaba desde el jardín a propósito para pillarlos en ello. Allí estaban (podría ser el señor Carmichael o el señor Bankes quien estuviera sentado con su padre) sentados uno frente al otro en sus sillones bajos. Hacían crujir ante ellos las páginas del Times cuando ella entraba desde el jardín, toda confusa, sobre algo que alguien había dicho sobre Cristo, o habiendo oído que habían desenterrado un mamut en una calle de Londres, o preguntándose cómo sería Napoleón. Luego cogían todo esto con sus manos limpias (llevaban ropa de color gris; olían a brezo) y barrían los pedazos juntos, pasando el periódico, cruzando las piernas, y de vez en cuando decían algo muy breve. Solo para complacerse ella misma cogería un libro del estante y se quedaría allí, mirando a su padre escribir, tan parejo, tan ordenado de un lado a otro de la página, con algún tosecita de vez en cuando, o algo dicho brevemente al otro viejo caballero de enfrente. Y pensaba, de pie allí con el libro abierto, que uno podía dejar que lo que uno pensara se expandiera aquí como una hoja en el agua; y si lo hacía bien aquí, entre los viejos caballeros que fumaban y el Times que crujía, entonces estaba bien. Y observando a su padre mientras escribía en el estudio, pensó (ahora sentada en el bote) que no era vanidoso, ni tirano, y no quería que uno lo compadeciera. En efecto, si veía que ella estaba allí, leyendo un libro, le preguntaría, con tanta delicadeza como cualquiera, si no había nada que pudiera darle.

Para no equivocarse, lo miró leyendo el librito con la tapa brillante jaspeada como un huevo de chorlito. No; estaba bien. Míralo ahora, quería decirle en voz alta a James. (Pero James tenía el ojo en la vela.) Es un bruto sarcástico, diría James. Lleva la conversación hacia sí mismo y sus libros, diría James. Es intolerablemente egocéntrico. Y lo peor de todo, es un tirano. Pero ¡mira!, dijo, mirándolo. Míralo ahora. Lo miró leyendo el librito con las piernas encogidas; el librito cuyas páginas amarillentas ella conocía, sin saber qué estaba escrito en ellas. Era pequeño; estaba impreso con letra compacta; en la guarda, lo sabía, había escrito que había gastado quince francos en la cena; el vino había costado tanto; había dado tanto al ca-

marero; todo sumado pulcramente en el fondo de la página. Pero lo que podría estar escrito en el libro que había redondeado sus bordes en el bolsillo de él, no lo sabía. Lo que pensaba ninguno de ellos lo sabía. Pero estaba absorto en ello, de modo que cuando levantaba los ojos, como hacía ahora por un instante, no era para ver nada; era para fijar más exactamente algún pensamiento. Hecho esto, su mente volvía a volar y se sumergía en la lectura. Leía, pensó ella, como si guiara algo, o engatusara un gran rebaño de ovejas, o se abriera camino hacia arriba y hacia arriba por un sendero estrecho y único; y a veces iba rápido y recto, y se abría paso entre la zarza, y a veces parecía que una rama le golpeaba, una zarza le cegaba, pero no iba a dejarse vencer por eso; seguía adelante, pasando página tras página. Y ella siguió contándose una historia sobre escapar de un barco que se hundía, pues estaba a salvo, mientras él estaba allí sentado; a salvo, como se sentía cuando se colaba desde el jardín, y cogía un libro, y el viejo caballero, bajando el periódico de repente, decía algo muy breve por encima de él sobre el carácter de Napoleón.

Miró de vuelta al mar, a la isla. Pero la hoja estaba perdiendo nitidez. Era muy pequeña; estaba muy lejana. El mar era ahora más importante que la costa. Había olas por todas partes, agitándose y hundiéndose, con un tronco bamboleándose en una ola; una gaviota cabalgando sobre otra. Por aquí, pensó, chapoteando los dedos en el agua, se había hundido un barco, y murmuró, soñolienta, medio dormida: cómo perecimos, cada uno solo.

XI

Tanto depende entonces, pensó Lily Briscoe, mirando el mar que casi no tenía mancha, que era tan suave que las velas y las nubes parecían incrustadas en su azul, tanto depende, pensó, de la distancia: de si las personas están cerca de nosotros o lejos de nosotros; pues su sentimiento por el señor Ramsay cambiaba mientras navegaba cada vez más lejos cruzando la bahía. Parecía alargarse, estirarse; él parecía volverse cada vez más remoto. Él y sus hijos parecían ser absorbidos en ese azul, en esa distancia; pero aquí, en el jardín, muy cerca, el señor Carmichael gruñó de repente. Ella se rio. Agarró el libro de la hierba. Se acomodó en la silla de nuevo resoplando y bufando como algún monstruo marino. Eso era completamente diferente, porque estaba muy cerca. Y ahora de nuevo todo estaba tranquilo. A estas horas ya deben de haberse levantado de la cama, supuso, mirando la casa,

pero no aparecía nada. Pero entonces, recordó, siempre se escabullían en cuanto terminaba una comida, ocupados en sus asuntos. Era todo coherente con ese silencio, ese vacío, y la irrealidad de la temprana hora de la mañana. Era una manera que tenían las cosas a veces, pensó, deteniéndose un momento y mirando las largas ventanas relucientes y el penacho de humo azul: se volvían irreales. Así al volver de un viaje, o después de una enfermedad, antes de que los hábitos hubieran tejido su tela sobre la superficie, uno sentía esa misma irrealidad, que era tan sorprendente; sentía emerger algo. La vida era entonces más vívida. Uno podía estar a sus anchas. Afortunadamente no era necesario decir, muy animadamente, cruzando el jardín para saludar a la vieja señora Beckwith, que estaría saliendo a buscar un rincón donde sentarse: «¡Oh, buenos días, señora Beckwith! ¡Qué día tan precioso! ¡Va a ser tan atrevida como para sentarse al sol? Jasper ha escondido las sillas. ¡Déjeme buscarle una!» y toda la demás charla habitual. No era necesario hablar en absoluto. Uno se deslizaba, largaba velas (había bastante movimiento en la bahía, los barcos partían) entre las cosas, más allá de las cosas. Vacío no estaba, sino lleno hasta el borde. Parecía estar de pie hasta los labios en alguna sustancia, moverse y flotar y hundirse en ella, sí, pues esas aguas eran insondablemente profundas. En ellas habían vertido tantas vidas. La de los Ramsay; la de los niños; y toda clase de cosas desvalidas y dispersas además. Una lavandera con su cesto; un grajo, un atizador de fuego encendido; los purpúreos y verdigrises de las flores: algún sentimiento común lo sostenía todo.

Era algo así como ese sentimiento de plenitud lo que, diez años atrás, de pie casi donde estaba ahora, la había hecho decir que tenía que estar enamorada del lugar. El amor tenía mil formas. Podría haber amantes cuyo don fuera elegir los elementos de las cosas y reunirlos, y así, dándoles una totalidad que no tenían en la vida, hacer de alguna escena, o encuentro de personas (todos idos ya y separados), una de esas cosas globosas y compactas sobre las que el pensamiento se demora, y el amor juega.

Sus ojos descansaron sobre la mancha marrón del barco de vela del señor Ramsay. Llegarían al faro para la hora del almuerzo, supuso. Pero el viento había arreciado, y al cambiar ligeramente el cielo y cambiar ligeramente el mar y alterar los barcos sus posiciones, la vista, que un momento antes parecía milagrosamente fija, resultaba ahora insatisfactoria. El viento había

arrastrado el rastro de humo; había algo desagradable en la colocación de los barcos.

La desproporción de allí parecía perturbar alguna armonía en su propia mente. Sentía una inquietud oscura. Se confirmó cuando se volvió a su cuadro. Estaba malgastando la mañana. Por la razón que fuera no podía lograr ese filo de navaja de equilibrio entre dos fuerzas opuestas: el señor Ramsay y el cuadro; que era necesario. ¿Habría algo quizá errado en el diseño? ¿Era, se preguntó, que la línea de la pared necesitaba quebrarse, que la masa de los árboles era demasiado pesada? Sonrió irónicamente; pues ¿no había pensado, cuando empezó, que había resuelto el problema?

¿Cuál era el problema entonces? Tenía que intentar atrapar algo que se le escapaba. Se le escapaba cuando pensaba en la señora Ramsay; se le escapaba ahora cuando pensaba en su cuadro. Venían frases. Venían visiones. Hermosas imágenes. Hermosas frases. Pero lo que quería atrapar era ese mismo roce en los nervios, la cosa misma antes de que se haya convertido en otra cosa. Alcanza eso y empieza de nuevo; alcanza eso y empieza de nuevo; se dijo desesperadamente, plantándose de nuevo firmemente ante el caballete. Era una máquina miserable, una máquina ineficiente, pensó, el aparato humano para pintar o para sentir; siempre se rompía en el momento crítico; heroicamente, había que obligarla a seguir. Se quedó mirando fijamente, frunciendo el ceño. El seto estaba allí, sin duda. Pero no se conseguía nada insistiendo urgentemente. Solo se conseguía deslumbramiento en los ojos al mirar la línea de la pared, o al pensar: llevaba un sombrero gris. Era asombrosamente hermosa. Que venga, pensó, si ha de venir. Pues hay momentos en que uno no puede ni pensar ni sentir. Y si uno no puede ni pensar ni sentir, pensó, ¿dónde está uno?

Aquí sobre la hierba, sobre el suelo, pensó, sentándose, y examinando con el pincel una pequeña colonia de llantenes. Pues el jardín era muy rugoso. Aquí sentada sobre el mundo, pensó, pues no podía sacudirse esa sensación de que todo esta mañana estaba ocurriendo por primera vez, quizá por última vez, como un viajero, aunque esté medio dormido, sabe, mirando por la ventana del tren, que debe mirar ahora, pues nunca volverá a ver ese pueblo, o ese carro de mulas, o esa mujer trabajando en los campos. El jardín era el mundo; estaban allí arriba juntos, en esa estación exaltada, pensó, mirando al viejo señor Carmichael, que parecía (aunque no habían dicho una palabra en todo ese tiempo) compartir sus pensamientos. Y nunca

volvería a verlo quizá. Estaba envejeciendo. Además, recordó, sonriendo al zapato que colgaba de su pie, se estaba volviendo famoso. La gente decía que su poesía era «tan hermosa». Iban y publicaban cosas que había escrito cuarenta años atrás. Había un hombre famoso llamado Carmichael ahora, sonrió, pensando cuántas formas podía tener una persona, cómo era eso en los periódicos, pero aquí el mismo de siempre. Tenía el mismo aspecto: más canoso, más bien. Sí, tenía el mismo aspecto, pero alguien había dicho, recordó, que cuando se enteró de la muerte de Andrew Ramsay (lo mató en un segundo una granada; habría sido un gran matemático) el señor Carmichael «perdió todo interés en la vida». ¿Qué significaba eso?, se preguntó. ¿Había desfilado por Trafalgar Square agarrando un gran bastón? ¿Había pasado páginas y páginas, sin leerlas, sentado en su cuarto en St. John's Wood solo? No sabía lo que había hecho, cuando se enteró de que Andrew había sido muerto, pero lo sentía en él de todas formas. Solo murmuraban entre sí en las escaleras; miraban al cielo y decían que hará o que no hará buen tiempo. Pero esta era una manera de conocer a la gente, pensó: conocer el contorno, no el detalle; sentarse en el propio jardín y mirar las laderas de un cerro que corre purpúreo hacia el brezo lejano. Lo conocía de esa manera. Sabía que había cambiado de algún modo. Nunca había leído un verso de su poesía. Creía que sabía cómo era: despacio y sonoramente. Era sazónada y madura. Trataba del desierto y el camello. Trataba de la palmera y la puesta de sol. Era sumamente impersonal; decía algo sobre la muerte; decía muy poco sobre el amor. Había en él una impersonalidad. Necesitaba muy poco de las otras personas. ¿Acaso no había pasado siempre un poco torpemente junto a la ventana del salón con algún periódico bajo el brazo, intentando evitar a la señora Ramsay, a quien por alguna razón no le simpatizaba demasiado? Por eso, claro, ella siempre intentaría hacerlo detenerse. Él la saludaría con una reverencia. Se detendría de mala gana e inclinándose profundamente. Irritada porque él no quería nada de ella, la señora Ramsay le preguntaría (Lily podía oírla) si no quería un abrigo, una manta, un periódico. No, no quería nada. (Aquí se inclinó.) Había alguna cualidad en ella que no le simpatizaba demasiado. Era quizás su autoridad, su positivismo, algo práctico en ella. Era tan directa.

(Un ruido llamó su atención hacia la ventana del salón: el chirrido de una bisagra. La suave brisa jugueteaba con la ventana.)

Debía de haber personas que le caían muy mal, pensó Lily (Sí; se dio cuenta de que el escalón del salón estaba vacío, pero eso no le producía ningún efecto. No quería a la señora Ramsay ahora.) Personas que la encontraban demasiado segura, demasiado drástica. También su belleza ofendía a la gente probablemente. Qué monótona, dirían, ¡y siempre lo mismo! Preferían otro tipo: la morena, la vivaz. Luego era débil con su marido. Le dejaba hacer esas escenas. Luego era reservada. Nadie sabía exactamente lo que le había pasado. Y (volviendo al señor Carmichael y su antipatía) no se podía imaginar a la señora Ramsay de pie pintando, tumbada leyendo, toda una mañana en el jardín. Era impensable. Sin decir una palabra, con solo una cesta en el brazo como única señal de su recado, salía al pueblo, a los pobres, a sentarse en algún cuartito sofocante. Lily la había visto a menudo irse en silencio en mitad de algún juego, alguna conversación, con la cesta en el brazo, muy erguida. Había observado su regreso. Había pensado, a medias riéndose (era tan metódica con las tazas de té), a medias emocionada (su belleza cortaba la respiración): unos ojos que se cierran de dolor te han mirado. Has estado con ellos allí.

Y luego la señora Ramsay se irritaría porque alguien llegaba tarde, o la mantequilla no estaba fresca, o la tetera estaba desportillada. Y todo el tiempo que decía que la mantequilla no estaba fresca uno estaría pensando en los templos griegos, y en cómo la belleza había estado con ellos allí en ese cuartito sofocante. Nunca hablaba de ello: iba, puntualmente, directamente. Era su instinto el de ir, un instinto como el de las golondrinas para el sur, el de las alcachofas para el sol, que la dirigía infaliblemente hacia la raza humana, haciendo su nido en su corazón. Y esto, como todos los instintos, era un poco molesto para las personas que no lo compartían; para el señor Carmichael quizá, para ella misma ciertamente. Alguna noción había en ambos sobre la ineficacia de la acción, la supremacía del pensamiento. Su ida era un reproche para ellos, le daba un giro distinto al mundo, de modo que eran llevados a protestar, viendo desvanecerse sus propias predilecciones, y aferrarse a ellas mientras desaparecían. Charles Tansley también hacía eso: era en parte la razón por la que le caía mal. Perturbaba las proporciones del mundo propio de uno. ¿Y qué había sido de él?, se preguntó, removiéndolo ociosamente los llantenes con el pincel. Había conseguido su beca. Se había casado; vivía en Golder's Green.

Un día había entrado en un salón y lo había oído hablar durante la guerra. Denunciaba algo: condenaba a alguien. Predicaba el amor fraterno. Y todo lo que ella sentía era: ¿cómo podía amar a sus semejantes el que no distinguía un cuadro de otro, el que se había quedado de pie detrás de ella fumando tabaco de picadura («cinco peniques la onza, señorita Briscoe») y haciendo de su ocupación decirle que las mujeres no saben escribir, las mujeres no saben pintar, no tanto porque lo creyera como porque por alguna razón extraña lo deseaba? Allí estaba flaco, rojo y estridente, predicando el amor desde una tribuna (había hormigas arrastrándose entre los llantenes que ella perturbaba con el pincel: hormigas rojas, enérgicas, relucientes, muy parecidas a Charles Tansley). Le había mirado irónicamente desde su asiento en el salón a medias vacío, bombeando amor en ese espacio frío, y de repente, allí estaba el viejo barrilito o lo que fuera bamboleándose entre las olas y la señora Ramsay buscando el estuche de las gafas entre los guijarros. «¡Ay, cielos! ¡Qué fastidio! Perdido otra vez. No se moleste, señor Tansley. Pierdo miles cada verano», ante lo cual él apretó el mentón contra el cuello como si tuviera miedo de sancionar semejante exageración, pero podía aguantarla en ella a quien le gustaba, y sonrió muy encantadoramente. Debía de haberse confiado a ella en alguna de esas largas excursiones cuando la gente se separaba y volvía sola. Estaba educando a su hermanita, le había dicho la señora Ramsay. Era muy meritorio de su parte. Su propia imagen de él era grotesca, bien lo sabía Lily, removiendo los llantenes con el pincel. La mitad de las nociones que uno tenía de otras personas eran, después de todo, grotescas. Servían para propósitos privados propios. Él le servía como cabeza de turco. Se flagelaba sus magros costados cuando estaba de mal humor. Si quería ser justa con él tenía que valerse de los dichos de la señora Ramsay, mirarlo a través de sus ojos.

Levantó una pequeña montaña para que las hormigas la escalaran. Las redujo a un frenesí de indecisión con esa interferencia en su cosmogonía. Unas corrían por aquí, otras por allá.

Hacían falta cincuenta pares de ojos para ver bien, reflexionó. Cincuenta pares de ojos no eran suficientes para rodear completamente a esa mujer, pensó. Entre ellos debía haber uno que fuera ciego de pleno a su belleza. Hacía falta sobre todo algún sentido secreto, fino como el aire, con el que colarse por las cerraduras y rodearla donde estuviera sentada tejiendo, hablando, sentada en silencio sola en la ventana; que tomara para sí y ateso-

rara como el aire que sostenía el humo del vapor sus pensamientos, sus imaginaciones, sus deseos. ¿Qué le significaba el seto, qué le significaba el jardín, qué le significaba a ella cuando una ola rompía? (Lily levantó los ojos, como había visto a la señora Ramsay levantarlos; ella también oyó una ola cayendo en la playa.) ¿Y qué se removía y temblaba en su mente cuando los niños gritaban «¿Qué tal? ¿Qué tal?», jugando al críquet? Dejaría de tejer por un segundo. Se quedaría atenta. Luego volvería a caer en la indiferencia, y de repente el señor Ramsay se detendría en seco en su paseo ante ella y algún extraño estremecimiento la atravesaría y parecería mecerla con profunda agitación en su pecho cuando, deteniéndose allí, se quedara sobre ella mirándola hacia abajo. Lily podía verlo.

Él extendió la mano y la levantó de su silla. Parecía de algún modo como si él ya lo hubiera hecho antes; como si una vez se hubiera inclinado de la misma manera y la hubiera ayudado a salir de un bote que, estando a unos centímetros de alguna isla, requería que los caballeros ayudaran así a desembarcar a las damas. Era una escena de otro tiempo, que requería, casi, miriñaques y pantalones de campana. Al dejarse ayudar por él, la señora Ramsay había pensado (supuso Lily): ha llegado el momento ahora. Sí, lo diría ahora. Sí, se casaría con él. Y desembarcó despacio, tranquilamente. Probablemente dijo solo una palabra, dejando la mano quieta en la de él. Me casaré contigo, podría haber dicho, con la mano en la de él; pero no más. Una y otra vez había pasado entre ellos ese mismo escalofrío: evidentemente sí, pensó Lily, allanando un camino para sus hormigas. No se lo estaba inventando; solo intentaba alisar algo que le habían dado años atrás plegado; algo que había visto. Pues en el ajetreo y el tumulto de la vida cotidiana, con todos esos niños por allí, todos esos visitantes, uno tenía constantemente una sensación de repetición: de una cosa que caía donde otra había caído, y así estableciendo un eco que repicaba en el aire y lo llenaba de vibraciones.

Pero sería un error, pensó, pensando cómo se marchaban juntos, del brazo, pasando por delante del invernadero, simplificar su relación. No era una monotonía de dicha: ella con sus impulsos y su rapidez; él con sus estremecimientos y sus melancolías. Oh, no. La puerta del dormitorio se cerraría de golpe con violencia a primera hora de la mañana. Él se levantaría de la mesa fuera de sí. Haría girar el plato por la ventana. Y luego por toda la casa habría una sensación de puertas que se cerraban de golpe y persianas

que batían, como si soplara un viento racheado y la gente corría en un apuro tratando de asegurar las escotillas y mantenerlo todo en orden. Un día se había encontrado con Paul Rayley de esa manera en la escalera. Había sido una tijereta en la leche, al parecer. Otras personas podían encontrarse con ciempiés. Se habían reído y reído.

Pero agotaba a la señora Ramsay, la intimidaba un poco: los platos que giraban y las puertas que se cerraban de golpe. Y caerían entre ellos a veces largos y rígidos silencios, cuando, en un estado de ánimo que a Lily le irritaba, a medias quejumbroso, a medias resentido, ella parecía incapaz de calmar la tempestad tranquilamente, o de reír como ellos reían, sino que en su cansancio quizás ocultaba algo. Meditaba y se quedaba en silencio. Después de un tiempo él rondaría furtivamente por los lugares donde ella estuviera: merodeando bajo la ventana donde ella se sentaba a escribir cartas o a hablar, pues ella tendría cuidado de estar ocupada cuando él pasara, y lo esquivaría, y pretendería no verlo. Entonces él se volvería suave como la seda, afable, urbano, e intentaría ganársela así. Aún así ella se mantendría distante, y ahora afirmaría por una breve temporada algunas de esas orgullos y aires que le debía a su belleza, de los que generalmente carecía por completo; volvería la cabeza; miraría así, por encima del hombro, siempre con alguna Minta, Paul o William Bankes a su lado. Finalmente, quedándose fuera del grupo como la mismísima figura de un galgo famélico (Lily se levantó de la hierba y se quedó mirando los escalones, la ventana, donde lo había visto), diría su nombre, solo una vez, como un lobo que ladra en la nieve, pero aún así ella se mantendría; y él lo diría una vez más, y esta vez algo en el tono la despertaría, y ella iría hacia él, dejándolos a todos de repente, y se irían juntos entre los perales, los repollos y las frambuesas. Lo ventilarían entre los dos. Pero ¿con qué actitudes y con qué palabras? Con tanta dignidad investían esa relación que, apartándose, ella y Paul y Minta ocultarían su curiosidad y su incomodidad, y empezarían a coger flores, a lanzar pelotas, a charlar, hasta que llegara la hora de cenar, y allí estarían, él en un extremo de la mesa, ella en el otro, como de costumbre.

—¿Por qué alguno de vosotros no se pone con la botánica?... Con tantos brazos y piernas ¿por qué no lo hace alguno de vosotros...? — Así hablarían como siempre, riendo, entre los niños. Todo sería como de costumbre, salvo por algún temblor, como el de una hoja en el aire, que iba y venía entre ellos como si la visión habitual de los niños sentados en torno a sus platos de

sopa se hubiera renovado ante sus ojos después de esa hora entre los perales y los repollos. Sobre todo, pensó Lily, la señora Ramsay miraría a Prue. Estaba sentada en el centro entre hermanos y hermanas, siempre ocupada al parecer, velando para que nada saliera mal, de modo que apenas hablaba ella misma. ¡Cómo debió de culparse Prue por esa tijereta en la leche! ¡Cómo había palidecido cuando el señor Ramsay lanzó el plato por la ventana! ¡Cómo se doblegaba bajo esos largos silencios entre ellos! De todos modos, su madre ahora parecería estar compensándose; asegurándole que todo iba bien; prometiéndole que algún día esa misma felicidad sería la suya. Sin embargo la había disfrutado menos de un año.

Había dejado caer las flores de la cesta, pensó Lily, entornando los ojos y retrocediendo como para mirar su cuadro, que sin embargo no tocaba, con todas sus facultades en trance, heladas en la superficie pero moviéndose por debajo con velocidad extrema.

Dejó caer las flores de la cesta, las esparció y volcó sobre la hierba y, a regañadientes y dudando, pero sin preguntar ni quejarse —¿acaso no tenía la facultad de la obediencia en perfección?— se fue también. Por campos abajo, a través de valles, blanca, sembrada de flores: así lo habría pintado ella. Las colinas eran austeras. Era escarpado; era empinado. Las olas sonaban roncadas sobre las piedras de abajo. Se fueron, los tres juntos, la señora Ramsay caminando bastante deprisa delante, como si esperara encontrarse con alguien al doblar la esquina.

De pronto la ventana donde miraba fue blanqueada por algún material claro detrás de ella. Al fin alguien había entrado en el salón; alguien estaba sentado en la silla. Por el amor de Dios, rezó: que se quede allí quieto y no salga a trompicones a hablar con ella. Afortunadamente, quien fuera se quedó quieto dentro; se había instalado por algún golpe de suerte de tal manera que proyectaba una sombra triangular de forma extraña sobre el escalón. Alteraba un poco la composición del cuadro. Era interesante. Podría ser útil. Su estado de ánimo estaba volviendo a ella. Había que seguir mirando sin relajar ni por un segundo la intensidad de la emoción, la determinación de no dejarse apartar, de no dejarse engañar. Había que mantener la escena: así, en un torno, y no dejar que nada entrara y la estropear. Uno quería, pensó, mojando el pincel deliberadamente, estar a la altura de la experiencia ordinaria, sentir simplemente: eso es una silla, eso es una mesa, y sin embargo al mismo tiempo: es un milagro, es un éxtasis. El problema po-

dría resolverse después de todo. Ah, pero ¿qué había pasado? Alguna ola de blanco pasó por el cristal de la ventana. El aire debió de haber agitado algún volante en la habitación. Su corazón dio un salto y la aferró y la torturó.

— ¡Señora Ramsay! ¡Señora Ramsay! — gritó, sintiendo volver el viejo horror: querer y querer y no tener. ¿Podía seguir infligiéndole eso? Y luego, tranquilamente, como si se refrenara, eso también pasó a ser parte de la experiencia ordinaria, estaba a la altura de la silla, de la mesa. La señora Ramsay —era parte de su perfecta bondad— estaba sentada allí simplemente, en la silla, agitando las agujas de aquí para allá, tejiendo su media de color marrón rojizo, proyectando su sombra sobre el escalón. Allí estaba sentada.

Y como si tuviera algo que compartir, y sin embargo apenas pudiera dejar el caballete, tan llena estaba su mente de lo que pensaba, de lo que veía, Lily pasó junto al señor Carmichael con el pincel hasta el borde del jardín. ¿Dónde estaba ese barco ahora? ¿Y el señor Ramsay? Lo quería.

XII

El señor Ramsay casi había terminado de leer. Una mano se cernía sobre la página como para estar dispuesta a pasarla en el preciso instante en que hubiera terminado. Estaba sentado allí con la cabeza descubierta y el viento agitándole el cabello, extraordinariamente expuesto a todo. Parecía muy viejo. Parecía, pensó James, poniendo la cabeza ora contra el faro, ora contra el páramo de aguas que se extendían hacia lo abierto, como alguna vieja piedra yaciendo sobre la arena; parecía como si hubiera llegado a ser físicamente lo que siempre estaba al fondo de la mente de los dos: esa soledad que era para los dos la verdad sobre las cosas.

Leía muy deprisa, como si tuviera prisa por llegar al final. En efecto estaban muy cerca del faro ahora. Allí surgía imponente, austero y recto, cegadoramente blanco y negro, y podían verse las olas rompiéndose en astillas blancas como cristal roto sobre las rocas. Podían verse las líneas y las grietas de las rocas. Podían verse las ventanas claramente; un punto de blanco en una de ellas, y una pequeña mata de verde en la roca. Un hombre había salido y los había mirado por un catalejo y había vuelto a entrar. Así que era así, pensó James, el faro que uno había visto al otro lado de la bahía durante todos esos años; era una torre austera sobre roca desnuda. Le satisfacía. Confirmaba algún sentimiento oscuro suyo sobre su propio carácter.

Las viejas señoras, pensó, pensando en el jardín de casa, se iban arrastrando con sus sillas por el jardín. La vieja señora Beckwith, por ejemplo, siempre estaba diciendo lo agradable que era y lo bonito que era y que deberían estar tan orgullosos y tan felices, pero en realidad, pensó James, mirando el faro que estaba allí sobre su roca, es así. Miró a su padre leyendo con fiereza con las piernas bien encogidas. Compartían ese conocimiento. «Navegamos ante un vendaval: tendremos que hundirnos», empezó a decirse a sí mismo, a media voz, exactamente como lo decía su padre.

Nadie parecía haber hablado desde hacía una eternidad. Cam estaba cansada de mirar el mar. Pequeños trozos de corcho negro habían flotado pasando; los peces estaban muertos en el fondo del bote. Su padre seguía leyendo, y James le miraba y ella le miraba, y prometieron que combatirían la tiranía hasta la muerte, y él siguió leyendo completamente inconsciente de lo que pensaban. Así era como escapaba, pensó ella. Sí, con su gran frente y su gran nariz, sosteniendo su librito jaspeado firmemente ante él, escapaba. Podías intentar echarle la mano encima, pero entonces, como un pájaro, extendía las alas, flotaba y se posaba fuera de tu alcance en algún sitio lejano sobre algún tocón desolado. Escudriñó la inmensa extensión del mar. La isla se había vuelto tan pequeña que ya apenas parecía una hoja. Parecía la cima de una roca que alguna ola más grande que las demás cubriría. Y sin embargo en su fragilidad estaban todos esos senderos, esas terrazas, esos dormitorios: todas esas incontables cosas. Pero como, justo antes del sueño, las cosas se simplifican de modo que solo uno de todos los innumerables detalles tiene poder para afirmarse, así, sintió, mirando soñolienta a la isla, todos esos senderos y terrazas y dormitorios se iban desvaneciendo y desapareciendo, y no quedaba nada salvo un pálido incensario azul que se balanceaba rítmicamente de aquí para allá en su mente. Era un jardín colgante; era un valle, lleno de pájaros, y flores, y antílopes... Se estaba quedando dormida.

—Vamos —dijo el señor Ramsay, cerrando el libro de repente.

¿Adónde? ¿A qué extraordinaria aventura? Se despertó sobresaltada. ¿A desembarcar en algún sitio, a escalar algún sitio? ¿Adónde los llevaba? Pues después de su inmenso silencio las palabras los sobresaltaron. Pero era absurdo. Tenía hambre, dijo. Era hora de almorzar. Además, mirad, dijo. «Ahí está el faro. Casi hemos llegado.»

—Lo está haciendo muy bien —dijo Macalister, elogiando a James—. Mantiene el barco muy firme.

Pero su padre nunca le elogiaba, pensó James sombríamente.

El señor Ramsay abrió el paquete y repartió los bocadillos entre ellos. Ahora estaba contento, comiendo pan y queso con esos pescadores. Le habría gustado vivir en una casita y gandulear en el puerto escupiéndolo con los otros viejos, pensó James, viéndolo cortar el queso en finas láminas amarillas con la navaja.

Esto está bien, esto es así, no dejaba de pensar Cam, mientras pelaba su huevo duro. Ahora me siento como en el estudio cuando los viejos leían el Times. Ahora puedo seguir pensando lo que quiera, y no caeré por un precipicio ni me ahogaré, pues ahí está él, vigilándome, pensó.

Al mismo tiempo navegaban tan rápido junto a las rocas que era muy emocionante: parecía como si estuvieran haciendo dos cosas a la vez; estaban comiendo el almuerzo aquí bajo el sol y también marchaban hacia un lugar seguro en una gran tormenta después de un naufragio. ¿Aguantaría el agua? ¿Aguantarían los víveres?, se preguntó, contándose una historia pero sabiendo al mismo tiempo cuál era la verdad.

Pronto saldrían de esto, les estaba diciendo el señor Ramsay al viejo Macalister; pero sus hijos veían cosas extrañas. Macalister dijo que había cumplido setenta y cinco en marzo; el señor Ramsay tenía setenta y uno. Macalister dijo que nunca había ido al médico; nunca había perdido un diente. Y así es como me gustaría que vivieran mis hijos: Cam estaba segura de que su padre estaba pensando eso, pues la detuvo cuando tiró un bocadillo al mar y le dijo, como si supiera tan bien todas las cosas que pasan en el mundo, que si no lo quería tendría que volvérselo a meter en el paquete. No debería malgastarlo. Lo dijo tan sabiamente, como si supiera tan bien todas las cosas que pasan en el mundo, que ella lo volvió a meter enseguida, y entonces él le dio, del paquete de él, un bizcocho de jengibre, como si fuera un gran caballero español, pensó ella, dándole una flor a una dama en una ventana (tan cortés era su manera de actuar). Era desaliñado y sencillo, comiendo pan y queso; y sin embargo los llevaba en una gran expedición donde, por todo lo que ella sabía, podrían ahogarse.

—Fue allí donde se hundió —dijo el chico de Macalister de repente.

Tres hombres se ahogaron donde estamos ahora, dijo el viejo. Él mismo los había visto agarrarse al mástil. Y el señor Ramsay, echando un vistazo al lugar, estaba a punto, temieron James y Cam, de exclamar:

Pero yo bajo un mar más brusco,

y si lo hacía, no lo aguantarían; gritarían en voz alta; no podrían soportar otra explosión de la pasión que hervía en él; pero para su sorpresa todo lo que dijo fue «Ah», como si pensara para sí: ¿Pero a qué viene el alboroto? Naturalmente los hombres se ahogan en una tormenta, pero es un asunto perfectamente sencillo, y las profundidades del mar (esparció las migas del papel del bocadillo sobre ellas) no son más que agua después de todo. Luego, habiendo encendido la pipa, sacó el reloj. Lo miró atentamente; hizo, quizás, algún cálculo matemático. Por último dijo, con triunfo:

— ¡Bien hecho! James los había gobernado como un marinero nato.

¡Allí!, pensó Cam, dirigiéndose a James en silencio. Ya lo tienes. Pues sabía que eso era lo que James había estado queriendo, y sabía que ahora que lo tenía estaba tan contento que no miraría a ella ni a su padre ni a nadie. Allí estaba sentado con la mano en el timón, muy erguido, con aire un poco hosco y con el ceño levemente fruncido. Estaba tan contento que no iba a dejar que nadie compartiera un ápice de su placer. Su padre lo había elogiado. Debían pensar que le traía completamente sin cuidado. Pero ya lo tienes, pensó Cam.

Habían virado, y navegaban velozmente, alegremente, sobre largas olas que se balanceaban y los pasaban de una a otra con un impulso y una exaltación extraordinarios junto al arrecife. A la izquierda, una hilera de rocas aparecía marrón a través del agua que se adelgazaba y se volvía más verde, y en una roca más alta una ola rompía sin cesar y lanzaba hacia arriba una pequeña columna de gotas que caían en un chorreo. Podía oírse el golpe del agua y el repiqueteo de las gotas que caían y una especie de silbido y susurro de las olas que rodaban y jugaban y golpeaban las rocas como si fueran criaturas salvajes que fueran perfectamente libres y se agitaran y revolvieran y retozaran así para siempre.

Ahora podían ver a dos hombres en el faro, mirándolos y preparándose para recibirlos.

El señor Ramsay se abrochó el abrigo, y se subió los pantalones. Cogió el paquete grande, mal envuelto en papel marrón que Nancy había preparado y se sentó con él en las rodillas. Así, en completa disposición para desembarcar, se quedó mirando la isla. Con su vista larga quizás podía ver con claridad la forma de hoja menguada, de punta sobre una placa de oro. ¿Qué podía ver?, se preguntó Cam. Para ella todo era un borrón. ¿En qué estaba pensando ahora?, se preguntó. ¿Qué buscaba él, con tanta fijeza, con tanta intensidad, con tanto silencio? Lo miraban los dos, sentado con la cabeza descubierta y el paquete en las rodillas, mirando y mirando la frágil forma azul que parecía el vapor de algo que se hubiera consumido. ¿Qué quieres?, querían preguntarle los dos. Los dos querían decir: Pídenos cualquier cosa y te la daremos. Pero él no les pidió nada. Estuvo sentado mirando la isla y podría estar pensando: Percimos, cada uno solo, o podría estar pensando: Lo he alcanzado. Lo he encontrado; pero no dijo nada.

Luego se puso el sombrero.

—Coged esos paquetes —dijo, asintiendo con la cabeza hacia las cosas que Nancy había preparado para que se las llevaran al faro—. Los paquetes para los fareros —dijo. Se levantó y se puso de pie en la proa del bote, muy recto y alto, exactamente, pensó James, como si estuviera diciendo: «No hay Dios», y pensó Cam, como si fuera a lanzarse al espacio, y los dos se levantaron para seguirle cuando saltó, ágil como un hombre joven, con el paquete en la mano, sobre la roca.

XIII

—Ya habrá llegado —dijo Lily Briscoe en voz alta, sintiéndose de repente completamente agotada. Pues el faro se había vuelto casi invisible, se había fundido en una bruma azul, y el esfuerzo de mirarlo y el esfuerzo de pensar en él desembarcando allí, que parecían ser uno solo y el mismo esfuerzo, habían estirado su cuerpo y su mente hasta el límite. Ah, pero sentía alivio. Lo que quiera que hubiera querido darle, cuando se fue por la mañana, se lo había dado al final.

—Ha desembarcado —dijo en voz alta—. Está terminado. —Luego surgiendo hacia arriba, resoplando levemente, el viejo señor Carmichael se puso a su lado, con aspecto de un viejo dios pagano, despeinado, con algas en el cabello y el tridente (era solo una novela francesa) en la mano. Estaba

de pie a su lado en el borde del jardín, balanceándose levemente en su corpulencia y dijo, protegiendo los ojos con la mano: «Habrán desembarcado», y ella sintió que tenía razón. No habían necesitado hablar. Habían estado pensando las mismas cosas y él le había respondido sin que ella le hubiera preguntado nada. Estaba allí como si estuviera extendiendo las manos sobre toda la debilidad y el sufrimiento de la humanidad; creía que estaba contemplando, con tolerancia y compasión, su destino final. Ahora ha coronado la ocasión, pensó, cuando su mano cayó despacio, como si le hubiera visto dejar caer desde su gran altura una corona de violetas y asfódelos que, cayendo lentamente, se posó al fin sobre la tierra.

Rápidamente, como si algo de allí la llamara, se volvió al lienzo. Allí estaba: su cuadro. Sí, con todos sus verdes y azules, sus líneas que corrían hacia arriba y a través, su intento de algo. Lo colgarían en los desvanes, pensó; lo destruirían. ¿Pero qué importaba eso?, se preguntó, cogiendo el pincel de nuevo. Miró los escalones: estaban vacíos; miró el lienzo: estaba borroso. Con una intensidad repentina, como si lo viera claro por un segundo, trazó una línea allí, en el centro. Estaba hecho; estaba terminado. Sí, pensó, dejando el pincel con un cansancio extremo, he tenido mi visión.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB